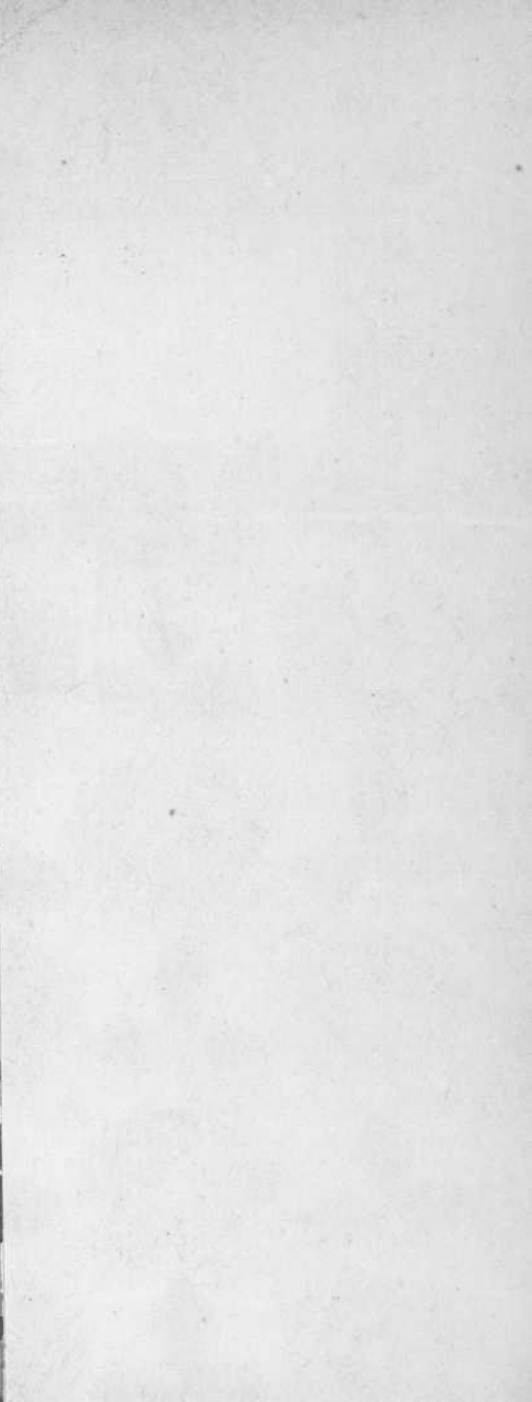




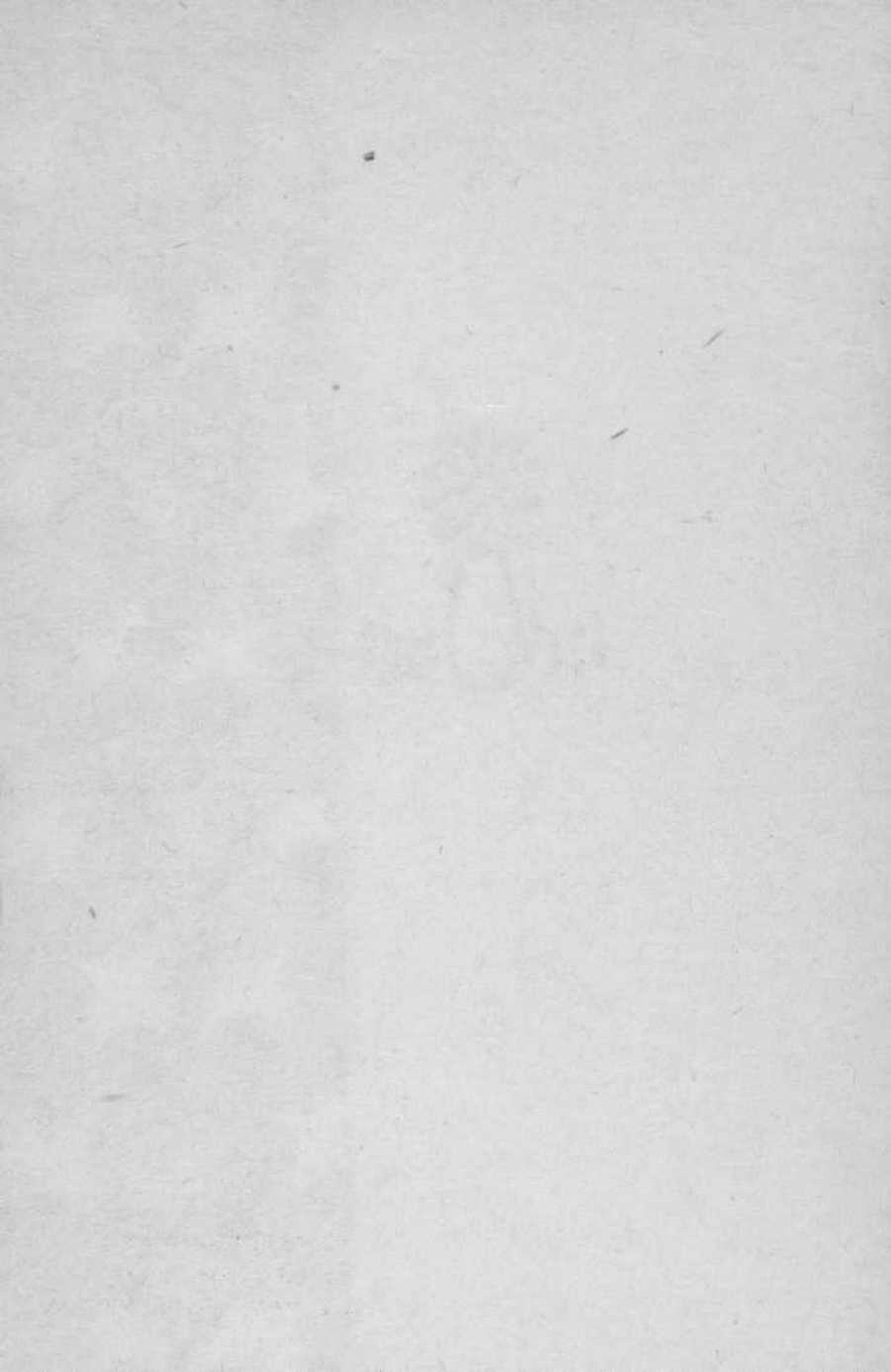
B. BJÖRNSSON
UN MUCHACHO
FELIZ



1164451

DR

873





ESTRELLA

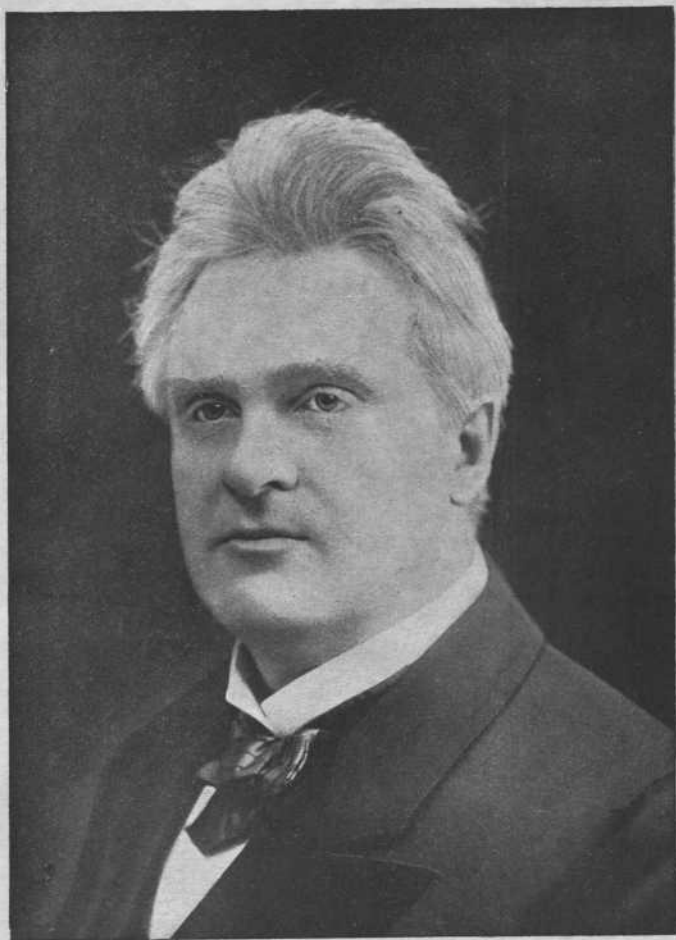
LOS GRANDES ESCRITORES MODERNOS

Fondo bibliográfico
Diego Ridruejo
Biblioteca Pública de Sevilla

873



IMP. FÉLIX MOLINER
LEGANITOS, 54, MADRID



BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON



B. BJORNSON

UN MUCHA-
CHO FELIZ
LA MARCHA
NUPCIAL

TRADUCCIÓN DE
MIGUEL BENÍTEZ

MADRID
MCMXX

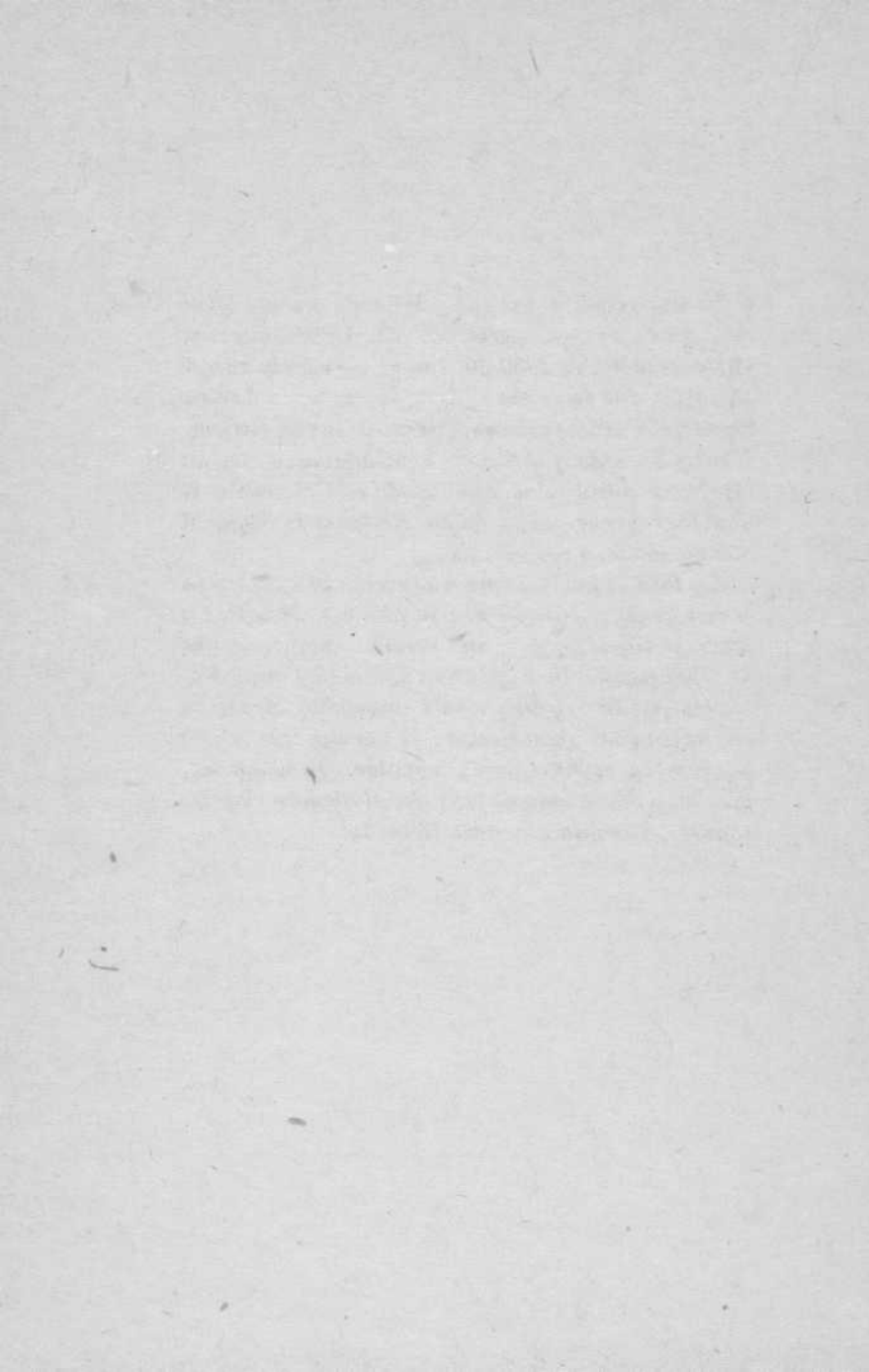
COPYRIGHT BY ESTRELLA, S. A. E., 1920

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA:
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.
CALLE DE VALENCIA, 28.—MADRID

UN MUCHACHO FELIZ

UN MUCHACHO FELIZ fué publicado por vez primera en un periódico de Cristianía, el «Aftenbladet», en 1850-60. Luego, corriendo aún el año 1860, fué revisado e incluido en un volumen llamado «Cuentos cortos», que vió la luz en Bergen. Nunca ha sido publicado separadamente en su idioma original. Fué comenzado en Cristianía el año 1858 y concluido en la Rectoral de Søgne el año siguiente, o sea en 1859.

En 1862 se publicó una traducción en sueco, y en el mismo año apareció otra en finladés. Anterior a éstas, se supone que es una versión holandesa que no tiene fecha. En Inglaterra se publicó una traducción en 1869 y luego han aparecido otras; en esa nación ha sido siempre el cuento, que ahora aparece en español, muy popular. También hay versiones del mismo al francés, al alemán, al islandés, al croata y a otros idiomas.



EYVIND era su nombre, y lloró en cuanto nació. Pero apenas pudo sentarse sobre las rodillas de su madre, rió, y cuando en la noche se encendía la vela, reía, con risa que resonaba en toda la habitación; pero lloraba de nuevo cuando no podía coger la vela.

—Este niño será algo extraordinario —decía su madre.

Inclinándose un poco sobre la casa en que Eyvind nació, se alzaba con aspecto amenazador una árida montaña, no muy alta; abetos y abedules crecían en su cumbre rocosa, y un cerezo silvestre dejaba caer sus flores sobre el tejado. Una cabrita, que pertenecía a Eyvind, vagaba por el mismo tejado; había que tenerla allí para que no se escapara, y Eyvind la llevaba hojas y hierbas. Un día la cabra abandonó el tejado y saltó a la roca, y anduvo hasta llegar a un sitio desconocido. Cuando Eyvind salió, después de tomar el té, y no vió a la cabra, pensó en seguida en la zorra,

la sangre se le agolpó en las mejillas, y mirando a todos lados, llamaba: «Cabrita, cabrita chica».

«¡Bé é-é-é!» —balaba la cabrita, arriba, en la montaña, mirando hacia abajo, con la cabeza la-deada.

Pero junto a la cabra estaba, de rodillas, una niña pequeña.

—¿Es tuya la cabrita? —preguntó.

Eyvind se detuvo, abiertos los ojos y la boca, y con las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Quién eres tú? —preguntó a su vez.

—Yo soy Marit, la niña de mi madre, el encanto de mi padre, el hada de la casa, la nieta de Ole Nordistuen, el de la Granja de la Colina; en Otoño, dos días después de la primera helada, cumpliré cuatro años. Esa soy yo.

—¡Ah! ¿Eres todo eso? —dijo él, respirando profundamente porque no se había atrevido a hacerlo mientras ella hablaba.

—¿Es tuya la cabrita? —preguntó otra vez la muchacha.

—Sí —respondió, mirando hacia arriba.

—Me gusta tu cabrita... Dámela...

—No, no...

La niña le miraba y movía las piernas.

—Y si yo te diera un pastel de manteca, entonces, ¿me la darías?

Eyvind era de una familia pobre y sólo había comido pastel una sola vez, cuando su abuelo fué a verle, y ni antes ni después había probado tal golosina.

Miró a la chiquilla.

—Primero, déjame ver el pastel —dijo.

Sin aguardar a que se lo dijera dos veces, Marit le enseñó un gran pastel que tenía en la mano.

—¡Ahí val! —exclamó; y se lo tiró.

—¡Oh! Se ha hecho pedazos... —dijo el chiquillo; y con mucho cuidado recogió todos los trozos del pastel. No pudo resistir la tentación de probar uno pequeño, y lo encontró tan bueno, que tuvo que comerse otro, y así, casi sin darse cuenta, se comió todo el pastel.

—Ahora es mía ya la cabrita —dijo la muchacha.

El niño cesó de masticar el último pedazo que tenía en la boca. La muchacha se reía y la cabrita, de cuello blanco y pelo oscuro, estaba a su lado, mirando siempre con la cabeza ladeada.

—¿No podrías esperar un poco? —suplicó el muchacho, con el corazón palpitante.

Entonces rió más fuerte la niña y se alzó sobre las rodillas.

—No, no... La cabrita es mía —dijo.

Y la echó los brazos al cuello. Quitóse una liga y con ella hizo unas bridas. Eyvind la miraba y la vió levantarse del todo y empezar a tirar de la cabra, que no quería ir con ella y estiraba el cuello, mirando siempre al muchacho.

«¡Bé-é-é-é!» —baló—; pero Marit con una mano la cogió por el pelo y con la otra tiraba de la liga, diciendo:

—¡Ven, ven, cabrita mía querida! Ven a mi

casa, que allí comerás cosas ricas que tiene mi madre y que yo te llevaré en mi delantal.

«Ven, cabrita, con tu dueña.
 Ven, ternera, y deja el establo.
 Ven, gatito maullando,
 con tus zapatos blancos de nieve.
 Venid, patitos amarillos.
 Venid, pollitos pequeños,
 todos tan suaves y chicos
 sin poder andar de prisa.
 Venid, queridas palomas mías,
 con vuestro plumaje tan fino,
 La hierba está cubierta de rocío,
 pero el sol la calienta.
 Aún es pronto, muy pronto: es el Verano;
 pero llama al Otoño y vendrá de prisa.»

El niño se quedó solo. Había jugado con la cabrita desde que nació y nunca se le ocurrió pensar que podía perderla; sin embargo, todo había sido cuestión de un momento, y ya no la volvería a ver más.

Su madre regresó cantando del río, a donde había ido con unos cacharros para lavarlos, y vió al pequeño sentado sobre la hierba con sus piernas dobladas, y llorando. Fué hacia él.

—¿Por qué lloras? —preguntó.

—¡Oh! ¡La cabrita!... ¡La cabrita!

—¿Qué? ¿Dónde está la cabrita? —volvió a preguntar la madre, mirando al tejado.

—Nunca más volverá —dijo el muchacho.

—¿Por qué? ¿Qué le ha pasado?

No quiso confesar inmediatamente la verdad.

—¿Se la ha llevado la zorra?

—¡Ojalá que hubiese sido la zorra!

—¿Pero es que has perdido el juicio? —preguntó la madre—. ¿Qué la ha pasado?

—¡Ay!... ¡Ay!... He tenido muy mala suerte... La he cambiado por un pastel.

Y mientras decía estas palabras se dió cuenta de lo que representaba el cambio de la cabrita por un pastel: no lo había pensado antes.

Su madre le dijo:

—¿Y qué crees tú que pensará de ti la cabrita al ver que la has cambiado por un pastel?

El muchacho pensó en ello y dióse cuenta muy claramente de que ya no podía ser feliz en este mundo. «Ni en este mundo, ni con Dios en el cielo», pensó después. Tenía el corazón tan angustiado, que resolvió no hacer ya nunca nada malo, ni cortar el hilo de la rueca, ni dejar salir las ovejas del rebaño, ni bajar al lago solo. Se quedó dormido allí mismo y soñó que la cabrita había subido al cielo.

Allí estaba Nuestro Señor, con una barba muy grande, tal como estaba pintado en el Catecismo, y la cabra comía las hojas de un árbol luminoso; pero Eyvind estaba solo en el tejado y no podía subir él también.

En este momento de su sueño, algo húmedo le rozó su oreja, y de repente se despertó.

«¡Bé-é-é-é!» —sonó un balido junto a él.

Allí estaba la cabrita, que había regresado.

—¡Oh! ¡Has vuelto! ¡Has vuelto!

Se levantó de un salto, cogió las dos manos de la cabra y bailaba con ella; luego la tiró de las barbas, y ya iba a enseñársela a su madre, cuando sintió algo tras él. Volvióse y vió a la muchacha sentada a un lado.

Lo comprendió todo y soltó a la cabrita.

—¿Es que tú has venido con ella?

La niña, arrancando hierba a puñados, dijo:

—No permitieron que me quedase con ella...

Mi abuelo me espera allá arriba.

El muchacho, mientras la miraba, oyó una voz áspera que desde el camino decía:

—¿Y bien...?

Entonces ella recordó que debía hacer algo: levantóse y se dirigió a Eyvind; puso una de sus manos, sucia de tierra, en otra de él, y dijo:

—¡Perdóname!

Entonces la faltaron las fuerzas: abrazó a la cabrita y lloró.

—Me parece mejor que te quedes con la cabrita —dijo Eyvind, apartando la vista.

—¡Vamos! ¡De prisa! —dijo el abuelo desde arriba; y Marit se marchó tras él, lentamente, arrastrando los pies.

—¡Has olvidado la liga! —gritó Eyvind.

Ella volvió y miró primero a la liga y luego al muchacho. Por fin se decidió, y dijo con voz opaca:

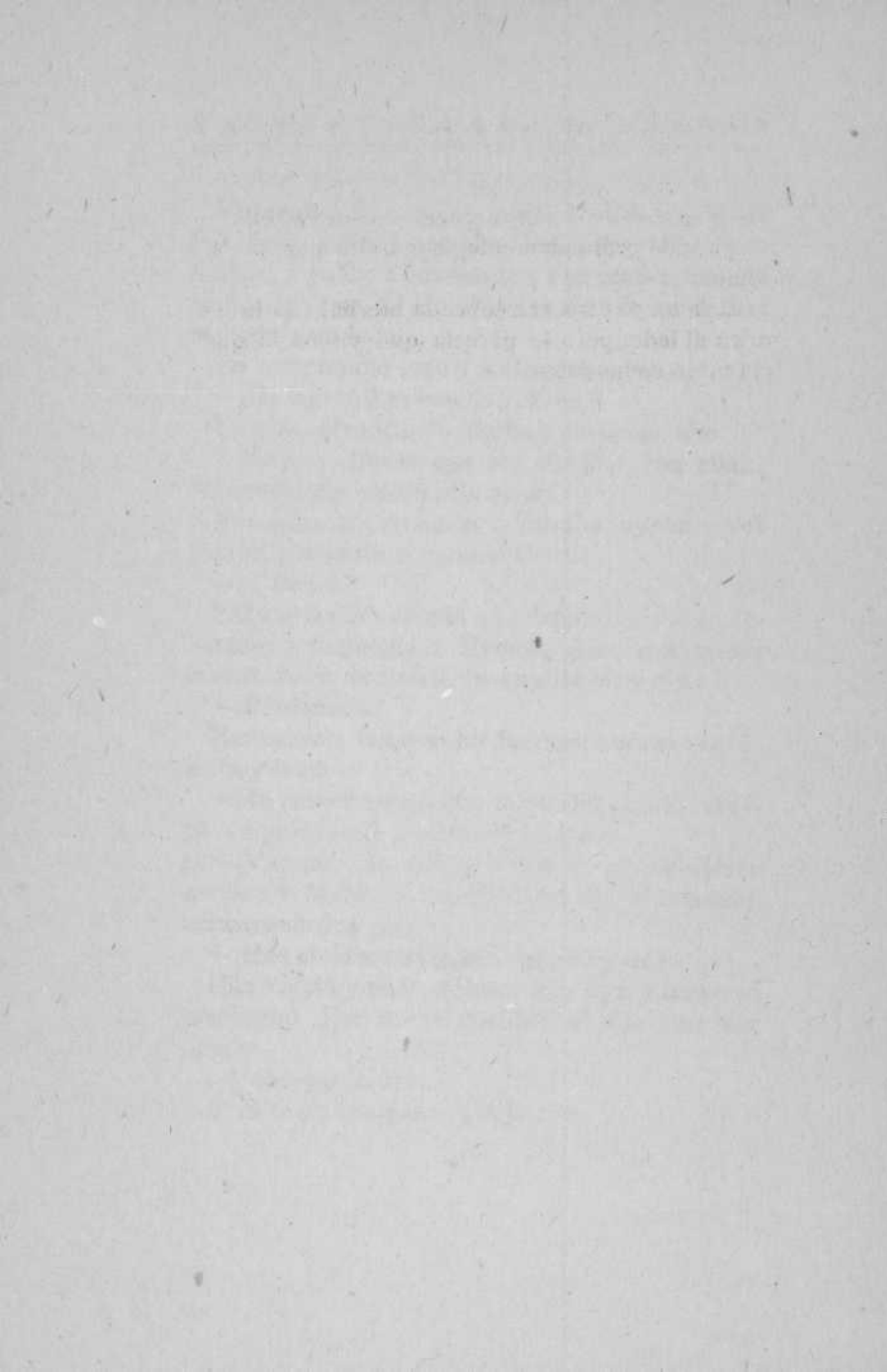
—Puedes guardártela.

Él la tomó las manos y dijo:

—Gracias.

—¡Oh! ¡Eso no las merece! —contestó ella; y suspirando profundamente se marchó por su camino.

Él se sentó otra vez sobre la hierba, con la cabrita al lado; pero le parecía que ya no la quería tanto como antes.



II

LA cabrita estaba atada ahora a la pared de la casa; pero Eyvind seguía mirando, sin embargo, a la montaña que se alzaba detrás de ella. Su madre salía y él se sentaba a su lado. Quería oír cuentos de cosas muy lejanas, porque la cabrita no le bastaba ya para entretenerse; y así supo que «una vez...» todo hablaba; la montaña con el arroyo, el arroyo con el río, el río con el mar y el mar con el cielo. Al llegar aquí, quería saber si el cielo no hablaba con algo, y el cielo hablaba, sí, con las nubes, y las nubes con los árboles, y éstos con la hierba, y la hierba con las moscas, y las moscas hablaban con los animales; éstos con los niños, los niños con los mayores..., y así sucesivamente, hasta que era como un círculo y no se sabía qué cosa había empezado a hablar. Eyvind se fijó en la montaña, en los árboles, en el lago y en el cielo, y en verdad que hasta entonces no los había visto bien.

Entonces salió el gato y se echó sobre las baldosas al sol.

—¿Qué dice el gato? —preguntó Eyvind.

Y su madre cantó:

«El sol de la tarde descende por los cielos.
 El gato reposa, perezoso, parpadeando.
 «Dos ratitas, nata ¡tan rica!
 y cuatro pedacitos de pescado
 robé de un plato.
 Conseguí lo que deseaba.
 Siento pereza y estoy cansado.»
 Esto dice el gato.

Entonces apareció un gallo seguido de todas las gallinas.

—¿Qué dice el gallo? —tornó a preguntar Eyvind palmoteando.

Y su madre cantó:

«Las gallinas andan con las alas bajas.
 El gallo piensa, sosteniéndose sobre una pata.
 «El ganso gris alzaré el vuelo
 y por todos lados vagará.
 Mas no será nunca —¡oh!, ¡oh!—
 la mitad de listo que yo.
 Entrad y quitaos de en medio,
 gallinas, que el sol está hoy de fiesta.»
 Esto es lo que dice el gallo.

Entonces dos pequeños pájaros se posaron, cantando en el alero del tejado.

—¿Qué dicen los pájaros? —pregunto Eyvind riendo.

«¡Dios mío, qué dulce es la vida
 para los que ni trabajan ni luchan!»
 Así dicen los pájaros.

Y de este modo pasaron revista a lo que dicen todos los animales, sin olvidar la hormiga que se arrastra entre el musgo, ni el gusano que roe la corteza de los árboles.

El mismo Verano en que ocurría todo esto, la madre de Eyvind empezó a enseñarle a leer. Le habían traído libros y él pensaba mucho en qué cosa sucedería si los libros hablasen.

Las letras se convertían, por las explicaciones de su madre, en bestias, pájaros, en todo lo que existe. Luego la explicación las agrupaba, y así la *a* se sentaba a descansar bajo un árbol, que era la *b*; la *c* hacía lo propio... Pero, en pasando de tres, era como si estuviesen enfadadas unas con otras, porque nada entendía. Mientras más aprendía, más olvidaba lo que eran. Se acordaba mejor de la *a* porque era la que más quería: era una oveja negra, amiga de todas. Pero no tardó mucho en olvidar también lo que era la *a*. Y el libro ya no era como un cuento de hadas, sino que era unas lecciones que debía aprender.

Un día su madre le dijo:

—Mañana vendrás conmigo a la escuela y empezarás a asistir a clase.

Eyvind había oído que la escuela era un sitio donde jugaban juntos muchos niños, y no tuvo queja alguna de la decisión de su madre, sino que, por el contrario, se puso muy contento. Había estado muchas veces en la escuela, pero nunca cuando había clase; y cuando iban hacia ella andaba más aprisa que su madre mientras subían

la cuesta, porque tenía un gran deseo de llegar.

Al entrar en el vestíbulo, oyeron un gran murmullo, tal como el de un molino. Eyvind preguntó a su madre qué era aquello.

—Son los niños que leen —contestó ella.

Le gustó oír esto porque así leía él antes de conocer las letras.

Cuando entró en la clase vió tantos niños sentados alrededor de la mesa, que ni en la iglesia había más. Otros se sentaban junto a la pared sobre las cajas en que llevaban la merienda. Otros estaban en grupos junto a la pizarra.

El maestro —un viejo de pelo gris— estaba sentado junto a la chimenea llenando la pipa. Cuando entraron, todos les miraron y el murmullo cesó, como cesa el del molino cuando se le quita el agua.

La madre de Eyvind saludó al maestro y éste le devolvió el saludo.

—Aquí traigo este niño que quiere aprender a leer —dijo ella.

—¿Cómo se llama? —preguntó el maestro, sacando tabaco de la tabaquera.

—Eyvind —respondió la madre, y añadió—: Conoce las letras y las sabe agrupar.

—¿Es verdad? —dijo el maestro—. Ven acá, pequeño.

Eyvind se acercó. El maestro lo sentó sobre las rodillas y le quitó la gorra.

—¡Qué niño tan bonito! —dijo, acariciándole el pelo.

Eyvind miróle a los ojos y se echó a reír.

—¿Te ríes de mí?—le preguntó el maestro, frunciendo el ceño.

—Sí... —contestó Eyvind, y rió más alto.

Entonces el maestro rió también, y también rió la madre. Y los niños, comprendiendo que podían reír, rieron todos a un tiempo.

Así entró Eyvind en la escuela.

Cuando se trató de darle un sitio, todos querían cedérselo; pero él se fijó bien antes de tomar uno. Los niños cuchicheaban señalándole y él miraba a todos lados, con la gorra en la mano y los libros bajo el brazo.

—¿Qué? ¿Te has decidido ya? —preguntó el maestro, siempre ocupado con su pipa.

Y entonces, al volverse hacia el maestro, el muchacho vió cerca de él, junto al hogar, sentada sobre una pequeña caja roja, a Marit, la de los muchos nombres, que se había tapado la cara con las manos y atisbaba cuanto ocurría por entre los dedos.

—Me sentaré aquí —dijo resueltamente. Y tomando una caja se sentó al lado de la niña, que levantó a la altura de la cara el brazo y le miró por debajo del codo. El en seguida se cubrió la cara con una mano y también la miró por debajo del codo. Y en esta postura tonta permanecieron hasta que ella se echó a reír; él rió también y los demás niños rieron asimismo. Y entonces interrumpió la risa una voz terriblemente alta al principio y que luego se suavizaba poco a poco:

—¡Silencio! Niños, pilletes, diablillos... ¡Estaos quietos y callados y sed buenos, muñecos!

Era el maestro, que al corregir lo hacía siempre muy impetuosamente al principio, pero siempre también se calmaba antes de terminar.

Toda la escuela quedó instantáneamente silenciosa, hasta que otra vez empezó el murmullo, semejante al del molino. Todos leían en alta voz. Unos lo hacían con notas agudas, otros más profundamente, forzando sus voces para hacerse oír. De vez en vez, bien de unos o bien de otros, salía una nota larga. Nunca en su vida se había Eyvind divertido tanto.

—¿Así es siempre? —preguntó a Marit.

—Sí, siempre así —contestó ella.

Después tuvieron ambos que acercarse al maestro para leer; un pequeño niño fué llamado para dar la lección junto con ellos, y luego fueron despatchados, permitiéndoles reunirse y sentarse juntos de nuevo.

—Yo también tengo ahora una cabrita —dijo Marit.

—¿Sí?

—Sí; pero no es tan bonita como la tuya.

—¿Por qué no has vuelto a subir a la roca?

—El abuelo teme que me pueda caer.

—¡Pero si no es muy alta!

—Pero de todos modos el abuelo no me deja.

—Mi madre sabe muchas canciones —dijo Eyvind.

—Mi abuelo también, de verdad.

—Sí, pero no son las mismas que sabe mi madre.

—Mi abuelo sabe una de un baile... ¿Quieres oírla?

—Sí, sí...

—Entonces tienes que acercarte más para que el maestro no nos oiga.

Así lo hizo él, y Marit le cantó aquella canción a trozos, repitiéndolos cuatro o cinco veces hasta que la aprendió. Y fué lo primero que en la escuela aprendió:

«—¡Bailad! —gritaba el violín.
Tanto gritaban las cuerdas,
que de un salto el hijo del Baylio
se levantó gritando.

—¡Cállate! —gritó Ola.
Y estiró sus piernas hasta
hacer tropezar al hijo
del baillío. Y todas
las muchachas se rieron.

—¡Saltal —dijo Erick.
Y saltó hasta el techo,
haciendo temblar
paredes y vigas.

—¡Detente! —gritó Elling.
Y le cogió por el cuello
levantándole muy en alto.
Y le dijo: —Eres débil como un gato

—¡Eh! —llamó a gritos Rasmus.
Cogió a Raudi y le hizo dar vueltas.

—¡De prisa y dame un beso!
¿No sabes? —No —dijo Raudi.

Y deshaciéndose de él
le pegó fuerte en la oreja
diciéndole: —Toma eso
en pago a tu atrevimiento.»

—¡Levántense, niños!—dijo el maestro—. Como hoy es el primer día, pueden marcharse temprano; pero antes tenemos que rezar y cantar el himno.

Un gran estrépito se alzó en la escuela. Los niños saltaban sobre los bancos, corrían por la habitación y hablaban todos a un tiempo.

—¡Silencio, diablillos! ¡Niños traviesos, picarillos! Y no escandalicéis... Así seréis buenos.

Cada cual se fué tranquilamente a su sitio, y ya en silencio, el maestro, de pie ante ellos, rezó una corta oración.

Y luego cantaron. El maestro inició el himno con una voz potente de bajo, y los niños, cruzadas las manos, cantaban con él. Eyvind estaba cerca de la puerta, junto a Marit, y ambos se miraban; también ellos tenían las manos cruzadas, pero no sabían cantar.

Así fué el primer día de escuela.

III

EYVIND creció, haciéndose un muchacho muy laborioso e inteligente. En la escuela figuraba entre los aventajados y era muy capaz para el trabajo de su casa, y la causa de esto era que en su casa quería mucho a su madre y en la escuela quería mucho al maestro.

Veía poco a su padre porque, o estaba lejos, pescando, o estaba cuidando el molino que molía el grano para la mitad de la parroquia.

Nada influyó tanto durante estos años sobre él como la historia del maestro que su madre le contó una noche, sentados ambos junto al fuego. Tal historia le parecía que se encerraba en todos sus libros, la recordaba a cada palabra del maestro, la sentía en el ambiente de la escuela, cuando todo estaba en silencio, y le llenaba de obediencia y respeto y le dió una más viva comprensión de cuanto le enseñaba.

He aquí la historia:

Baard era el nombre del maestro, que había tenido un hermano llamado Anders. Ambos her-

manos se querían muchísimo. Juntos vivían en la ciudad y juntos estuvieron en la guerra, donde los dos consiguieron grados, militando en el mismo batallón. Cuando acabada la guerra volvieron a su casa, todo el mundo les juzgaba como buenos compañeros.

Entonces murió el padre. Tenía éste bastantes propiedades, pero diseminadas aquí y allá, y por ello era muy difícil hacer la división, y dispusieron venderlo todo en pública subasta: así cada uno podía adquirir lo que deseaba y luego repartiríanse el producto. Y así sucedió.

Pero el padre poseía un gran reloj de oro, muy conocido en muchas leguas a la redonda, porque era el único reloj de oro que habían visto las gentes de aquellos contornos. Cuando este reloj se subastó, muchas personas ricas hicieron ofertas; pero como los hermanos las hicieron también, aquéllas se retiraron. Baard creyó entonces que Anders dejaría que le fuera adjudicado el reloj, y Anders esperaba lo mismo de Baard. Cada uno ofrecía, en su turno, para probar al otro, y mirábase mientras hacían las ofertas. Cuando se llegó a ofrecer veinte duros, Baard pensó que no estaba bien que su hermano pujase en su contra; pero él continuó pujando y así llegó hasta ofrecer treinta duros. Como tampoco entonces Anders cedió, le pareció a Baard que su hermano olvidaba lo bueno que para él había sido, y además que él era el mayor. Las ofertas pasaron de treinta duros y Anders continuaba pujando. Entonces

Baard subió su oferta a cuarenta duros, pero ya no miraba a su hermano.

En la sala donde se celebraba la subasta, todo estaba en silencio. El Bayle repetía tranquilamente las ofertas.

Anders pensaba que si Baard podía dar cuarenta duros por el reloj, él también podía darlos, y que si a Baard le molestaba que él quedase dueño del reloj, él debía hacer lo posible por lograrlo: por lo tanto, al fin, ofreció mayor suma. Esto le pareció a Baard el mayor desaire que jamás había sufrido, y, muy suavemente, ofreció cincuenta duros. Había mucha gente presente y Anders pensó que su hermano no debía avergonzarse delante de todo el mundo, y ofreció más. Entonces Baard se rió.

—Cien duros con más mis derechos de mayorazgo —dijo, y salió de la sala.

Alguien salió luego tras él y se le acercó, cuando estaba ensillando un caballo que acababa de comprar.

—El reloj es de usted —dijo el hombre aquél—. Anders ha cedido.

Cuando Baard oyó estas palabras sintió una especie de remordimiento; pensó en su hermano y olvidó el reloj. Aunque el caballo estaba ya ensillado, esperó un momento, puesta una mano sobre el lomo del animal, dudando entre marcharse o quedarse.

Entonces salió mucha gente y, entre todos, Anders, que en cuanto vió a su hermano junto al

caballo ensillado, sin saber lo que estaba pensando, le gritó:

—¡Qué te aproveche el reloj, Baard! Ha de pararse para no marchar más, antes que tu hermano vaya en tu busca.

A esto contestó el otro, pálido el rostro y mientras subía al caballo:

—Lo mismo ha de suceder antes de que yo vuelva a casa.

Ninguno de los dos entró ya más en la casa que con su padre habían habitado.

Poco tiempo después se casó Anders y se instaló como un arrendatario cualquiera; pero ni invitó a Baard a la boda, ni Baard fué tampoco a la iglesia.

Durante el primer año de su matrimonio, Anders se encontró un día muerta, junto a la pared Norte de la casa, donde estaba atada, a la única vaca que poseía; nadie supo por qué había muerto. Otras desgracias se sucedieron y empeoró mucho su situación. Lo peor fué que a mitad del Invierno se quemó el granero con todo lo que tenía dentro, y nadie supo cómo había empezado el incendio.

—Alguien que nos detesta, que nos odia, ha hecho esto —dijo Anders.

Y aquella noche lloró.

Era muy pobre y ni ánimos tenía para trabajar. A la noche siguiente al siniestro, Baard se presentó en la casa de Anders; éste estaba en la cama, y al verle saltó de ella.

—¿Qué buscas aquí? —preguntó.

Se detuvo repentinamente y quedóse mirando fijamente a su hermano.

Baard esperó un poco antes de contestar.

—Quiero ayudarte, Anders, ya que la suerte no te ha sido propicia.

—La suerte ha sido tal como tú has querido que fuera, Baard. Vete... o no podré resistir la tentación de poner la mano sobre ti.

—Te equivocas, Anders... Lo siento.

—Vete, Baard..., o que Dios nos ilumine a ti, o a mí. Baard dió unos pasos alejándose, y con voz temblorosa dijo:

—Si quieres el reloj, te lo daré.

—Vete, Baard —gritó el otro. Y Baard se marchó.

Para Baard las cosas habían ido de muy distinta manera. Tan pronto como vió que los asuntos de su hermano estaban mal, sintió que el corazón se le deshacía; pero el orgullo le detenía en sus propósitos. Sentíase atraído por la iglesia y en ella formaba buenas resoluciones, pero no tenía fuerza para cumplirlas. Muchas veces había llegado hasta la vista de la casa de Anders, y siempre, o salía alguien, o había dentro una persona extraña, o Anders estaba fuera cortando astillas; de modo que en todas las ocasiones había algún impedimento. Sin embargo, un domingo, en pleno Invierno, Baard, que estaba en la iglesia, vió a Anders, que también estaba allí. Estaba pálido y delgado; llevaba la misma ropa que usa-

ba cuando vivían juntos; pero ahora ya estaba vieja y destrozada. Durante el sermón miraba al Pastor, y Baard pensó que era bueno y cariñoso; recordó los tiempos de la niñez y de la juventud y lo felices que entonces habían sido.

Baard tomó aquel día comunión y prometió solemnemente ante Dios reconciliarse con su hermano, costase lo que costase. Este propósito llenaba su espíritu, y cuando se levantó, después de recibir el Sacramento, quiso ir hacia su hermano y sentarse a su lado; pero una persona estaba entre ambos y Anders ni siquiera le miró. Terminados los oficios, surgieron otras dificultades: había demasiada gente; junto a su hermano estaba la mujer, que él no conocía... Le pareció que sería mejor ir a su casa y allí hablarle seriamente. Al llegar la noche, así lo hizo. Fué directamente hasta la puerta, y allí escuchó. De pronto oyó pronunciar su nombre. Era su cuñada quien hablaba.

—Hoy tomó comunión —decía—. Seguramente pensaba en ti.

—No... No estaba pensando en mí— dijo Anders—; yo le conozco bien: piensa sólo en sí mismo.

Durante un rato no pronunciaron más palabras. Baard sudaba, aunque la noche era muy fría. Dentro de la casa, la mujer de Anders estaba atareada con el caldero que pendía sobre la lumbre. Un niño lloraba de cuando en cuando, y entonces Anders mecía la cuna. De pronto, ella dijo estas palabras:

—Yo creo que los dos estáis siempre pensando el uno en el otro, pero no queréis confesarlo.

—Hablemos de otra cosa —dijo Anders. Y casi en seguida se levantó y fué hacia la puerta.

Baard estaba escondido bajo un cobertizo y Anders se dirigió allí para coger una brazada de leña. Baard se ocultó en un rincón y le vió distintamente. Se había quitado la ropa miserable que llevaba en la iglesia y se había puesto el uniforme con que regresara de la guerra, exactamente igual al de Baard. Los dos hermanos se habían prometido no volver a ponerse jamás el uniforme y dejarlos, como herencia, a sus familias. El de Anders estaba remendado, y su cuerpo fuerte y bien desarrollado parecía como envuelto en harapos. Mientras esto observaba, Baard sentía el *tic-tac* del reloj de oro en su propio bolsillo.

Anders fué hacia donde había más leña; en vez de agacharse en seguida para cogerla, se detuvo, apoyándose en un montón, y miró al cielo, que estaba despejado, todo sembrado de estrellas.

Suspiró y dijo:

—Bien... Bien... ¡Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

Cuando Baard oyó estas palabras, quiso salir y hablarle; pero en aquel momento Anders tosió, y le pareció tan hostil, que esta sola idea fué bastante para detenerle.

Anders recogió la carga de leña y pasó con ella tan cerca de Baard, que le rozó, arañándole con las ramas la cara, que se le quedó ardiendo.

Baard permaneció en aquel mismo sitio, sin mo-

vimiento, como unos diez minutos; y mucho más hubiera estado si, después de una tan fuerte emoción, no le hubiera asaltado un temblor que le sacudió de pies a cabeza. Entonces salió de su escondrijo. Y se confesó francamente a sí mismo que era demasiado cobarde para entrar. Y por ello se trazó otro plan.

De una caja de carbón que estaba en el rincón de donde acababa de salir, tomó unos pedazos y unas astillas de madera resinosa. Se fué hacia el granero, y ya en él cerró la puerta tras de sí. Encendió fuego, y cuando ya ardían las astillas, buscó el clavo en que Anders colgaba la linterna cuando salía temprano a trillar. Baard se quitó el reloj y lo colgó de aquel clavo. Luego apagó las astillas y se marchó. Sentía su corazón libre de tan gran peso, que corría como un niño sobre la nieve. Al día siguiente oyó decir que el granero se había quemado aquella noche. Probablemente alguna chispa despedida de las astillas que había encendido para buscar donde colgar el reloj, había ocasionado el siniestro. Esto le anadó de tal manera, que estuvo todo el día como enfermo. Tomó un libro de oraciones y cantó de tal manera, que la gente de la casa pensó que algo grave le ocurría.

Pero cuando llegó la noche, salió. Era plenilunio. Fué a la granja de su hermano, rebuscó entre las cenizas del fuego, y encontró un pequeño pedazo de oro: era el reloj fundido. Con esto en la mano fué hacia su hermano y le suplicó que se re-

conciliaran. El resultado de esta tentativa ya está contado.

Sucedió que una niña pequeña le había visto rebuscando entre las cenizas, en el sitio del fuego. Algunos muchachos que iban a un baile le habían divisado en la noche del domingo, camino de la granja de Anders. Las gentes de la casa contaron su conducta extraña durante el lunes. Y como todos sabían que él y su hermano eran enemigos irreconciliables, se dió cuenta de todo a las autoridades y comenzaron a efectuarse pesquisas.

Nada se pudo probar contra él, pero la sospecha subsistió. Ahora la reconciliación era más imposible que nunca.

Anders había pensado en Baard cuando el granero se quemó, pero no lo dijo a nadie. Cuando a la noche siguiente le vió entrar en su casa, tan pálido y con aspecto tan extraño, pensó en seguida:

—Ahora está lleno de remordimientos; pero no puede haber perdón para un crimen tan grande contra un hermano.

Después oyó decir que la gente le había visto dirigiéndose a su granja en la noche del fuego. Y aunque nada se comprobó, él estaba completamente convencido de que Baard era el culpable.

Se encontraron en el interrogatorio. Baard llevaba su buena ropa y Anders sus harapos. Cuando Anders entró, Baard le miró con ojos tan suplicantes, que aquél sintió que la mirada le llegaba a las entrañas.

—Quiere que yo no diga nada —pensó.

Y cuando le preguntaron si creía que su hermano era el autor del incendio, contestó con voz clara y distinta:

—No.

Pero desde entonces, Anders empezó a beber y adquirió otras malas costumbres. Baard no bebía, pero sufría mucho más; no parecía el mismo hombre.

Por fin, una noche, ya muy tarde, una pobre mujer entró en la pequeña habitación en que Baard vivía y le pidió que la acompañara un poco. Baard sabía que aquélla era la mujer de su hermano y comprendió en seguida el motivo que allí la había llevado. Se puso pálido como un muerto, se vistió y salió con ella sin pronunciar una sola palabra.

La ventana de Anders estaba pálidamente iluminada, y hacia ella marcharon directamente a través de la nieve.

Cuando llegaron al pasillo, Baard sintió un olor raro que le hizo mal. Entraron. Una pequeña criatura estaba sentada junto a la chimenea comiendo carbón; tenía la cara completamente negra; pero alzó la vista y rió, y al reirse mostró unos dientes muy blancos. Era el hijo de su hermano. En la cama, cubierto con toda clase de ropas, estaba Anders, muy débil y acabado, mirando con ojos hundidos a Baard.

Las piernas de éste temblaban; sentóse al pie de la cama y rompió en un copioso y violento

llanto. El enfermo seguía mirándole, inmóvil y silencioso. Por fin dijo a su mujer que se marchase; pero Baard la indicó por señas que se quedase.

Y los dos hermanos empezaron a hablar. Las explicaciones que se dieron abarcaban desde el mismo día de la subasta hasta el momento del encuentro presente. Baard concluyó sacando el pedazo de oro que siempre llevaba consigo, y cada uno confesó al otro que en todo aquel tiempo no habían tenido ni un solo día feliz.

Anders no habló mucho porque no podía. Y Baard no se separó de la cama, donde yacía su hermano, mientras duró la enfermedad.

—Ya me siento completamente bien —dijo Anders una mañana al despertar—. Ahora, querido hermano, viviremos juntos como en tiempos pasados y ya no nos separaremos más.

Sin embargo, aquel día se murió.

Baard se llevó a su casa a la viuda y al hijo de Anders, a quienes, desde aquel día en adelante, no les faltó nada.

Lo que ambos hermanos se habían dicho cuando Baard estaba sentado junto al lecho de Anders, enfermo, trascendió y llegó a conocimiento de todo el pueblo, y nadie fué más estimado que Baard. Todos le respetaban y querían como se respeta y quiere a quien, después de tener solamente penas, encuentra la felicidad, o a uno que ha estado ausente mucho tiempo. Baard encontró consuelo en las consideraciones y afectos que le rodeaban y se entregó al servicio de Dios.

Quería ocuparse en algo, y así el antiguo soldado empezó a enseñar en la escuela.

Lo que inculcaba a todos los niños, desde el primero hasta el último, era el amor; y él mismo lo practicaba. Y por eso todos los pequeños le adoraban como a un compañero y como a un padre a la vez.

Esta era la historia del viejo maestro, que tanto se aferró a la mente del pequeño Eyvind, que llegó a ser para él una religión y una enseñanza al propio tiempo. El maestro le parecía un ser sobrenatural, aunque se sentase allí tan llano y hasta pretendiese, a veces, reñirles. No saber una lección le parecía un crimen; y si el maestro le sonreía o le acariciaba la cabeza después de tomarle la lección, experimentaba una sensación de felicidad que le duraba todo el día.

Siempre causaba una profunda impresión sobre los niños el pequeño discurso que el maestro pronunciaba antes de cantar y los versos sobre el amor fraternal, que leía, a lo menos, una vez a la semana. Cuando leía el primero de estos versos, había siempre en su voz un temblor, aunque los había leído durante veinte o treinta años. Decían así:

Ama a tu prójimo, cristiano leal.
 No le pises cruelmente
 si está abatido por tierra.
 Todas las cosas que viven
 únense para probar
 el poder creador del amor,
 tan fuerte cuando lo emplea
 un puro corazón.

Cuando terminaba de leer el pequeño poema, hacía una pausa, y luego miraba con ojos centelleantes a los alumnos.

—¡Vamos! ¡Levántense, niños, y márchense a casa; pero bien y sin ruido! ¡Que yo no oiga de vosotros sino cosas buenas!

Y luego, cuando la escuela era una verdadera Babel con el ruido que hacían los pequeños recogiendo los libros y las cestas de la merienda, gritaba, sobresaliendo su voz sobre todo el bullicio:

—Vuelvan mañana en cuanto sea de día, porque si no lo pagarán caro... Vengan a buena hora, pequeños, y empezaremos a trabajar con buena voluntad.

IV

DE la vida de Eyvind hasta un año antes de recibir la Confirmación, no hay mucho que decir. Leía por las mañanas, trabajaba por la tarde y jugaba por las noches.

Como tenía un carácter muy alegre, excepcionalmente alegre, todos los muchachos de las cercanías iban a buscarle a la hora del recreo.

Una larga pendiente empezaba frente a la granja y bajaba hasta la caleta bordeando por un lado la roca y por otro el bosque, como ya hemos dicho.

Esta pendiente era la elegida para jugar al tobogán todos los domingos, durante el invierno, por los muchachos del pueblo. Eyvind era el «amo» de la cuesta y poseía dos trineos que se llamaban «Spanker» y «Galloper». Este servía cuando había mucha gente. El primero era siempre guiado por él, que sentaba a Marit sobre sus rodillas.

Cuando en la época a que nos referimos Eyvind despertaba, lo primero que hacía era mirar si había deshielo. Si veía un velo gris sobre los ar-

bustos al otro lado de la caleta, o bien oía gotear desde el tejado, tardaba en vestirse como si no tuviese nada que hacer. Pero si despertaba, sobre todo los domingos, y encontraba la atmósfera fría y diáfana y oía el crujir del hielo, entonces se ponía su mejor ropa y aquel día no había trabajo. Sólo Catecismo e Iglesia: y la tarde y la noche libres. ¡Hurrah!

Levantábase de un salto, se vestía como si la casa estuviese ardiendo, y apenas si tomaba el desayuno.

A la tarde, llegaba el primer muchacho con sus botas de nieve por el camino, balanceando el cayado sobre su cabeza y gritando hasta que las colinas y el lago resonaban con los gritos. Luego bajaba otro por el camino en su trineo, y luego, otro y otro. En seguida Eyvind montaba en su «Spanker» y bajaba toda la cuesta dando un grito largo y penetrante que resonaba de entre las colinas que rodeaban la caleta hasta extinguirse a lo lejos. Luego buscaba con la vista a Marit; pero así que ésta llegaba, ya no se preocupaba más por ella.

Una Navidad, cuando Eyvind y Marit tenían diez y seis o diez y siete años y en la próxima Primavera iban a recibir la Confirmación, se celebró el cuarto día de la semana de Pascua una gran reunión en la Granja de la Colina Alta, donde Marit vivía con sus abuelos, que la habían criado y educado. Estos la habían prometido dar la reunión cada año durante tres días, y por fin, en

estas vacaciones, cumplían su promesa. Eyvind fué invitado.

La noche no era fría, pero estaba nublado el cielo y sin estrellas. Era probable que llovería al día siguiente. Una brisa soñolienta soplabá sobre la nieve que estaba allanada a grandes trozos en las alturas, todas blancas.

Junto al camino, sobre el cual no había nieve, había una margen de hielo resbaladizo con un tinte azul oscuro entre la nieve y el camino, y que brillaba aquí y allá, tan lejos como alcanzaba la vista. En las vertientes de las montañas había habido desprendimientos de nieve. Las huellas quedaban negras y al lado de ellas la nieve estaba blanca y lisa, excepto donde los abedules se agrupaban formando manchas oscuras. Agua no se veía, pero grandes pantanos se extendían hasta la base misma de las montañas.

Hallábanse los edificios de la Granja de la Colina Alta colocados formando grupos en el terreno llano. Durante el crepúsculo invernal eran como masas negras, desde las que se esparcía la luz sobre los campos, procedente ya de una ventana, ya de otra. A juzgar por las luces, dentro de la granja había aquella noche mucha animación y mucha vida.

Niños, jóvenes y mayores venían de diferentes puntos y muy pocos seguían el camino; cuando llegaban a la altura de las granjas, entonces casi todos le dejaban. Y unos desaparecían tras el establo, una pareja se ocultaba bajo el almacén, y

así por el estilo, mientras algunos se precipitaban hacia el mismo granero, imitando los chillidos de la zorra, contestándoles otros como gatos. Alguno se ocultó tras el lavadero y allí ladraba como un perro, y por último el bullicio fué general.

Las muchachas venían en grandes grupos, y con ellas unos cuantos muchachos, pequeños en su mayoría, que saltaban alrededor de ellas, haciéndolas así resaltar más, llamando sólo ellas la atención.

Cuando una de las bandas de muchachas se acercaba a la casa y era descubierta por alguno de los mayores, las muchachas se escapaban a través de los pasillos y del jardín y tenían que sacarlas de sus escondrijos a la fuerza y hacer que entrasen en la casa. Alguna era tan tímida, que precisábase llamar a Marit y que ésta saliera para materialmente forzarla a entrar. También a veces llegaba alguna que no estaba invitada con intención de no entrar y mirar tan solo; pero al fin se la podía convencer para que entrase y bailase, al menos, una danza.

Los invitados a quienes Marit distinguía, eran conducidos por ella a una pequeña habitación, donde los mayores estaban sentados, fumando los hombres, y en la que la abuela hacía los honores, y allí eran obsequiados.

Eyvind no estaba entre estos favorecidos, y ello le parecía algo extraño.

El mejor músico del pueblo no podía venir hasta más tarde, y entretanto pasábanse con un viejo

arrendatario, llamado Grey Knut, que sabía cuatro piezas: dos *danzas de Primavera*, un *Halling* y otra, muy antigua, llamada *Vals Napoleón* (1), y que se vió precisado a convertir el *Halling* en *schottis* cambiándole el compás, y el *baile de Primavera* en *polka-mazurka* por el mismo procedimiento.

Hizo sonar en el piano unos acordes y el baile comenzó. Eyvind, al principio, no se atrevió a intervenir en él porque había demasiados mayores; pero pronto se reunieron los jóvenes, empujándose unos a otros; bebieron un poco de cerveza fuerte para animarse, y entonces Eyvind tomó parte también en la danza.

La habitación se caldeó muchísimo y la alegría y la bebida se subieron a las cabezas.

Marit bailó más que ninguna otra, probablemente porque el baile se efectuaba en la casa de sus abuelos. A menudo Eyvind cruzaba con ella la mirada, pero siempre bailaba con otro. El quería bailar con ella, y durante uno de los números no participó de la danza para poder dirigirse a ella en seguida que terminase, y así lo hizo. Pero un muchacho alto y fuerte, con el pelo muy espeso, se le interpuso.

—¡Quita de ahí, chiquillo! —gritó; y empujó a Eyvind, que a poco cae de espaldas sobre Marit.

Jamás le había ocurrido nada semejante; jamás

(1) Las danzas de Primavera y los *Halling* son danzas características de los aldeanos noruegos.

le habían tratado sino amablemente; nunca se había oído llamar «chiquillo» cuando mostraba su intención de intervenir en algo. Púsose rojo hasta la raíz del cabello, pero no dijo nada y se retiró, yendo a ponerse junto al nuevo músico, que, recién llegado, tomaba asiento y afinaba el instrumento.

La concurrencia estaba silenciosa: esperaban la primera nota que hiciese sonar el pianista esperado; mucho tiempo estuvo éste afinando, pero, al fin, comenzó una *spring-dance* o baile de Primavera; los muchachos gritaron y saltaron, y las parejas, una por una, entraron, girando rápidamente, en el círculo de los danzarines.

Eyvind miraba a Marit, que bailaba con el del pelo espeso; ella reía por encima de su hombro, enseñando sus blancos dientes, y Eyvind, por vez primera en su vida, experimentó un dolor extraño y punzante en su pecho.

Mirábala sin cesar, y cuanto más la miraba más evidente le parecía que Marit no era ya una niña, sino una mujer.

—Pero no es posible —pensaba Eyvind—, porque todavía monta con nosotros en trineo.

Indudablemente era ya mayor. El hombre del pelo espeso la hizo sentar sobre sus rodillas una vez terminado el baile; ella se deshizo de él, pero se sentó a su lado.

Eyvind miró a aquel hombre: llevaba una buena ropa de fiesta, azul, camisa a cuadritos azules y la corbata era de seda. Tenía la cara pequeña,

ojos azules, de mirar atrevido y boca sonriente y retadora. Era guapo.

Eyvind no dejaba de mirarle; pero luego se contempló también a sí mismo. Llevaba un pantalón nuevo, que había comprado para las fiestas de Navidad, y del cual estaba muy orgulloso; pero ahora veía que era sólo de bayeta. Su chaqueta era de la misma tela, pero estaba vieja y sucia. El chaleco, tejido de lana corriente, con un dibujo de rombos, muy vulgar, también estaba viejo, y de sus botones, dos eran brillantes y uno negro.

Eyvind miró en torno suyo y pensó que había muy pocos tan mal vestidos como él. Marit tenía puesta una blusa negra de tela fina; con un broche de plata se sujetaba el pañolón y llevaba un pañuelo de seda doblado en la mano. En la cabeza llevaba una gorrita de seda, sujeta bajo la barba, con cintas largas. Estaba muy bella. Reía. El hombre aquél la hablaba y también se reía. Tornó a sonar el piano y se levantaron para bailar una vez más.

Un compañero vino a sentarse junto a Eyvind.

—¿Por qué no bailas, Eyvind? —le preguntó cariñosamente.

—¡Oh, no! —contestó—. ¿Acaso parece que tengo ganas de bailar?

—¿Parecer?... ¿Cómo?... —dijo el otro; pero antes de continuar, Eyvind le preguntó:

—¿Quién es ése de traje azul que baila con Marit?

—John Hatlen, uno que ha estado mucho tiempo ausente, en el Colegio de Agricultura. Quiere ser dueño de esta granja.

En aquel momento Marit y John se sentaron.

—¿Quién es aquel muchacho rubio que está sentado junto a los músicos, y que me mira tanto?

Marit rió y contestó:

—Es el hijo del arrendatario de Pladsen.

Naturalmente, Eyvind sabía que era hijo de un arrendatario; pero hasta aquel mismo momento no se había dado cuenta de lo que eso significaba. Sentía como si de repente todo su cuerpo se hubiera encogido y él fuera así más pequeño que todos los demás. Para conservar la presencia de ánimo tuvo que procurar pensar en todo lo que le había hecho feliz y le había enorgullecido hasta entonces, desde los juegos en trinco hasta las palabras sueltas que recordaba le habían sido agradables. Cuando pensó en su padre y en su madre, que en su casa creerían que él se estaba divirtiendo, apenas pudo contener el llanto.

En torno suyo todos reían y bromeaban. El violín resonaba en su oído fuertemente. Hubo un momento en que le pareció que algo negro se alzaba ante él, y entonces pensó en la escuela, en el maestro, que le daba palmaditas en la espalda, en el Pastor, que, cuando los últimos exámenes, le había regalado un libro y había dicho que era un muchacho listo. Su padre estaba presente aquel día y, sonriendo, le miraba. Parecía oír de nuevo que el maestro le decía: —Sé bueno siempre,

Eyvind—, y otra vez se sentía un niño pequeño sentado sobre sus rodillas.

—¡Dios mío! Tú sabes, Eyvind, que no hay razón en el fondo para preocuparse. Todo el mundo es bueno: algunos parece solamente que no lo son... Nosotros dos somos listos, tan listos como John Hatlen... Como él tendremos algún día buena ropa y bailaremos con Marit, en una sala alegre donde habrá cientos de personas, riendo y hablando... Luego, una pareja nupcial ante el Pastor... Yo, en el coro, sonriéndote, y tu madre en la casa... Una granja con veinte vacas y tres caballos... Y Marit, buena y cariñosa, como cuando estaba en la escuela...

Aquel baile acabó y vió a Marit de nuevo ante él sentada en un banco; John seguía a su lado, y ahora sus caras estaban muy cerca. Volvió a sentir aquel dolor punzante en el pecho, y se decía:

—Estoy sufriendo.

En aquel mismo momento Marit se levantó y vino hacia él; inclinándose, le dijo:

—No debes estar sentado, ni mirar así con mal humor... ¿No ves que los demás lo notan? Busca una pareja y baila.

No contestó; la miró, y a pesar suyo, se le llenaron los ojos de lágrimas. Ella estaba dando la vuelta para marcharse, cuando lo notó y se detuvo; de repente se puso roja como la grana. Después dió media vuelta y tornó a su sitio, pero en seguida se levantó otra vez y se sentó en otro lado. John la siguió inmediatamente.

Eyvind salió al patio, entre la gente. Se sentó bajo un cobertizo.

Entonces pensó:

—¿Qué hago yo aquí?

Levantóse, pero otra vez volvió a sentarse: le era indiferente estar allí o en cualquier sitio. Ni quería marchar a su casa, ni volver al salón: todo le era lo mismo. No estaba en estado de meditar sobre cuanto había ocurrido; no quería ni pensar en ello. Tampoco en el futuro; nada le interesaba.

—Después de todo —se preguntaba—, ¿qué es lo que estoy pensando?

Oyendo su propia voz se dijo:

—¿De modo que aún puedes hablar y reír?...

Sí, podía reír y se reía alto, cada vez más alto, pareciéndole una gran broma que estuviese allí sentado, riendo solo; y esta idea le hizo reír de nuevo.

Pero su amigo Hans, que había estado sentado a su lado en el salón, le había seguido fuera, y parándose ante él, le preguntó:

—¿Pero cómo? ¿Te estás riendo?

Entonces Eyvind cesó de reír y Hans aguardó, como esperando ver qué sucedería.

Eyvind se levantó, miró con cuidado en torno suyo y, quedamente, dijo:

—Hans, te diré por qué estaba yo antes siempre alegre... Porque no quería a nadie verdaderamente... Pero desde que queremos a alguien se acaba la felicidad.

Y rompió a llorar.

—¡Eyvind! —se oyó una voz que llamaba.

Eyvind escuchó y cesó de llorar.

—¡Eyvind! —repitió la voz, más alto ahora.

—Debe ser la persona en quien pensabas.

—Sí —contestó él, también en voz baja, secándose los ojos de prisa y avanzando unos pasos.

La que llamaba cruzó el patio.

—¿Estás ahí, Eyvind? —preguntó.

—Sí —contestó él, y se detuvo.

—¿Quién está contigo?

—Hans.

Hans quiso marcharse.

—No, no... —le suplicó Eyvind.

Ella, despacio, se acercó a ambos muchachos.

Era Marit.

—¡Te marchaste tan pronto...! —dijo a Eyvind.

Él no supo qué contestar, y entonces ella se desconcertó también, y los tres permanecieron silenciosos.

Hans se marchó al fin discretamente, y allí quedaron los dos sin mirarse y sin moverse si quiera.

Después Marit murmuró:

—He tenido toda la noche unos dulces de Pascua en el bolsillo destinados a ti, Eyvind... Pero hasta ahora no he podido dártelos...

Y sacó del bolsillo unas manzanas, un pedazo de pastel, y una pequeña botella, ofreciéndoselo todo.

Eyvind lo tomó y metió en su bolsillo.

—Gracias —dijo, y tendió su mano (1). La de ella estaba caliente e inmediatamente la soltó, como si se hubiese quemado.

—Has bailado mucho esta noche.

—Sí —dijo—. En cambio, tú no has bailado.

—No —contestó él.

—¿Y por qué?

—¡Oh!

—¡Eyvind!

—¿Qué?

—¿Por qué te quedaste mirándome de aquel modo?

—¡Oh!

Hubo una pausa.

—¡Marit!

—¿Qué?

—¿Por qué no te gustó que yo te mirase?

—¡Había allí tanta gente...!

—Has bailado mucho con John Hatlen.

—¡Oh, sí!

—Baila bien.

—¿Te parece que baila bien?

—Sí... No sé por qué, pero esta noche no puedo soportar que bailes con él, Marit.

Le había costado un gran esfuerzo decir esto, e intentó marcharse.

—No te comprendo, Eyvind.

—Tampoco me comprendo yo mismo... ¡Es tan

(1) En Noruega es costumbre entre los aldeanos estrecharse la mano cuando se hace un regalo.

tonta esta actitud mía...! Adiós, Marit, me marchó en seguida.

Y dió un paso sin volver la cabeza.

Entonces dijo ella mientras él se marchaba:

—Has visto esta noche las cosas al revés, Eyvind.

Eyvind se detuvo.

—Hay una cosa que he visto sin equivocarme, Marit, y es que tú eres ya una mujer.

No era esto exactamente lo que ella creía que iba a decir, y permaneció silenciosa. Y en aquel momento vió el resplandor de una pipa enfrente de ella. Era su abuelo que pasaba, y al verla, se detuvo y dijo:

—¡Ah!... ¿Estás aquí, Marit?

—Sí.

—¿Con quién estás hablando?

—Con Eyvind.

—¿Con quién dices?

—Con Eyvind Pladsen.

—¡Ah!, con el hijo del arrendatario de Pladsen... Ven conmigo inmediatamente.

V

CUANDO Eyvind abrió los ojos al día siguiente, despertó de un sueño largo y reparador, durante el cual había soñado cosas agradables... Marit estaba sentada, allí arriba, en la cumbre rocosa de la montaña y le arrojaba hojas que él recogía y tiraba de nuevo. Las hojas, al subir y al bajar, hacían mil figuras de distintos colores. El sol brillaba y toda la montaña resplandecía.

Cuando despertó miró en torno esperando ver aún lo que en sueños había visto. Y entonces recordó todos los incidentes de la noche anterior.

Inmediatamente sintió de nuevo en su pecho aquel dolor amargo y punzante.

—Nunca se me quitará —pensó; y sintiendo como si todo el futuro huyera, deslizándose, lejos de él.

—Has dormido mucho —le dijo su madre, que estaba sentada junto a él hilando—. Levántate y come alguna cosa. Tu padre está ya en el bosque cortando árboles.

La voz de su madre le consoló. Levantóse con un poco más de valor.

Sin duda, su madre recordaba los tiempos en que se divertía en los bailes, porque canturreaba mientras hilaba...

Eyvind se vistió y empezó a tomar su desayuno. Para evitar que su madre le viera la cara, tenía que levantarse de la mesa y acercarse a la ventana. La misma opresión de antes le había vuelto: tenía que recobrarse y marchar al trabajo.

El tiempo había cambiado: hacía aire y algo más de frío. La amenaza de lluvia del día anterior se había resuelto en agua-nieve.

Se puso unas gruesas medias, una gorra de piel, una chaqueta de marino y mitones; dijo adiós a su madre, y se fué con el hacha al hombro.

La nieve caía despacio en copos grandes, medio liquidados.

Subió con dificultad la pendiente, y cuando llegó arriba, giró a la izquierda y entró en el bosque. Nunca, ni en Invierno ni en Verano, subía aquella cuesta sin recordar algo que le había hecho feliz o que había anhelado mucho. Esta vez la había subido con paso lento y pesado.

Andaba, torpes las rodillas, o por el baile de la noche pasada, o por efecto de la depresión general que sentía.

Pensaba que ya no sería posible aquel año montar en trineo, y esto quería decir que tal diversión se había acabado para siempre... Deseaba otra cosa, y en esto pensaba cuando penetró entre los troncos de los árboles, a través de los que caía la nieve silenciosamente.

Un pájaro, asustado, chilló y aleteó unos cuantos metros delante de él. Salvo esto, todo en el bosque parecía sin vida.

Eyvind no sabía exactamente lo que deseaba: sólo sabía que era algo que no estaba en su casa, ni fuera de ella; no era ni divertirse, ni trabajar. Era algo aéreo, como una canción. Poco a poco se definió aquel deseo: se iba a confirmar en la Primavera, y en los exámenes preparatorios obtendría el primer puesto.

El corazón palpitábale apresuradamente mientras pensaba en ello, y antes de oír el hacha de su padre en la maleza rumorosa, este deseo se había adueñado de todo él con mayor intensidad que ningún otro desde que nació. Al fin llegó a donde trabajaba su padre, que, como de costumbre, no le hablaba mucho; cada uno cortaba los árboles por su lado y recogían la leña formando montones. De cuando en cuando se encontraban, y una de estas veces, Eyvind dijo melancólicamente:

—Un arrendatario tiene que trabajar mucho y su vida es muy dura.

—Pero no es peor que la de otra mucha gente —contestó su padre, mientras escupía en la mano y empuñaba el hacha.

Cuando el árbol que su padre cortaba cayó y fué arrastrado hacia el montón, Eyvind dijo:

—Si tuvieras una granja propia no tendrías que trabajar así.

—Pero habría otras cargas que sufrir.— Y tiraba con todas sus fuerzas del árbol cortado.

Llegó la madre con la comida y se sentaron. La madre estaba alegre y cantaba entre dientes, llevando el compás, dando con un zapato contra el otro.

—¿Qué vas a hacer ahora que ya eres mayor?

—preguntó la madre a Eyvind, de repente.

—El hijo de un arrendatario no tiene mucho para escoger —contestó.

—El maestro dice que debes ir a una Escuela de Maestros —dijo ella.

—¿Se puede ir allí sin pagar? — preguntó Eyvind.

—El maestro pagará todos los gastos —dijo el padre sin dejar de comer.

—¿Te gustaría ir? —preguntó la madre.

—Me gustaría aprender, pero no ser maestro.

Todos guardaron silencio durante un momento. La madre tornó a canturrear y miraba fijamente ante sí. Eyvind se levantó y se sentó solo en otro sitio.

—No tenemos necesidad de pedir al maestro —dijo ella así que el muchacho se marchó.

Su marido la miró y preguntó:

—¿Cómo?... ¿Gente pobre como nosotros?

—No me gusta que aparezcas como pobre cuando no lo eres —añadió ella.

Ambos miraron a Eyvind para ver si podía oír lo que hablaban. Entonces el marido miró molesto a su mujer y dijo:

—Estás hablando de lo que no entiendes.

Ella rió, y después, poniéndose seria, dijo:

—Es como si no diéramos a Dios las gracias por habernos salido bien las cosas.

—Se puede dar gracias a Dios sin llevar botones de plata en la chaqueta —dijo el padre.

—Sí, pero no dejando que Eyvind vaya al baile como fué anoche.

—Eyvind es hijo de un colono —dijo el padre.

—Esa no es razón para que no vaya decentemente vestido cuando podemos pagarlo.

—Está bien... Habla alto para que te oiga.

—No oye... Pero no me importaría que lo oyese.

Y miró abiertamente a su marido, que tenía fruncido el ceño y había dejado la cuchara para tomar la pipa.

—Es muy miserable el predio que tenemos —dijo.

—Me haces reír hablando siempre del predio. ¿Por qué no hablas también de los molinos?

—¡Oh, tú y tus molinos! Parece como si no te gustara que molieran.

—¡Oh! Me encanta —dijo ella —, gracias a Dios. Yo quisiera que no pararan ni de día ni de noche... Y desde antes de Navidad no andan.

—La gente no manda a moler su maíz en tiempo de Pascua.

—Lo manda a moler cuando hay agua... Pero desde que han puesto el molino en Nystrone, las cosas han variado y el negocio es flojo.

—El maestro no dijo eso hoy.

—Yo buscaría alguien más cuidadoso que el maestro para administrar nuestro dinero.

—Sí... La propia mujer de uno es la última persona con quien se debe hablar de estas cosas.

Thore no contestó a esto: acababa de encender su pipa y se recostó contra un montón de leña, llevando la mirada de su mujer a su hijo y fijándola por fin en un nido de cuervo que a poca distancia colgaba de la rama de un abeto.

Eyvind estaba sentado aparte. El futuro se le aparecía como una larga y clara llanura de hielo que se extendía ante él y sobre la cual su imaginación se deslizaba por primera vez desde una orilla a otra. Parecíale que la pobreza le obstruía el camino en todas direcciones, pero por lo mismo todos sus pensamientos convergían en la decisión de dominarla. Sin duda, era ella la que le separaba de Marit, a quien consideraba casi prometida a John Hatlen; pero él haría de su vida una lucha para quitársela.

Para que no volviera a pasar lo de la noche anterior, él permanecería alejado hasta que, con la ayuda de Dios, hubiese terminado sus estudios, y de que los haría no dudaba ni un momento. Tenía una vaga idea de que el mejor plan era continuar con los libros. El objeto de ello se revelaría más tarde.

A la noche, la nieve estaba excelente para el trineo, y los niños salieron todos a jugar: todos menos Eyvind, que se quedó junto a la chimenea leyendo. No tenía un momento que perder.

Los niños le esperaron mucho tiempo; por fin algunos se impacientaron y se acercaron a la

casa; juntaron sus caras a los cristales y le llamaron; pero él hizo como que no los oía. Otros vinieron, y sorprendidos rodeaban la casa; él les volvió la espalda y siguió leyendo, luchando con fe para penetrar el sentido de lo que leía. Y así otras muchas noches. Después supo que Marit no salía tampoco.

Estudiaba con tanto empeño, que su padre llegó a temer por su salud. Tornóse muy serio, y sus facciones, tan redondas y suaves, se hicieron más delgadas y angulosas, y su mirada se hizo más dura. Raramente cantaba y jamás tocaba. Parecía como si no tuviera tiempo. Cuando alguna tentación le asaltaba, creía oír a alguien que murmuraba en su oído: «Luego, más tarde»; y siempre: «Más tarde».

Durante algún tiempo los muchachos corrían y reían y cantaban como antes; pero como no consiguieron que saliera ni con sus alegres voces ni llamándole repetidas veces con las caras pegadas a las vidrieras de la ventana, le dejaron tranquilo. Encontraron otros sitios para sus juegos, y a poco la cuesta quedó abandonada.

Pero no tardó el maestro en darse cuenta de que Eyvind no era ya aquel muchacho de antes que aprendía la lección como una cosa natural y jugaba como cosa necesaria. Le hablaba a menudo y procuraba hacerle hablar; pero ya no le llegaba tan fácilmente al corazón como en los tiempos pasados. También habló a sus padres, y después de consultarles, se presentó en la casa un

domingo por la noche, y luego de estar sentado un rato, dijo:

—Eyvind, vamos a salir un poco... Quiero hablar contigo.

Eyvind se vistió y abrigó y salieron juntos.

Casualmente tomaron la dirección de las Granjas de la Colina, hablando de diferentes cosas.

Cuando llegaron cerca de los edificios de la granja, el maestro se dirigió hacia el situado en medio, y mientras avanzaban oyeron gritos de alegría y ruidos que de allí salían.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó Eyvind.

—Un baile —contestó el maestro—. ¿Entramos?

—No.

—¿Cómo? ¿No quieres, hijo mío?

—No... Todavía no.

—¿Todavía no?... ¿Cuándo, entonces?

Eyvind no contestó.

—¿Qué quieres decir con «todavía no»? —insistió el maestro.

Y como no contestara, añadió:

—Entra; déjate de tonterías.

—No, no entro.

Estaba muy decidido y además muy agitado.

—Es curioso que sea tu viejo maestro quien te pida entrar en el baile.

Hubo un largo silencio.

—¿Es que hay alguien ahí a quien temes ver?

—¿Cómo voy a saber quién está ahí?

—Pero... ¿podría haber alguien cuya vista temieras?

Eyvind permaneció silencioso. Entonces el maestro se le acercó; púsole una mano sobre el hombro y dijo:

—¿Temes ver a Marit?

Eyvind miró al suelo y su respiración se hizo fatigosa y corta.

—Di, Eyvind.

Eyvind seguía en silencio.

—Supongo que no te gusta confesarlo, porque aún no estás confirmado... Pero cuéntamelo a pesar de eso, querido Eyvind, y no te arrepentirás.

Eyvind alzó la vista, pero no pudo pronunciar una sola palabra y volvió a bajarla.

—Ya veía yo que desde hace algún tiempo no eras feliz. ¿Es ella quiere más a otro que a ti?

Como Eyvind no contestó tampoco esta vez, el maestro se ofendió un poco y dió la vuelta, empujando ambos de nuevo el camino hacia la casa.

Cuando ya había andado un buen trozo, el maestro se detuvo para que Eyvind le alcanzase.

—Supongo que estarás deseando la Confirmación —dijo.

—Sí.

—¿Qué piensas hacer después?

—Me gustaría ir a la Escuela de Maestros.

—¿Y ser un maestro?

—Eso no.

—¡Ah! Estás por encima de eso, ¿eh?

Eyvind no contestó. De nuevo anduvieron un buen trozo.

—Y después de la escuela..., ¿qué?

—Verdad es que no lo he pensado.

—Supongo que si tuvieras dinero te gustaría comprar una granja.

—Sí..., pero teniendo siempre los molinos.

—Entonces sería mejor que fueras a una Escuela de Agricultura.

—¿Se aprende allí tanto como en la de maestros?

—No... Pero allí aprenderás lo que después puede serte útil.

—¿También allí se pueden ganar premios?

—¿Por qué preguntas eso?

—Me gustaría aprender las cosas bien.

—Eso es posible sin ganar premios.

Siguieron andando en silencio hasta que llegaron a la vista de Pladsen. En el salón brillaba una luz. La montaña se destacaba, oscura, en la noche invernal. El lago estaba cubierto de hielo liso y brillante. El bosque sin nieve circundaba la calleta, silenciosa y tranquila. La luna brillaba, y con su luz el bosque se reflejaba en el hielo.

—Es muy hermoso Pladsen —dijo el maestro.

Eyvind veía aquel paisaje; a veces, como una visión de los cuentos de hadas que su madre le contaba o como la que tenía cuando se lanzaba a la carrera sobre su trineo por la cuesta. También lo veía así ahora. Y todo le parecía más elevado y más claro.

—Sí... Esto es muy hermoso —dijo, y suspiró mientras hablaba.

—Tu padre está contento con el predio que

tiene... ¿Tú no puedes también estar aquí contento?

De repente, Eyvind vió desaparecer la deleitosa visión del paisaje. El maestro se quedó esperando la respuesta, y no obteniéndola, movió la cabeza y entraron en la casa.

El maestro permaneció con ellos un rato, pero no tenía nada que decirles; y los otros también permanecieron silenciosos. Cuando se despidió, marido y mujer le acompañaron hasta la puerta; esperaban que él les dijese algo, y mientras, los tres miraban al cielo.

—Desde que los muchachos van a jugar a otro sitio, esta quietud y este silencio no parecen naturales —dijo la madre.

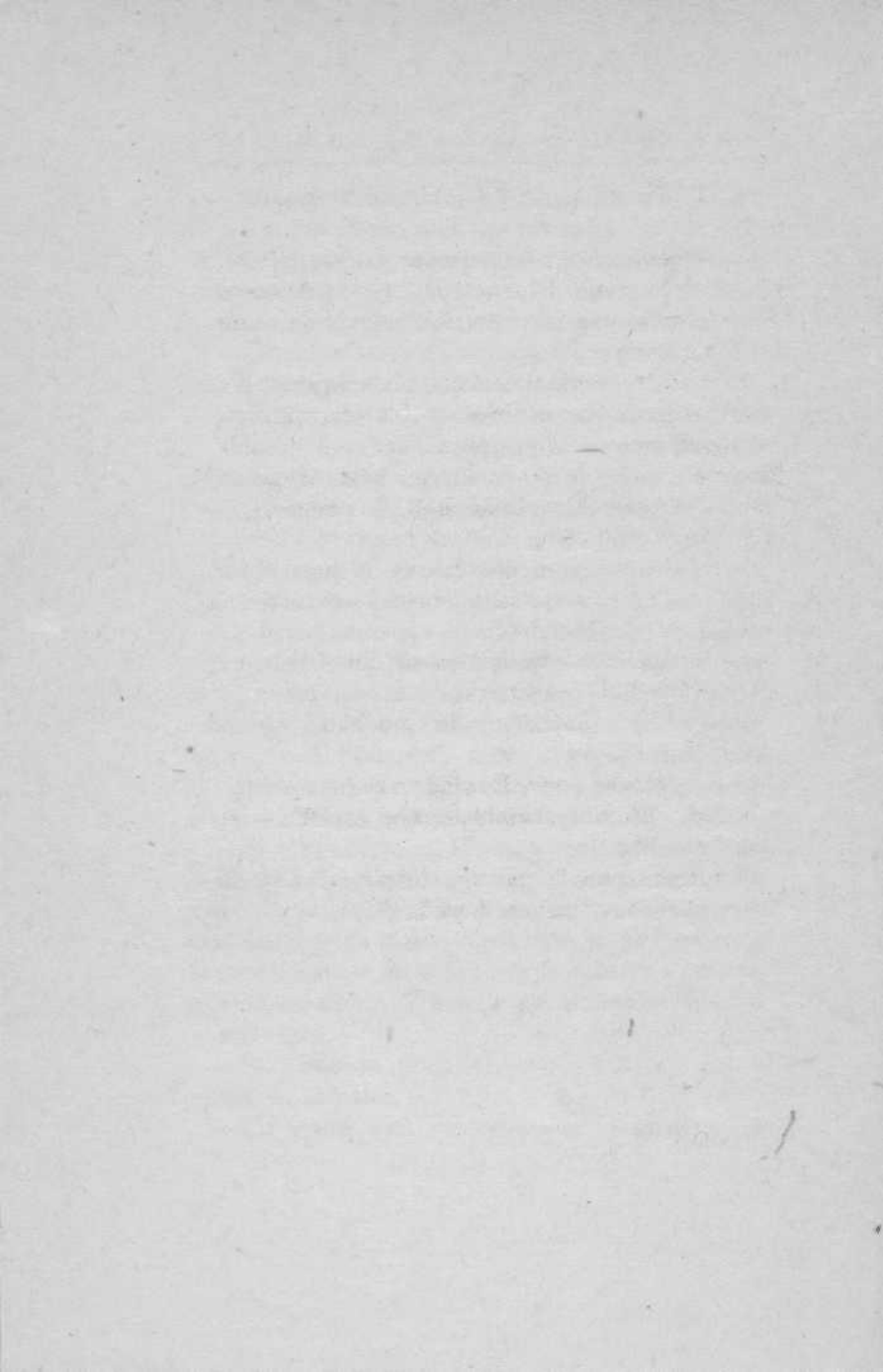
—Y ustedes no tienen ya un niño dentro de casa —añadió el maestro.

La madre comprendió lo que había querido decir.

—Desde hace poco, Eyvind no es feliz —dijo.

—No... El que es ambicioso no es feliz —añadió el maestro.

Y miraba, con la paz que inspiran los muchos años, al cielo, silenciosa morada de Dios.



VI

Seis meses después, o sea en Otoño —la Confirmación había sido aplazada hasta entonces—, los aspirantes a la Confirmación estaban sentados en la antesala de la casa del Pastor, esperando ser llamados a examen; entre ellos estaban Eyvind Pladsen y Marit, la de las Granjas de la Montaña.

Marit acababa de bajar de la habitación del Pastor, donde éste la había regalado un hermoso libro y la había hecho muchos elogios. Hablaba con sus amigas riendo y miraba a los muchachos. Marit era ya una mujer hecha y derecha, ligera y esbelta en todos sus movimientos, y todos sabían que le hacía la corte el mejor partido del pueblo, John Hatlen.

Junto a la puerta había un grupo de muchachas y muchachos que no habían sido aprobados y lloraban, mientras Marit y sus amigas reían. Entre ellos había un muchacho, con las botas de su padre, y al cuello, el pañolón de su madre, que sollozaba diciendo:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! No me atrevo a volver a casa.

Esto sobrecogía a los que aún no se habían examinado. Hubo un silencio general. El temor les nublabla la vista y oprimía las gargantas, y no podían ver claro ni tragar, aunque tenían ganas de hacerlo constantemente.

Uno repetía cuanto sabía, y aunque hacía pocas horas estaba convencido de que lo sabía todo, ahora estaba igualmente seguro de que no sabía nada. No podía ni leer.

Otro repasaba la lista de sus pecados desde los más remotos que recordaba hasta el momento presente, y concluyó pensando que no sería maravilloso que Nuestro Señor no le permitiese salir bien del examen.

Un tercero atendía a todo lo que había en la habitación: si el reloj que estaba próximo a dar la hora no sonaba hasta que él hubiera contado veinte, aprobaría; si la persona que se sentía venir por el pasillo era el mozo de cuadra, Lars, aprobaría; si aquella gran gota de lluvia que resbalaba por el cristal de la ventana llegaba hasta la madera del marco, aprobaría. La última y definitiva prueba fué que aprobaría si conseguía torcer el pie derecho alrededor del izquierdo; pero esto le resultó completamente imposible.

El cuarto estaba seguro de que si le preguntaban en Historia sobre José y en Doctrina sobre el bautismo, o en la Biblia sobre Saúl, o sobre el Decálogo, o sobre Jesús, o... Así continuaba cuando le llegó su turno.

Un quinto había puesto todo su empeño en el

Sermón de la Montaña. Había soñado con el Sermón de la Montaña y estaba seguro que le preguntarían sobre ello. Lo repasaba en su pensamiento y salió para leerlo una vez más. Cuando le llegó su turno le examinaron, preguntándole por los profetas mayores y menores.

El sexto pensaba en el Pastor. ¡Qué bueno era! Y era además muy amigo de sus padres. También pensaba en el maestro, que tenía aquel rostro tan amable y bondadoso, y en Dios, que era tan misericordioso y tan bueno y que había ayudado a tantos, a Jacob, a José... Y luego pensó en su madre y en su hermana, que rezaban por él en su casa, lo que seguramente le ayudaría.

El séptimo destruía todos los castillos que había alzado en el aire. Hacía tiempo que había decidido, primero, ser rey; luego había pensado en ser un general; después, un Pastor. A todo eso había renunciado.

Pero hasta que hubo entrado en aquella habitación donde esperaba el examen, había pensado en el mar, en ser un capitán, tal vez un pirata amontonando inmensas riquezas. Pero desde que se encontraba allí, había abandonado la idea de las riquezas primero, luego la de ser pirata y también la de ser capitán o piloto. Se contentaba con ser un simple marino o a lo más un contramaestre, y hasta era posible que renunciase a la vida de mar y se limitase a trabajar en la granja con su padre.

El octavo sentía un poco más de confianza, pero

no estaba completamente seguro de aprobar, porque ni el más listo podía estarlo. Pensaba en el traje que debía vestir para la Confirmación y para qué serviría si no aprobaba. Pero si aprobaba se compraría una ropa para los días de fiesta magnífica y bailaría en Navidad, despertando la envidia de los muchachos y causando la admiración de las muchachas.

El noveno calculaba de otro modo. Abrió una cuenta con Dios. A un lado, como *Debe*, puso que Dios le permitiría aprobar. Al otro, como *Haber*, «ya no diré mentiras», «iré siempre a la iglesia», «dejaré tranquilos a los otros muchachos», «no volveré a decir malas palabras»...

El décimo, en cambio, pensaba que como Ole Hausen había aprobado el año pasado, sería una gran injusticia que a él este año no le aprobasen, porque él había sido siempre más aplicado que Ole, y además sus padres eran más respetables.

A su lado se sentaba el undécimo, que alimentaba unos planes de venganza de los más terribles para el caso de no aprobar: o prendería fuego a la escuela, o se ausentaría de la región para volver luego como un juez inflexible que llamaría a juicio al Pastor y a toda la Comisión de la escuela que había de examinarle, y entonces generosamente concedería perdón a todos. Para ello empezaría por entrar al servicio del Pastor de la próxima parroquia; luego sacaría el número uno en los exámenes del año siguiente, contestando de modo que todos se maravillasen y se admirasen...

El que hacía el número doce estaba sentado solo, bajo el reloj, con las manos en los bolsillos, y miraba tristemente a los demás. Ninguno sabía qué cargas sobrellevaba ni qué preocupaciones eran las que le estaban destrozando; pero en su casa había alguien que lo sabía todo, porque tenía una prometida. Una araña muy grande, de patas muy largas, se arrastraba por el suelo y se acercó a su pie. Antes aplastaba siempre a estos feos insectos, pero entonces levantó cuidadosamente el pie y la dejó pasar. Su voz era suave como una oración; sus ojos repetían que todos los hombres eran buenos, y la mano se movía humildemente desde el bolsillo al pelo para alisarlo. Si lograba aprobar, lo que era tan difícil como pasar por el ojo de una aguja, masticaría tabaco y anunciaría en público sus esponsales.

En una banqueta baja, con las piernas dobladas, se sentaba el muchacho inquieto que hacía el número trece: sus pequeños ojos llameantes dieron tres veces por segundo la vuelta a la habitación, y dentro de aquel cráneo fuerte y tosco, los pensamientos de los otros doce giraban en una confusión loca, desde la esperanza más brillante a la desesperación más sombría, desde las resoluciones más humildes hasta los más sangrientos proyectos de venganza. Y mientras tanto se había comido todos los pellejos del dedo pulgar de la mano derecha y ahora se mordía las uñas, de las que distribuía grandes pedazos por el suelo.

Eyvind se sentaba al otro lado, cerca de la

ventana. Había estado ya arriba y contestado a cuanto le preguntaron; pero al partir el Pastor no le había dicho nada, ni el maestro tampoco. Durante seis meses había estado pensando lo que dirían ambos cuando supieran lo que había trabajado, y ahora se encontraba desilusionado y un poco dolido.

Allí estaba Marit, que con mucho menos trabajo y menores conocimientos había sido colmada de elogios y recibido recompensas.

Para lucirse ante ella precisamente, había trabajado, y ahora ella gozaba riéndose de todo lo que a él había costado tanto trabajo y tantas renunciaciones. Sus bromas y sus risas y la desenvoltura con que se portaba, le hacían daño. Había cuidadosamente evitado hablarla desde aquella noche. Y había pensado: «Más tiempo pasará aún sin que la hable». Pero al verla sentada allí, tan alegre y risueña, se sintió anonadado y todos sus orgullosos proyectos cayeron como caen las hojas por la lluvia. Poco a poco procuró, sin embargo, perder aquella sensación de decaimiento.

Lo que quería era saber si había logrado el primer puesto, y por eso esperaba.

Por lo general, el maestro se detenía un poco en el cuarto del Pastor para dar a cada uno el número correspondiente, y luego bajaba para anunciar el resultado, que no era el definitivo, es cierto, sino lo que el Pastor y él mismo habían acordado provisionalmente.

La conversación era cada vez más animada a

medida que aumentaba el número de los examinados y aprobados; pero ahora era fácil conocer los que eran ambiciosos y los que estaban contentos. Estos, en cuanto conseguían un compañero para el camino, se marchaban para contar a sus padres su buena suerte o esperaban a otros que aún no se habían examinado. Los ambiciosos, al contrario, permanecían allí mirando con ansiedad a la puerta.

Al fin, se habían examinado todos. Ya había bajado el último y el maestro estaba deliberando con el Pastor. Eyvind miró a Marit. Parecía completamente indiferente; pero seguía sentado sin saberse si era por ella o por otra persona. ¡Qué preciosa estaba! Nunca había visto Eyvind un cutis de suavidad tan grande; la boca sonriente; los ojos estaban medio cerrados cuando no miraban directamente; pero cuando esto sucedía, la mirada era de una brillantez inesperada; y como para explicar que con esto ella no quería decir nada, al mismo tiempo ponía en sus labios una media sonrisa. El pelo era más oscuro que rubio y caíale en pequeños bucles muy adelante por los lados, dando a la cara esa unión de los ojos medio cerrados, aspecto de misterio que no es fácil sondear. Era imposible decir exactamente a quién miraba o lo que pensaba cuando hablaba con alguien, porque parecía que en seguida retiraba lo que ofrecía.

—Sin duda, John Hatlen anda detrás de todo esto —pensó Eyvind; pero siguió contemplándola.

Cuando llegó el maestro todos se levantaron y se agruparon a su alrededor.

—¿Cuál es mi número?

—¿Y el mío?

—¿Y el mío?

—Callad, muchachos... Aquí nada de ruidos.

Y miraba despacio en torno suyo.

—Tú eres el número dos —dijo a un muchacho con ojos azules que le miraba suplicante, y se salió en seguida del grupo—. Tú eres el tres —y dió una palmadita a un pequeño muchacho vivo, de pelo rojo, que le tiraba de la levita—. Tú el cinco; tú el ocho... —y así siguió.

De repente vió a Marit, y la dijo:

—Tú tienes el número uno de las muchachas.

A Marit la cara y el cuello pusiéronsele como el carmín; pero procuró sonreír.

—Tú, que has obtenido el número doce, has sido muy perezoso, pícaro; un gran vago. Y tú, número once, no podías esperar cosa mejor... Tú, número trece, tienes que trabajar mucho y repetir los estudios, o acabarás muy mal.

Eyvind no podía resistir más. Por cierto que el número uno no había sido mencionado; pero él estuvo colocado todo el tiempo donde el maestro podía verle.

—¡Maestro! —exclamó; pero no fué oído.

—¡Maestro! —insistió.

Tuvo que repetir tres veces su llamamiento para conseguir que el maestro se fijara en él. Por fin le oyó.

—Tú, el número nueve o el diez, no lo recuerdo exactamente —dijo, y se volvió hacia los demás.

—¿Quién es entonces el número uno? —preguntó Hans, que era gran amigo de Eyvind.

—Tú no, cabeza rizada —dijo el maestro, dándole en los nudillos con un rollo de papel.

—¿Quién es entonces? —preguntaron varios.

—¿Quién es?

—¿Quién es?

—El que ha obtenido ese puesto, lo sabrá —contestó el maestro severamente; no quería más preguntas.

—Ahora, marchaos tranquilos a vuestras casas y dad gracias a Dios y alegría a vuestros padres. Dad gracias también a vuestro viejo maestro; sin él hubierais salido bastante mal.

Le dieron las gracias, riendo. Se separaron con regocijo, porque en aquel momento en que iban a ver a sus padres, todos se sentían felices. Pero uno no encontró inmediatamente sus libros, y cuando los encontró se sentó, y los abrió como si fuese a repasarlos de nuevo.

El maestro se le acercó.

—Bien, Eyvind... ¿No te vas con los otros?

Eyvind no contestó.

—¿Qué buscas en tus libros?

—Quiero ver lo que he contestado mal.

—No creo que hayas contestado nada mal.

Entonces Eyvind le miró con lágrimas en los ojos; le miró fijamente, mientras resbalaban por

su rostro una lágrima tras otra, pero no dijo ni una palabra.

El maestro se sentó ante él.

—¿No estás contento por haber aprobado?

A Eyvind le temblaban los labios, pero tampoco contestó.

—Tu padre y tu madre estarán muy contentos —dijo el maestro.

Eyvind luchó, tratando de pronunciar una palabra; al fin preguntó en voz baja y con frases entrecortadas:

—¿Es... porque... soy hijo de un arrendatario... por lo que... me han dado el número nueve... o el diez?

—Sin duda, ha sido por eso —contestó el maestro.

—Entonces no vale la pena trabajar —dijo Eyvind con voz apagada, aplastado bajo la ruina de sus sueños.

De pronto alzó la cabeza, dió con su mano derecha y con todas sus fuerzas sobre la mesa, escondió la cara entre las manos y rompió en un llanto desesperado.

El maestro dejó agotar aquel llanto, que duró mucho tiempo, y cuando fué como el de un niño, tomó la cabeza del muchacho entre las manos, la alzó hacia sí y miróle la cara mojada por las lágrimas, y abrazándole luego, dijo:

—¿Crees que Dios ha estado contigo hoy?

Eyvind sollozaba aún, pero no tan violentamente como al principio; las lágrimas caían más despa-

cio, pero no se atrevió a mirar al maestro, ni contestó.

—Has alcanzado, Eyvind, tu justa recompensa. No has estudiado por amor de Dios y de tus padres, sino por vanidad.

Cuando el maestro no hablaba, todo era silencio en la habitación.

Eyvind sintió la mirada del maestro sobre él: se sentía destrozado, humillado.

—Con tal pecado sobre tu corazón no podías pretender unirme con Dios, ¿no es verdad, Eyvind? Y si tuvieras el placer de la vanagloria por haber obtenido el primer puesto, ¿no irías en pecado al altar?

—Sí —murmuró Eyvind con trémulos labios.

—¿Me quieres todavía, Eyvind?

—Sí.

Y por primera vez alzó la vista.

—Entonces, te diré que fui yo quien hizo que te dieran ese número, porque ¡te quiero tanto, Eyvind...!

El muchacho le miró, parpadeó varias veces, y luego las lágrimas cayeron copiosamente.

—¿No me guardas rencor por eso?

—No.

Y le miró, franca y claramente, aunque el llanto le ahogaba.

—Mi querido niño, no te abandonaré mientras viva. El maestro esperó hasta que se serenó y hubo arreglado sus libros. Entonces le dijo que le acompañaría hasta su casa.

Andaban despacio. Al principio, Eyvind estaba aún silencioso y luchaba consigo mismo; pero poco a poco fué adquiriendo mejores ánimos. Parecía que cuanto le había ocurrido había sido por su bien, y antes de llegar a su casa, estaba tan fuertemente convencido de ello, que dió gracias a Dios y se lo confesó al maestro.

—¡Ah!... Ahora podemos pensar en hacer algo en la vida y no en correr detrás de números y de tonterías. ¿Qué te parece la Escuela de Maestros?

—Me gustaría ir a ella.

—¿Y al Colegio de Agricultura?

—Sí...

—Eso es seguramente lo mejor. Ofrece mejor porvenir que el Magisterio.

—Pero ¿cómo llegar a eso?... Quisiera ir, pero no tengo dinero.

—Sé trabajador y bueno y ya se encontrarán los medios.

Eyvind se sentía lleno de gratitud. Sus ojos brillaban, su respiración era ligera y experimentaba el fuego infinito de amor que pasa por uno cuando se encuentra la bondad inesperada de un ser humano. El futuro se le presentó por un momento como flotando en el aire, sobre las montañas. Le parecía adelantar sin ningún esfuerzo, como si le empujaran.

Cuando llegaron a la casa, los padres de Eyvind estaban sentados en una habitación, sumidos en una expectación silenciosa, aunque era hora de trabajar y tenían que hacer.

Entró primero el maestro y en seguida Eyvind. Ambos sonreían.

—¿Qué? —preguntó el padre, dejando el libro de los Himnos, en el que hasta entonces había estado leyendo una oración.

La madre estaba junto a la chimenea, sin atreverse a hablar. Sonreía, pero sus manos temblaban.

Evidentemente esperaban buenas noticias, pero no querían declararlo.

—Yo he venido porque sabía cuánto les agrada-
rá saber que ha contestado todas las preguntas
que se le han hecho, y que el Pastor ha dicho
cuando se ha marchado, que nunca examinó a
otro aspirante mejor preparado.

—¿Verdad? —dijo la madre muy conmovida.

—Está bien —dijo el padre aclarando la voz,
hasta entonces indecisa.

Después de un largo silencio, la madre pre-
guntó suavemente:

—¿Qué número ha obtenido?

—El número nueve o el diez —dijo el maestro
con calma.

La madre miró al padre, y éste, primero a ella
y después a Eyvind.

—El hijo de un arrendatario no puede aspirar
a otra cosa mejor —dijo.

Eyvind le devolvió la mirada. Creyó que las
lágrimas iban a saltársele otra vez; pero se con-
tuvo, trayendo a su pensamiento muchas cosas
queridas, una tras otra, hasta que el impulso
fué dominado.

—Tengo que marcharme —dijo el maestro.

Y saludó y se fué.

Los padres de Eyvind le acompañaron, como de costumbre, hasta la puerta. Aquí, el maestro cortó un pedazo de tabaco, y sonriendo dijo:

—Tendrá, de todos modos, el número uno; pero conviene que no lo sepa hasta que llegue el día.

—No, no —dijo el padre, asintiendo.

—No, no —dijo la madre haciendo lo mismo.

Y tomó la mano del maestro.

—Permítanos usted que le demos las gracias por todo lo que ha hecho por él —dijo.

—Sí... Muchas gracias —añadió el padre.

Y el maestro partió. Ellos le siguieron con la vista largo rato.

VII

EL maestro había seguido el buen camino, aconsejando al Pastor que Eyvind fuera sometido a una prueba moral.

Durante las tres semanas que precedieron a la Confirmación no dejó de acompañar al muchacho un solo día, pensando que para un alma joven y tierna, una cosa es sentir una impresión, y otra conservarla intacta y sin variación.

Muchas horas amargas pasó Eyvind hasta que aprendió a medir el futuro con otros y mejores valores que los de vanidad y ostentación.

De cuando en cuando el placer en el trabajo parecía destruído:

—¿Con qué fin? —pensaba—. ¿Qué ganaré con esto?

Y un momento después recordaba las palabras y la bondad del maestro; pero necesitaba este apoyo humano para levantarse cada vez que caía o perdía la noción de un deber más elevado.

Durante aquellos días, en Pladsen se hacían preparativos, no sólo para la Confirmación, sino

para la partida de Eyvind con destino al Colegio de Agricultura, la cual tendría lugar al día siguiente a la ceremonia. El sastre y el zapatero estaban en la casa. La madre hacía pan en la cocina y el padre un arca para él. Hablaban mucho de lo que les iba a costar aquellos dos años, de que no podría venir a casa en la primera Navidad, ni tampoco, quizás, en la segunda, del amor que debía sentir por sus padres, dispuestos a tantos sacrificios...

Eyvind estaba como el que por propia decisión se aventura en el mar, naufraga y se encuentra salvado por gente bondadosa. Este sentimiento lleva a la humildad, y con la humildad vienen otras muchas cosas.

Acercábase el gran día y él se atrevía a considerarse preparado y a afrontar el porvenir con devoción y fe.

Cada vez que la imagen de Marit trataba de mezclarse entre estos pensamientos, él la apartaba resueltamente, pero sufría al hacerlo. Trató de dominar este sufrimiento, pero nunca su voluntad llegó a ser tan fuerte; por el contrario, aquel dolor aumentaba siempre. Ya estaba cansado de aquella lucha, cuando la última noche pidió a Nuestro Señor, tras largo examen de su conciencia, que no le exigiera semejante prueba.

El maestro llegó aquella noche a hora avanzada. Se reunieron en la sala después de haberse arreglado, como era costumbre hacer, la noche anterior a la Comunión. La madre estaba muy

agitada y el padre silencioso. Terminada la ceremonia, tendría efecto la partida del hijo y no sabían cuándo se volverían a ver.

El maestro tomó el libro de los Salmos, rezaron, cantaron, y después dijo una pequeña oración tal como se le ocurrían las palabras.

Los cuatro estuvieron juntos hasta muy tarde y los pensamientos de cada cual estaban ocupados en ellos mismos. Entonces se separaron con los mejores deseos para el próximo día y para lo que ese día iba a cumplirse.

Eyvind, cuando se acostó, tuvo que confesar que nunca se había dormido tan feliz, y esto, según lo interpretaba él, era tanto como decir que nunca como entonces había estado tan sometido a la voluntad de Dios.

La imagen de Marit vino en seguida a hacerle compañía, y de lo último que se dió cuenta, ya acostado, fué de que se decía a sí mismo: «Completamente feliz, no... Completamente, no.» Y él mismo se contestaba: «Sí, sí...; enteramente feliz.» Y luego: «Enteramente, no. Sí, sí...; feliz, completamente feliz. Completamente feliz, no...»

Cuando despertó se acordó en seguida del día en que estaba. Rezó y se encontró fuerte, como uno se suele encontrar por la mañana. Desde el Verano dormía solo en la bohardilla de la casa. Se levantó y vistió la ropa nueva con mucho cuidado, porque nunca había tenido otra igual en toda su vida. Había, sobre todo, una chaqueta corta que tuvo que contemplar y ponerse varias veces

antes de acostumbrarse a ella. Tomó un pequeño espejo cuando se había puesto el cuello y la chaqueta por cuarta vez.

Viendo su propia cara, radiante de regocijo, circundada de su pelo, extraordinariamente rubio, sonriéndole desde el espejo, se le ocurrió pensar que aquello era también un pecado de vanidad.

—Bueno; pero se debe ir bien vestido y limpio —se contestó a sí mismo, dejando de mirarse en el espejo—. «Ciertamente; pero no se debe sentir tanta complacencia en ello.» «Es verdad; pero a Nuestro Señor no le desagradará que se tenga buena apariencia.» «Quizás; pero seguramente le agradaría más que esto se hiciera sin preocuparse tanto por ello.» «Ciertamente; pero la preocupación es porque todo está nuevo.» «Sí; pero poco a poco debes prescindir de eso.»

Se dió cuenta de que mantenía consigo mismo diálogos como el precedente, unas veces sobre un asunto y otras sobre otros, productos de un empeño en no manchar el día con pecado alguno; pero también sabía que se necesitaba algo más que eso.

Cuando bajó, sus padres, completamente preparados ya, le esperaban para tomar el desayuno. Les dió la mano y las gracias por la ropa.

—Que tengas salud para llevarlo (1) —dijeron ellos.

Se sentaron a la mesa, dieron gracias a Dios

(1) Frase corriente en el país.

en silencio y comieron. Después, la madre limpió la mesa y trajo lo que había de llevar a la iglesia. El padre se puso el abrigo, la madre prendió su tocado, tomaron los libros de Himnos, cerraron la puerta con llave y se pusieron en marcha.

Cuando llegaron al camino alto lo hallaron lleno de gente que se dirigía a la iglesia en coche y a pie; entre ella, los que iban a ser confirmados, y en más de un grupo, abuelos de pelo plateado, decididos a hacer esta última aparición en público.

El día era otoñal, sin sol, como los que pronostican un cambio de tiempo. Las nubes se agrupaban y de nuevo se separaban; a veces, una gran masa de ellas se dividía en veinte o más, que se esparcían en todas direcciones, llevando órdenes para una tormenta. Pero sobre la tierra aún estaba todo tranquilo. Las hojas colgaban de los árboles sin vida, sin temblar siquiera. El aire era pesado. La gente llevaba abrigos, pero sin ponérselos.

Una multitud bastante grande habíase reunido alrededor de la iglesia, en la altura; pero los que se iban a confirmar entraban, desde luego, para colocarse en sus sitios antes de que empezaran los Oficios.

El maestro, todo vestido de azul, levita y pantalón corto, botas altas, cuello duro y con la pipa saliendo un poco del bolsillo de la levita, entró en la iglesia, saludando y sonriendo; daba unas cariñosas palmadas a uno; hablaba unas cuantas palabras con otro, recordándole que debía contestar

con voz alta y clara, y así avanzó hasta junto a la caja de las limosnas, donde estaba Eyvind contestando unas preguntas que Hans le hacía referentes a su próximo viaje.

—Buenos días, Eyvind. ¡Qué magníficos estamos hoy!

Y le cogió por la solapa de la chaqueta como si quisiera hablarle.

—Escucha; todo va bien. Acabo de hablar con el Pastor... Tú debes ocupar ya tu sitio... Avanza, pues, hasta el número uno y contesta distintamente.

Eyvind le miró atónito. El maestro asintió. El muchacho adelantó unos pasos y se detuvo; dió unos cuantos pasos más y tornó a detenerse.

—¿Es verdad?... Sí, es verdad... Ha hablado por mí al Pastor... —Y avanzó de prisa.

—¿Entonces, eres tú, después de todo, el número uno? —murmuró alguien a su oído.

—Sí —contestó Eyvind suavemente; pero aún no estaba completamente seguro de si se atrevería a ocupar tal sitio. Ya estaban todos en el que se les había señalado. Llegó el Pastor, repicó la campana y la gente entró en fila.

Entonces Eyvind vió a Marit colocada directamente frente a él. Ella le miraba también; pero ambos estaban tan afectados por la santidad del lugar, que no se atrevieron a saludarse. Eyvind notó solamente que ella estaba radiante de hermosura y que no llevaba nada en la cabeza. Pero él, que durante seis meses había estado alimen-

tando el deseo de verse frente a ella, ahora, durante la misa y llegado el ansiado momento, se olvidó de ella y olvidó que había pensado tanto tiempo en aquello.

Cuando la ceremonia terminó, los parientes y amigos se acercaron a darle la enhorabuena; después fueron los compañeros los que vinieron a decirle adiós, porque habían oído que se marchaba al día siguiente; y luego vinieron también muchos de los pequeños con los que había jugado y a los cuales había ayudado en la escuela; algunos dejaron caer una o dos lágrimas en la despedida.

Por último, se le acercó el maestro, estrechó en silencio su mano y las de sus padres, y les hizo señal de marchar y de que él saldría con ellos.

Otra vez estarían juntos los cuatro; pero aquella noche era la última.

En el camino se encontraron a muchas personas más que querían despedirse de Eyvind y desearle buena suerte. Ellos no hablaron entre sí hasta que estuvieron dentro de la casa.

El maestro trataba de dar ánimos a todos. Era evidente que el momento crítico había llegado. Todos temían los dos años de ausencia, puesto que hasta entonces no se habían separado ni un solo día; pero ninguno quería confesarlo.

Mientras el tiempo avanzaba, el decaimiento de Eyvind aumentaba; tuvo, al fin, que salir para tranquilizarse un poco.

Ya era el crepúsculo y el viento ululaba de un modo extraño.

Se detuvo en la puerta mirando al cielo, y de pronto oyó su nombre pronunciado suavemente: desde arriba, desde la montaña. No, no era una ilusión, porque el llamamiento se repitió otras dos veces. Miró en aquella dirección y vió que una muchacha estaba sentada, agachada, entre los árboles, mirando hacia abajo.

—¿Quién es? —preguntó.

—He oído que te marchas —contestó ella quedamente— y he venido a decirte adiós, ya que tú no has venido a despedirte de mí.

—¿Cómo? ¿Eres tú, Marit? Espera, voy a subir.

—No, no hagas eso... He esperado mucho tiempo y eso me obligaría a esperar aún más. Nadie sabe que estoy aquí y tengo que volver a casa en seguida.

—¡Qué buena has sido viniendo, Marit! —dijo él.

—No quería que te marcharás así, Eyvind. Nos conocemos desde niños.

—Sí... Es cierto.

—Y hace seis meses que no hemos hablado...

—Es verdad.

—¡Y la última vez nos separamos de modo tan extraño...!

—Sí, es verdad... Aguarda, subiré hasta ti, Marit...

—No, no hagas eso.. Pero, dime, ¿no estás enfadado conmigo, verdad?

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Entonces... adiós, Eyvind..., y gracias por los buenos ratos que hemos pasado juntos.

—¡No, Marit!...

—Sí, debo marcharme; si no, me van a echar de menos.

—¡Marit! ¡Marit!

—No, no me atrevo a estar aquí más tiempo, Eyvind... ¡Adiós!

—¡Adiós...!

Después de esta escena, Eyvind andaba como en sueños y contestó distraídamente a cuanto le hablaron. Lo atribuyeron a la próxima partida y lo juzgaron natural. Y en verdad que pensaba en eso cuando el maestro se despidió a la noche, poniendo en su mano una cosa que después supo que era un billete de cinco duros. Pero cuando más tarde se fué a acostar, no pensaba en la marcha, sino en las palabras que hasta él habían bajado desde lo alto de la montaña y en las que habían subido por el mismo camino.

Cuando era niña, el abuelo no la dejaba llegar hasta la montaña por temor a que se cayera; pero acaso algún día no sólo llegaría hasta allí, sino que abandonaría la montaña para pasar a Pladsen.

VIII

QUERIDOS padres:
Ahora tenemos mucho más que hacer que antes; pero yo hago tanto como los otros, porque ya no lo encuentro tan difícil.

Muchas cosas cambiaré en la granja cuando vuelva a casa, porque ahí casi todo está bastante mal, y lo único que me extraña es que haya podido conservarse tanto tiempo. Pero yo lo arreglaré todo, porque he aprendido muchísimo. Tengo muchos deseos de poner en práctica cuanto me han enseñado.

Tendré que buscar una buena colocación, así que acabe mis estudios. Aquí dicen que John Hatlen no es tan listo como cuentan ahí; pero como tiene una granja propia, sólo a él interesa que sepa mucho o poco.

Muchos que han hecho estos estudios ganan grandes sueldos; y esto ocurre porque este Colegio de Agricultura es el mejor del país. Hay quien dice que el que está en el condado vecino es mejor; pero eso no es verdad.

Aquí nos enseñan dos cosas. Primero, teoría, y luego, práctica; y es conveniente saber las dos cosas, y no una de ellas solamente. Pero, sin embargo, es mejor conocer la práctica.

Teoría significa conocer la causa o razón del trabajo. Práctica, sirve para poder realizar ese mismo trabajo; por ejemplo, lo que se ha de hacer en un pantano. Muchos saben lo que se debe hacer con ellos y hasta lo hacen; pero se equivocan, porque no han adquirido la capacidad de hacerlo. En cambio, muchos tienen esa capacidad, pero ignoran la razón de las cosas; y éstos también se pueden equivocar, porque hay varias clases de pantanos.

Nosotros, en este colegio, aprendemos ambas cosas.

El director es tan inteligente, que nadie puede comparársele. En el último Congreso de Agricultura tomó parte en dos debates, mientras los otros maestros sólo intervinieron cada uno en uno, y cuando los demás deliberaban sobre las cuestiones presentadas, todas resultaban como él decía. Al contrario, en el anterior Congreso, al que él no asistió, sólo se dijeron tonterías.

Por esa inteligencia del director hay en el colegio un ayudante que nos enseña Agrimensura, cargo que no existe en los otros colegios. Y es que el director supo elegir el mejor entre todos los alumnos de la Escuela de Ayudantes.

El maestro de escuela pregunta que si voy a la iglesia. Ciertamente que sí. Ahora el Pastor tiene

un coadjutor que predica de un modo tal, que asusta a todo el mundo y es un placer oírle. Pertenece a la nueva religión que existe en Cristianía; la gente dice que es demasiado severo; pero, con todo, les hace bien con sus sermones.

Ahora estudio bastante Historia que no hemos estudiado antes, y es curioso saber cuanto ha ocurrido en el mundo entero, y especialmente en nuestra patria. Siempre hemos ganado, menos cuando hemos perdido, y esto sólo ha sucedido cuando éramos muchos menos que los otros.

Ahora tenemos libertad y no hay ningún pueblo que tenga tanta como nosotros, excepto América; pero allí no son felices y nosotros debíamos amar nuestra libertad por encima de todo.

Acabaré por esta vez, porque he escrito una carta muy larga.

Supongo que el maestro os leerá esta carta; y cuando él me conteste en vuestro nombre, dejadle que me dé algunas noticias de los vecinos, cosa que hasta ahora no ha hecho nunca.

Recibid los más puros afectos de vuestro hijo.

Eyvind Pladsen Thoresen.

«Queridos padres:

Tengo que contaros que ha habido exámenes y que he salido bien en muchas cosas: muy bien en Caligrafía y Agrimensura, y solamente mediano en composición gramatical. El director dice que es porque no he leído bastante, y me ha regalado

unos libros de Ole Vig que son magníficos, y entiendo cuanto escribe.

El director es muy bueno conmigo. Nos cuenta muchas cosas,

En este país todo existe en pequeña escala comparado con los países extranjeros. Nosotros no tenemos casi nada propio, sino que casi todo lo aprendemos de los escoceses y de los suizos. De los holandeses hemos aprendido Jardinería. Muchos hacen viajes a estos países. También en Suecia son más hábiles que nosotros, y el director mismo ha estado allí.

Pronto hará un año que estoy aquí y me parece que he aprendido mucho; pero cuando oigo todo lo que los compañeros que salen airosos de los exámenes saben, y pienso que aun ellos no saben nada comparados con los extranjeros, me siento muy descorazonado. Además, la tierra es tan pobre en Noruega, que ninguna cosa que se intente da resultado. Tampoco la gente tiene energías; pero aunque las tuviera y el terreno fuera mucho mejor, no tendrían capital con que trabajar. Es sorprendente que las cosas marchen tan bien.

Ahora estoy en una clase mas adelantada y pasará un año antes de que acabe. La mayoría de mis compañeros se han marchado y estoy deseando volver a mi casa. Tengo la sensación de que estoy solo, de que no tengo nadie que me ayude en nada. Desde luego, que esto no ocurre, pero se siente algo muy extraño cuando se está lejos de los suyos tanto tiempo.

Antes pensaba yo que aquí me haría muy ilustrado; pero ahora me parece que no es muy probable.

¿Qué haré cuando salga de aquí? Lo primero, claro es, será volver a casa; después supongo que tendré que buscar algo en que trabajar, pero no quiero que sea muy lejos de Pladsen.

Adiós, queridos padres. Salud a cuantos pregunten por mí, y decidles que estoy bien y deseando verme de nuevo en mi casa con vosotros.

Vuestro hijo, que os quiere,

Eyvind Pladsen Thoresen.»

«Querido maestro:

Ésta tiene por objeto pedirle que envíe la carta adjunta sin decir nada de ella a nadie. Si no lo quiere hacer, quémela.

Eyvind Thoresen Pladsen.»

«A Marit, la hija de Knut Nordistuen, en las Granjas de la Montaña:

La sorprenderá mucho recibir esta carta; pero no será así luego que sepa que sólo quiero preguntarla cómo está en todos los aspectos. Contéteme tan pronto como la sea posible. En cuanto a lo que a mí se refiere, tengo que decirle que terminaré mis estudios en este colegio dentro de un año.

La saluda respetuosamente,

Eyvind Pladsen.»

«Al bachiller Eyvind Pladsen, del Colegio de Agricultura:

Por conducto del maestro he recibido, a su tiempo, su carta, y le contesto porque así me lo pide. Pero temo al hacerlo, porque es usted muy instruído. Yo tengo un libro de cartas ejemplares, pero en él no hay nada que me sirva. De modo que yo sola tengo que arreglármelas, y usted debe tener en cuenta mi buena voluntad y no enseñar esta carta a nadie, o no será usted lo que yo he pensado. Tampoco debe guardarla, porque puede caer en manos extrañas, sino que debe quemarla. Prométame esto.

Sobre muchas cosas quisiera escribirle, pero creo que no me atreveré.

Hemos tenido muy buena cosecha; el precio de las patatas es muy alto y tenemos muchas aquí, en la Granja de la Montaña; pero, en cambio, los osos han hecho muchos estragos en el ganado durante este verano. En la finca de Ole Nedregaard han matado dos bueyes, y en el de nuestro arrendatario quedó tan destrozado uno, que ha sido preciso matarlo.

Estoy hilando una gran tela, semejante a la escocesa, por lo que es muy difícil.

También le diré que estoy todo el día en mi casa y que hay quienes desearían que no fuese así.

Y ya no tengo más que decirle. De modo que adiós.

Marit Nordistuen.

P. S. No deje de quemar esta carta.»

•Al estudiante de Agricultura Eyvind Pladsen:

Ya te he dicho, Eyvind, que quien no olvida a Dios tendrá su parte en la herencia. Quiero ahora darte otros consejos. Helos aquí:

No aceptar la vida ni con anhelo ni con tribulación, sino fiar en Dios y no dejar nunca que el corazón te domine, porque entonces tendrás un Dios más.

Luego he de decirte que tu padre y tu madre están bien. Yo, en cambio, tengo la cadera mala, porque ahora la guerra se hace sentir de nuevo, con todo lo que uno sufrió en ella. Lo que se siembra en la juventud se recoge con la edad, lo mismo por lo que se refiere al cuerpo que al espíritu. Aquél arde y duele ahora y tienta a la queja continua; pero la vejez no debe quejarse, porque las heridas y los dolores enseñan a tener paciencia y sirven para que los hombres tengan fuerzas para emprender el último viaje.

Hoy te escribo por muchas razones. La primera y principal se refiere a Marit, que ha llegado a ser una muchacha temerosa de Dios, aunque es tan ligera como el paso del reno y sus ideas no tienen dirección fija. La gustaría someterse a una determinada, mas su temperamento no se lo permite; yo he visto frecuentemente que con corazones tan débiles Nuestro Señor es clemente y nunca permite que sean tentados más allá de donde alcanzan sus fuerzas. Y así, están destrozados por su fragilidad.

Le entregué la carta y la ocultó a todos, menos a su propio corazón. Y si Dios ve esto, favorablemente, yo no tengo nada que objetar, porque Marit es una delicia para los ojos juveniles y tiene tantos bienes terrestres como dones celestiales, a pesar de su volubilidad; porque el temor a Dios es en su cabeza como agua en un estanque poco profundo: allí está mientras llueve, pero cuando el sol aparece, se evapora.

Mis ojos no pueden más. Al aire libre están bien, pero duelen y lagrimean cuando los fijo en cosas pequeñas.

Para acabar, quiero decirte, Eyvind, que en todas tus aspiraciones y trabajos tengas presente a Dios, porque está escrito: «Más vale un manojo con tranquilidad, que las dos manos llenas con trabajos y el espíritu inquieto.

Tu viejo maestro,

Baard Andersen Opdal.»

«A Marit, la hija de Knut Nordistuen, en la Granja de la Montaña:

Gracias por su carta, que leí y quemé después, cumpliendo su mandato. Me escribe usted sobre muchas cosas, pero ni una palabra sobre lo que yo quería saber.

Yo tampoco me atrevo a escribir sobre nada sin saber cómo están sus cosas en todos sentidos.

La carta del maestro no contiene nada a que me pueda atener; hace muchas alabanzas de usted y añade luego que es usted voluble. Antes era así,

pero ahora no sé si debo creerlo; así, que tiene usted que escribirme, porque hasta entonces no estaré contento.

Lo que más me gusta recordar ahora es que vino usted a la montaña aquella noche, y las palabras que en aquella ocasión me dijo.

Por ahora no diré más. Adiós, pues.

Respetuosamente,

Eyvind Pladsen.

•Al bachiller Eyvind Thoresen Pladsen:

El maestro me ha entregado otra carta de usted, que acabo de leer sin comprenderla; supongo que porque no soy instruída. Quiere usted saber cómo estoy en todos los sentidos, y estoy completamente bien, fuerte, y no me ocurre nada. Como bien, sobre todo la leche, y duermo bien por la noche y también algunas veces por el día.

He bailado mucho este invierno porque ha habido muchas reuniones y grandes acontecimientos. Voy a la iglesia cuando no hay demasiada nieve, pero ha habido muchísima este año.

Creo que ya lo sabe todo, y si no es así, no tiene usted más remedio que escribirme otra vez.

Marit.

•A Marit, la hija de Knut Nordistuen, en la Granja de la Montaña:

He recibido su carta y parece que usted quiere que yo siga tan enterado como antes.

No me atrevo a escribirla de nada de lo que

quisiera, porque no la conozco bien; tal vez usted no me conoce a mí tampoco. No crea usted que sigo siendo como el queso blando, que suelta agua cuando se le oprime, tal como era cuando me quedaba mirándola bailar, sino que el queso ha estado desde entonces secándose en muchos estantes. Ni tampoco soy como un perro de pelos largos que por la menor cosa deja caer las orejas y huye de la gente, que era lo que yo hacía antes, sino que ahora sé afrontar la suerte.

Su carta es bastante jocosa, y lo es justamente cuando no debía serlo, porque me conoce bien y podía comprender que yo no buscaba bromas, sino que, últimamente, yo no puedo dejar de pensar en lo que preguntaba.

Yo esperaba con profunda ansiedad y no he recibido otra cosa que frivolidades y risas.

Adiós, Marit Nordistuen. No la miraré demasiado, como durante aquel baile. Espero que siga comiendo y durmiendo bien, concluya el nuevo trozo de tela que está hilando, y sobre todo, que hará desaparecer la nieve que obstruye la puerta de la iglesia.

Respetuosamente,

Eyvind Thoresen Pladsen.

«A Eyvind Thoresen, estudiante en el Colegio de Agricultura:

A pesar de mi avanzada edad y de mis ojos débiles y del dolor de mi cadera derecha, me veo obligado a ceder al empeño de la juventud, que

estima necesarios a los viejos cuando se siente hundir en el lodo, encontrando entorpecimientos. Entonces la juventud suplica, llora y acaricia hasta que consigue lo que desea, y en seguida se aleja de nuevo sin querer oír una palabra más.

Ahora se trata de Marit. Acude a mí, con muchas palabras cariñosas, para que yo escriba lo que sigue, que ella no se atreve a hacerlo:

Ha leído tu carta. Ella creyó que daba con John Hatlen u otro tonto por el estilo y no con un discípulo del maestro Baard; ahora encuentra que se ha equivocado. Sin embargo, has sido demasiado duro con ella, porque hay muchachas que bromean para no llorar, y en ellas ambas cosas quieren decir lo mismo. Pero me gusta que tomes las cosas serias en serio; de otro modo, no podrías reírte de las tonterías.

En cuanto al hecho de que os queréis el uno al otro, eso es bastante claro y se ve por muchas cosas. Respecto a ella, he tenido muchas dudas, porque es tan difícil de coger como el aire; pero sé que se ha resistido a acceder a las pretensiones de John Hatlen, disgustando profundamente con ello a su abuelo. Se sintió feliz cuando recibió tu ofrecimiento, y al bromear, no lo hizo con mala intención, sino a causa de la alegría que experimentaba.

Ella ha resistido mucho esperando a aquel en quien había puesto su corazón, y ahora resulta que tú no la aceptas, sino que la echas a un lado como si fuera una niña necia.

Esto es lo que tenía que decirte, y yo añadiré un consejo. Debes llegar a un arreglo con ella, porque de todos modos tendrás probablemente que luchar con muchos obstáculos. Yo soy un viejo, he visto tres generaciones y conozco las locuras y por qué caminos llevan.

Te saludo de parte de tus padres, que están deseando verte. No te lo había escrito antes por temor a hacerte sufrir. Tú no conoces a tu padre: es como el árbol que no hace ruido sino cuando cae; si alguna vez te acercas más a él, llegarás a conocerle y te maravillarás como ante un lugar de espléndida riqueza. Las cosas del mundo le han agobiado y él las ha soportado silencioso; tu madre le ha aliviado la cabeza del peso de las preocupaciones mundanas y ahora se aclara su vida, cuando se acerca al crepúsculo de sus días.

Mis ojos se nublan y mi mano se cansa. Te recomiendo a Dios, cuya mirada siempre vigila y cuya mano jamás se fatiga.

Baard Andersen Opdal.»

«A Eyvind Pladsen:

Parece que estás enfadado conmigo y eso me duele mucho, porque no era esa mi intención, sino que era buena.

Recuerdo que muchas veces te he tratado mal y por eso te escribo; pero no debes enseñar a nadie esta carta.

Hubo un tiempo en que yo tenía todo como lo quería y entonces yo no era buena; pero ahora

nadie me quiere y soy desgraciada. John Hatlen ha compuesto una canción burlándose de mí y todos los muchachos la cantan. No me atrevo a ir a ningún baile. Los dos viejos lo saben y me regañan. Estoy sola escribiéndote y repito que no debes enseñar esta carta.

Tú has aprendido mucho y me puedes aconsejar, pero estás muy lejos.

He ido muchas veces a casa de tus padres, he hablado con tu madre y somos buenas amigas; pero no me atrevía a decir nada por el modo extraño con que me escribías. El maestro se ríe de mí y no sabe nada de la canción, porque nadie en la parroquia se atreve a cantarla estando él presente.

Ahora estoy sola y no tengo con quién hablar. Recuerdo cuando éramos niños y tú eras tan bueno conmigo y me llevabas siempre en tu trineo.

Quisiera ser otra vez una niña.

No me atrevo a pedirte que me vuelvas a escribir, porque... no me atrevo; pero si lo haces, aunque no sea sino sólo una vez más, no lo olvidaré nunca, Eyvind.

Marit.

P. S. Querido Eyvind, quema esta carta. Apenas si me atrevo a enviarla.»

«Querida Marit:

Gacias por tu carta. La escribiste en una buena hora. Ahora tengo que decirte, Marit, que te quiero tanto, que se me hace muy penoso seguir

aquí más tiempo, y si tú también me quieres, entonces las canciones y los dichos de John Hatlen serán como las muchas hojas que el árbol tiene de sobra.

Desde que recibí tú carta, me siento doblemente fuerte y no temo nada en el mundo. Después de enviar mi última carta, me pesó tanto que casi me puse enfermo, y ahora te diré a qué dió lugar.

El director me llamó a su lado y me preguntó lo que me pasaba. Creyó que estudiaba demasiado. Me dijo que, cuando terminase el año, podía seguir otro en la escuela sin pagar nada; yo le ayudaría en cualquier cosa y aprendería más. Como yo pensaba que sólo me quedaba abierto el camino del trabajo, le agradecí mucho su ofrecimiento y aun ahora no lo siento, aunque deseo tanto verte, porque mientras más tiempo esté aquí, más derecho tendré algún día para conseguirte. Ahora que soy tan feliz, trabajo por tres y nunca me atrasaré en nada.

Te enviaré un libro que estoy leyendo, porque dice muchas cosas del amor. De noche, mientras duermen los demás, lo leo, y leo también otra vez tu carta.

¿Has pensado en cuando nos volvamos a encontrar? Yo pienso en ello frecuentemente y tú debes procurar también hacerlo, y verás qué agradable es.

Me alegro de haberte escrito tanto, pues me parecía muy difícil. Ahora te puedo decir lo que quiero, sonriendo en mi corazón.

Te daré muchos libros para que los leas y veas cuántas pruebas han sufrido los que han amado de verdad y cómo han preferido morir de pena a separarse.

También nosotros haremos eso y lo haremos con gran alegría.

Tienen que pasar casi dos años antes de vernos y más tiempo antes de que seamos el uno del otro; pero cada día que pasa es un día menos: esto es lo que debemos pensar mientras trabajamos.

En mi próxima carta te diré muchas cosas, pero en esta noche no tengo más papel, y los demás duermen.

Ahora me acostaré y pensaré en ti hasta quedarme dormido. Tuyo,

*Eyvind Pladsen.**

IX

UN sábado, a mitad del Verano, Thore Pladsem remaba a través del lago en busca de su hijo, que aquella tarde llegaba, después de terminar sus estudios en el Colegio de Agricultura.

La madre había llevado a la casa, durante los días precedentes, varias mujeres para que la ayudaran, y todo estaba limpio y reluciente.

La habitación de Eyvind había sido preparada hacía mucho tiempo. Habíase colocado en ella una estufa y allí iba a vivir.

Aquel día la madre había esparcido por el suelo ramitas, había sacado la ropa que había de usar y había preparado la cama, acercándose de cuando en cuando a la ventana para ver si llegaba algún bote.

En la planta baja había dispuesto una gran mesa, y siempre quedaba algo por hacer: o era preciso ahuyentar las moscas, o dar un último toque en la mejor habitación de la casa.

No aparecía aún ningún bote.

La madre se apoyaba en el marco de la ventana y miraba en dirección del lago. Oyó pasos cercanos fuera, en el camino, y volvió la cabeza. Era el maestro, que venía apoyándose en su bastón, porque la cadera continuaba molestándole mucho. Con ojos vivos miró tranquilamente en torno suyo; se detuvo luego descansando sobre el bastón, y la saludó.

—¿No ha llegado todavía?

—No, les aguardo cada minuto.

—Buen tiempo para el heno.

—Sí, pero demasiado caluroso para que anden los viejos.

El maestro miróla sonriendo.

—Ha venido hoy la gente joven.

—Sí, pero se ha vuelto a marchar.

—Espero que se encontrarán esta noche en algún sitio.

—Sí, sin duda. Thore dice que no pueden verse en casa mientras no tenga el consentimiento del viejo.

—¡Bien! ¡Bien!

Entonces la madre gritó:

—Me parece que ya llegan... ¡Por fin!

El maestro miró a lo lejos, sobre el lago.

—Sí... Ellos son.

La madre se separó de la ventana y él entró en la casa. Cuando hubo descansado un poco y bebido algo, bajaron hacia el lago, mientras el bote se acercaba con gran rapidez hacia ellos. Pa-

dre e hijo remaban. Ambos se habían quitado las chaquetas y el agua espumaba al golpe de los remos.

Pronto estuvieron cerca de la orilla. Eyvind volvió la cabeza y miró hacia ella, y viendo a su madre y al maestro en el desembarcadero, descansó sobre el remo y exclamó:

—¡Buenos días, madre! ¡Buenos días, maestro!

—¡Qué voz de hombre tiene! —dijo la madre con el rostro radiante.

—¡Oh! Mire, mire —añadió—: es tan rubio como antes.

El maestro empujó el bote para que no chocara en el desembarcadero, y el padre metió los remos dentro. Eyvind saltó a tierra y abrazó a su madre primero, estrechando después la mano del maestro. Rió y volvió a reír; y, contra la costumbre de los aldeanos, empezó a relatar con un torrente de palabras cuanto se refería a sus exámenes, a su viaje, al certificado del director y a los amables ofrecimientos que éste le había hecho.

Después preguntó por la cosecha y por todas sus amistades, excepto una. El padre empezó a descargar el bote; pero queriendo oír cuanto se hablaba, pensó que semejante operación podía esperar y se unió a los demás, marchando todos hacia la casa. Eyvind seguía riendo y hablando. La madre reía también, porque no sabía qué decir. El maestro andaba despacio y cojeando junto a ellos, y miraba al muchacho con mirada encan-

tadora. El padre les seguía a corta distancia, y así llegaron a la casa.

Eyvind estaba encantado con cuanto veía. Primero con que la casa había sido pintada; luego, con que el molino estaba ampliado; después, con que del cuarto bajo se habían quitado los marcos de plomo y se habían puesto cristales blancos en vez de verdes, y los marcos habían sido agrandados.

Cuando entró, todo le parecía extrañamente más pequeño de como él lo recordaba, pero muy alegre. El reloj hacía un ruido semejante al cacareo de una gallina gorda.

Conocía cada taza de aquéllas colocadas sobre la mesa, y la chimenea le daba sonriendo la bienvenida. En todas las paredes había ramas que esparcían una suave fragancia por la habitación, y el suelo estaba cubierto de ramitos de enebro en señal de fiesta.

Se sentaron a comer, pero comieron poco porque hablaron sin cesar. Todos le examinaron entonces más detenidamente: notaron las diferencias y las semejanzas con el Eyvind de antes, y lo que era en él completamente nuevo, como el traje azul que vestía.

Una de las veces, cuando terminó de contar una larga historia referente a uno de sus compañeros, hubo una pequeña pausa y luego el padre dijo:

—Apenas entiendo una palabra de cuanto dices, hijo. ¡Hablas tan de prisa!

Todos se echaron a reír, y Eyvind rió tanto como los demás. Sabía perfectamente que era cierta la observación de su padre, pero le era imposible hablar más despacio. Todo lo nuevo que durante su larga ausencia había visto y aprendido, se había adueñado de tal manera de su imaginación y de su inteligencia, trazando en ellas como un surco de costumbre, que las fuerzas, tanto tiempo dormidas, salían ahora de su letargo y su cerebro trabajaba sin cesar.

Notaban también que repetía dos veces algunas palabras, de cuando en cuando, sin motivo ni razón, a causa de la prisa con que hablaba. Parecía como si tropezara. Algunas veces resultaba cómico, y entonces refán.

El padre y el maestro le observaban para ver si había perdido algo de su reflexión; pero no parecía ser así. Recordábalo todo: él fué quien les hizo pensar en que era preciso descargar el bote.

Luego desembaló sus cosas inmediatamente, colocándolas en sus sitios después de enseñarles los libros, el reloj y todo lo que había adquirido, y todo estaba bien cuidado, según dijo la madre.

Estaba encantado con su pequeño cuarto. Por el momento permanecería en su casa para ayudar en las faenas de la cosecha y estudiar. Lo que haría luego no lo sabía, pero le era lo mismo.

Había adquirido una rapidez y una fuerza en el pensar, que le eran muy ventajosas, y también una vivacidad en la expresión de sus sentimientos, que parecía excelente a los que durante todo el

año reprimían cuidadosamente expresar los suyos.

El maestro sentíase con diez años menos.

—Bien; hasta aquí hemos llegado con él —dijo, y se levantó para marcharse.

Cuando la madre entró después de despedir al maestro, llamó a Eyvind a la habitación mejor de la casa, y le dijo:

—Alguien te espera a las nueve.

—¿En dónde?

—Arriba, en la montaña.

Eyvind miró el reloj: ya estaban próximas las nueve. Y como no quería esperar dentro de la casa, salió. Trepó por las peñas, y al llegar arriba se detuvo y miró hacia abajo. Las matas que vivían en el tejado estaban más grandes. Todos los árboles nuevos de los alrededores habían crecido también; los reconocía a todos. Miró la carretera que rodeaba la montaña por un lado, cercándola por el otro el bosque. Aquélla estaba gris y solemne; el bosque estaba surtido con toda clase de follaje. Los árboles eran altos y rectos.

En la pequeña bahía que hacía el lago había una barca con las velas desplegadas. Estaba cargada de madera en tablas y esperaba a que soplara el viento. Eyvind miró el lago, sobre el que había marchado para irse lejos y sobre el que había regresado a su casa. Sus aguas estaban quietas y brillaban. Unos cuantos pájaros marinos volaban sobre él; pero como era muy tarde ya no chillaban.

Vió a su padre que salió del molino, se detuvo

en la puerta y se dirigió luego hacia el lago para dejar preparada la barca para la noche. Vió salir a su madre por una puerta lateral, procedente de la cocina; al cruzar el patio miró hacia el cerro; llevaba la comida de las aves de corral y de nuevo miró hacia arriba, canturreando.

Eyvind se sentó para esperar. Las matas allí se agrupaban muy espesas y no podía llevar su vista muy lejos; pero escuchaba, espiando el menor ruido. Durante mucho tiempo no oyó sino a los pájaros, que levantaban el vuelo y desaparecían; luego una ardilla saltó de un árbol a otro, y al fin, oyó a lo lejos algo como un chasquido que de pronto se detenía, volviendo luego a empezar.

Se levantó con el corazón palpitante y sintió que la sangre se le subía a la cabeza. Alguien se acercaba, abriéndose paso por entre las matas. Era un gran perro, de pelo largo, que al verle se detuvo sobre tres patas mirándole sin moverse: el perro de la Granja de la Colina Alta. Luego, en seguida, otro chasquido como el de antes; el perro vuelve la cabeza y meneá la cola, y Marit llega.

La falda se la había prendido en una mata y se detuvo para desprenderla. Así estaba cuando Eyvind la vió por primera vez. Venía descubierta, el pelo peinado alto, según la moda que todas las muchachas seguían a diario. Vestía una blusa a cuadros, fuerte y sin mangas, desnuda la garganta, vuelto hacia abajo el cuello de hilo. Habíase escapado del campo, durante el trabajo, y no se había atrevido a arreglarse.

Miró, volviendo un poco la cabeza, y sonrió; brillaban sus dientes blancos y sus ojos medio cerrados. Así permaneció un momento mientras desprendía su falda de la rama, y luego avanzó, enrojeciendo más a cada paso que daba.

Eyvind fué a su encuentro y la tomó una mano entre las de él. Ella bajó la vista y así se quedaron.

—Gracias por todas tus cartas —fué lo primero que dijo él.

Y cuando ella alzó un poco la vista, riendo, le pareció a Eyvind que era el hada más alegre que hubiera podido encontrar en una selva.

El estaba muy confuso y ella no lo estaba menos.

—¡Qué alto te has puesto! —dijo Marit; pero su intención era decir algo muy diferente.

Le miraba siempre y reía más y más; él hacía lo mismo, pero no se decían nada.

El perro se había sentado y miraba hacia abajo, hacia la casa.

Thore, desde el lago, había divisado al perro; pero no pudo ver, ni podía suponer, quiénes eran los que estaban allá arriba.

Eyvind y Marit se habían soltado las manos, y poco a poco principiaron a hablar; y así que hubo empezado, Eyvind lo hacía tan de prisa, que ella no pudo menos que reírse de él.

—¿Sabes? Eso me pasa cuando me siento completamente feliz; ¿sabes? Y cuando todo va bien para nosotros dos, es como si un resorte se rompiera dentro de mí; ¿sabes?

Ella rió, y luego dijo:

—Me sé casi de memoria todas las cartas que me has dirigido...

—Y yo también las tuyas... ¡Pero eran siempre tan cortas...!

—Porque tú siempre las querías muy largas.

—Y cuando yo deseaba que me dijeras algo de una cosa, siempre me contestabas con evasivas y huías de contestarme.

—Es que estoy mejor dando la espalda —dijo el hada.

—Ahora recuerdo... Nunca me has contado cómo te libraste de John Hatlen.

—Riendo —dijo ella.

—¿Cómo?

—Riendo... ¿No sabes lo que es reír?

—¡Oh, sí!... Yo también sé reír.

—¡Déjame que lo vea!...

—¡Qué idea! Necesito tener algo de qué reír.

—Yo no, cuando me siento feliz —dijo Marit.

—¿Eres feliz ahora, Marit?

—¿Me estoy riendo ahora? —contestó ella.

—¡Sí, por cierto!

Y tomando sus dos manos las hizo palmotear mientras la miraba.

En aquel momento el perro gruñó; luego erizó su pelo y empezó a ladrar a algo que había abajo.

Se puso furioso y luego fuera de sí de coraje.

Marit se hizo atrás, alarmada; Eyvind se adelantó y miró hacia abajo. El perro ladraba a su padre, que estaba justamente bajo la montaña,

con las manos en los bolsillos, mirando al perro.

—¿Estás tu también ahí?... ¿Qué perro tan rabioso es ese que está contigo?

—El perro de la Granja de la Colina —contestó Eyvind un poco confuso.

—¿Cómo demonio has subido hasta ahí?

La madre entonces, al oír todo aquel ruido de los ladridos y de las voces, se asomó a la ventana de la cocina, y comprendiendo la situación, rió y dijo:

—Ese perro viene aquí todos los días, y no sé de qué te sorprendes.

—Es un perro feroz.

—Es mejor que se le acaricie —dijo Eyvind haciéndolo así.

El perro cesó de ladrar, pero continuó gruñendo. El padre se marchó sin sospechar nada, y ellos se salvaron de ser descubiertos.

—Por esta vez hemos escapado —dijo Marit cuando se reunieron de nuevo.

—¿Quieres decir que otra vez será peor?

—Conozco a quien nos vigilará mucho.

—¿Tu abuelo?

—Exactamente.

—¡Pero no nos puede hacer daño!

—Absolutamente ninguno.

—¿Me lo aseguras?

—Sí, te lo aseguro, Eyvind.

—¡Qué preciosa estás, Marit!

—Eso fué lo que dijo la zorra al cuervo, y consiguió comerse el queso.

—Te aseguro que yo también quiero el queso.

—Pero no lo conseguirás.

—Lo tomaré.

Ella volvió la cabeza..., pero él no tomó el queso.

—Tengo que decirte algo, Eyvind.

—Dilo.

—¡Qué mal educado estás!

—Me darás el queso, quieras o no quieras.

—No, no.

Y volvió otra vez la cabeza. Después dijo:

—Tengo que irme, Eyvind.

—Yo te acompañaré.

—Pero no más allá del bosque, porque mi abuelo te vería.

—No iré más allá del bosque... Pero ¿por qué corres así?

—No podemos ir juntos por aquí —dijo Marit.

—Pero esto no es estar juntos.

—Entonces, cógeme.

Eyvind corrió tras ella y pronto cogió su vestido, haciéndola detenerse.

—Ya te tengo; ¿para siempre, Marit?

Y la abrazaba por la cintura.

—Me parece que sí —dijo ella ruborizándose, y se rió.

E inmediatamente se puso seria de nuevo.

—Ahora es el momento —pensó él.

Y procuró besarla; pero ella metió la cara bajo el brazo de él, rió y escapó, corriendo más allá de los últimos árboles; entonces se paró.

—¿Cuándo nos veremos otra vez? —murmuró.

—Mañana... Mañana... —dijo él.

—Sí, mañana... Adiós... —y corrió de nuevo.

—¡Marit!

Marit se detuvo.

—¿Verdad que es curioso que nos hayamos encontrado por primera vez en la montaña?

—Sí, es verdad —y otra vez corrió.

Por largo rato la siguió con la vista. El perro corría delante de ella, ladrando, y ella detrás mandándole callar.

Eyvind se quitó la gorra y la echó al aire, cogiéndola luego y volviéndola a echar.

—Me parece que empiezo, por fin, a ser feliz —dijo.

Y cantaba mientras volvía hacia su casa.

X

YA avanzado el Verano, una tarde, mientras la madre de Eyvind y la criada recogían el heno y Eyvind mismo y su padre lo conducían a la casa, un muchacho descalzo y sin sombrero bajó saltando desde la colina, y atravesando el prado se dirigió a Eyvind, a quien entregó una cartita.

—Corres bien —le dijo Eyvind.

—Para eso me pagan —contestó el chico.

—No hay contestación —añadió, y emprendió el regreso también a través de la colina, porque, según dijo, venía por el camino alguien con quien no quería encontrarse.

Eyvind abrió la carta con algún trabajo, porque estaba doblada primero en forma de tira, y vuelta a doblar de nuevo y luego cerrada y atada. Su contenido era el siguiente:

«Se ha puesto en camino, pero marcha despacio. Vete al bosque y escóndete.

Ya sabes quién.»

—¡No, caramba! Yo no me escondo — pensó Eyvind, mirando retador hacia la cuesta.

No había pasado mucho tiempo, cuando en lo más alto de ella apareció un viejo que se detuvo un momento a descansar. Luego anduvo un poco más y descansó otra vez.

Thore y su mujer detuviéronse en su tarea para mirarle. Thore se sonrió; pero su mujer, en cambio, mudó de color.

—¿Le conoces?

—Sí... No es fácil confundirle.

Padre e hijo tornaron a su trabajo; pero Eyvind se las compuso de tal modo, que no estaban juntos, sino siempre el uno detrás del otro.

El viejo se acercaba poco a poco, como el viento Sudeste. Era muy alto y estaba algo gordo. Sus piernas eran débiles y andaba paso a paso apoyándose pesadamente en un bastón.

Pronto estuvo tan cerca, que se le podía ver distintamente. Se había detenido, quitado la gorra, y se secaba la cabeza con un pañuelo. Era calvo hasta la coronilla; tenía la cara redonda y contraída; los ojos, muy pequeños, brillaban y parpadeaban bajo unas cejas muy espesas. No había perdido una sola muela. Cuando hablaba lo hacía con voz aguda, como si ladrara, o algo así como el ruido de una cosa que saltara sobre grava. Deteníase con gran satisfacción sobre la letra r, haciendo durar mucho un sonido y saltando al mismo tiempo de un tono a otro. En su juventud había sido famoso por su genio alegre y su carácter

muy fuerte. Pero al llegar a la vejez, contrariedades y disgustos de muchas clases le habían hecho violento y desconfiado.

Thore y Eyvind habían cruzado varias veces el prado cuando Ole estaba ya cerca de ellos. Ambos sabían bien que no venía para nada bueno, y que tardara tanto en alcanzarles les parecía algo cómico.

Los dos tenían que estar muy serios y hablar reposadamente; pero cuando una situación así se prolonga, se hace irresistiblemente graciosa, y entonces la frase más insignificante, aunque no sea dicha a propósito, basta para provocar la risa, sobre todo si la risa es un poco peligrosa. Y así sucedió, porque cuando al fin el viejo distaba de ellos solamente unos pasos, pareciendo entonces incapaz de alcanzarles definitivamente, Eyvind dijo:

—¡Qué carga tan pesada debe llevar encima!

Y esto fué lo suficiente para hacerlos romper a reír.

—Seguramente has perdido el juicio —dijo el padre, aunque él también reía.

—¡Hum! ¡Hum! —tosió Ole en la cuesta.

—Está afinando —murmuró Thore.

Eyvind se dejó caer de rodillas ante un montón de heno y escondió en él la cabeza para reír a sus anchas. Su padre también se encorvó con el mismo objeto.

—Vámonos al granero —murmuró, cogiendo una brazada de heno y marchando con ella en tal dirección.

Eyvind corrió tras él doblado por la risa, y tan pronto como llegó al granero se arrojó al suelo, convulsionado por ella.

Thore era un hombre serio; pero si la alegría le movía a la risa, comenzaba a reír suavemente, hacía luego unas escalas largas que sé rompían de pronto hasta juntar todas las notas en una especie de rugido, y luego se sucedían olas de risa, siempre crecientes, alternando con profundas aspiraciones.

Ya había empezado, y reía de pie junto a Eyvind, que aún estaba tendido en el suelo; y el reír de ambos resonaba en el granero.

—Muchas veces —decía Thore— le daban estos ataques de risa histérica; pero éste venía en mal momento.

Ignoraban lo que sucedía, puesto que el viejo debía haber llegado ya a la casa.

—Yo no salgo —dijo Thore—, porque no tengo nada que tratar con él.

—Bien... Entonces yo no saldré tampoco —contestó Eyvind.

—¡Hum! ¡Hum! —se oía toser fuera del granero.

El padre dijo a Eyvind indicándole con el dedo:

—Tú saldrás... Tienes que salir.

—Sí, si tú sales primero.

—No, primero tú.

—No, tú...

Se empujaban el uno al otro, y al fin salieron con aire solemne.

Cuando habían pasado el puente (1) vieron a Ole, parado junto a la puerta de la cocina, en actitud pensativa. Tenía la gorra en la mano con que sujetaba el bastón, y con un pañuelo que tenía en la otra secaba el sudor de su calva, enredándose al mismo tiempo los pelos que le quedaban y que eran como cerdas hasta que los dejó como espigas.

Eyvind marchaba detrás de su padre, y éste era, por consiguiente, el que debía aguantar la primer embestida.

Queriendo apresurar el desenlace, Thore dijo con estupenda solemnidad:

—Es mucho camino para un hombre de su edad.

Ole volvióse, le miró con ojos escrutadores y se puso derecha la gorra antes de contestar.

—Sí... Ahora ha dicho usted una verdad.

—Debe usted estar cansado... ¿No quiere entrar?

—Puedo descansar aquí donde estoy... Lo que tengo que decir no es muy largo.

Alguien espiaba la escena desde la puerta de la cocina. Entre ella y Thore estaba el viejo Ole con la visera de la gorra sobre los ojos, porque le estaba demasiado grande ahora que no tenía pelo. Y así tenía que echar la cabeza muy para atrás cuando quería ver bien. Llevaba el bastón a un costado cuando no estaba haciendo su único gesto, que consistía en avanzar un poco el brazo

(1) Llámase así al plano inclinado que sirve para que los carros suban al mismo granero.

y mantenerle así sin movimiento como si estuviera defendiendo su dignidad.

—Ese que está detrás de usted ¿es su hijo?
—preguntó resueltamente.

—Eso dicen.

—Se llama Eyvind... ¿No?

—Sí, se llama Eyvind.

—Ha estado en una de esas Escuelas de Agricultura... ¿No?

—Sí... No digo que no.

—Bien... Mi nieta Marit se ha vuelto loca.

—Siento saberlo.

—No quiere casarse.

—¿De veras?

—No quiere ni oír hablar de ninguno de los hijos de propietarios que se han presentado.

—¿Es posible?

—Y tiene de esto la culpa ese que está detrás de usted.

—¡Ah! ¿Sí?

—Dicen que es él quien la ha trastornado el juicio... Sí, ése... Su hijo Eyvind.

—¡Diablo!

—Escuche: no me gusta que la gente se marche llevándose mis bestias cuando las suelto para pastar; y tampoco me gusta que se lleven a mis hijas cuando las dejo ir a un baile... No me gusta nada de eso.

—Es natural.

—Yo no puedo guardarlas ni seguirlas porque soy viejo.

—No... Claro que no.

—A mí me gusta que todo esté en orden... Me gusta tener el tajo donde debe estar, el hacha a su lado, que es también donde debe estar, y el cuchillo allí asimismo... Que se barra donde debe barrerse y que se tire la basura donde debe tirarse, y no en la puerta precisamente, sino en el rincón apropiado y no en otro lado... De modo que cuando yo digo a Marit: «Aquél no, sino éste», éste debe ser y no aquél.

—Sin duda.

—Pues no ocurre así... Durante tres años ha dicho a todos que no, y desde hace tres años las cosas están mal entre nosotros. Esto no está bien, y ese muchacho tiene la culpa. Y le digo delante de usted, que es su padre, que es inútil que insista y que eso tiene que terminar.

—Bueno... Bueno.

Ole miró por un momento a Thore, y luego dijo:

—Contesta usted muy lacónicamente.

—No tengo nada más que decir.

En esto Eyvind no pudo menos que reír, aunque no tenía muchas ganas; pero en las personas que tienen el carácter alegre, el miedo y la risa no están muy distantes entre sí; y así, ahora sentía un impulso grande de reír.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Ole secamente.

—¿Yo?

—¿Te estás riendo de mí? Dios lo prohíbe.

Estas palabras le hicieron reír más. Ole lo

notó y se puso furioso. Thore y Eyvind procuraron tranquilizarlo poniendo las caras serias e invitándole a entrar; pero la rabia que se había concentrado durante aquellos tres años buscaba salida y era inútil oponérsele.

—No vayan a creerme tonto —dijo—. Estoy aquí para cumplir con mi deber. Procuro la felicidad de mi nieta tal como yo la entiendo, y la risa de un muñeco no me detendrá. Uno no ha educado a sus hijas para dárselas al primer colono que se presente, ni cultiva una granja propia durante cuarenta años para entregarla luego al primero que vuelve tonta a una muchacha. Mi hija se puso melancólica y obró de tal forma hasta que se casó con un holgazán que se arruinó y la arruinó con la bebida, y yo tuve que cargar con la nieta y pagar el pato; pero maldito sea si consiento que Marit siga el mismo camino. Ya puede usted estar seguro, le digo, como de que soy Ole Nordistuen, el de las Granjas Altas, que el Pastor publicará antes los edictos para las Hadas de la Selva Nordica, que dirá desde el púlpito el nombre de Marit y el de su hijo...

•¿Y tú eres el que vas a ahuyentar de los alrededores de mi granja a los cortejadores de Marit? Pues como te presentes allí de nuevo, bajarás la cuesta de un modo que no te gustará... ¿Suponeís que no sé en lo que pensáis tú y ella? Pensáis que el viejo Ole Nordistuen estirará pronto la pata y que entonces iréis alegremente juntos al altar. Pero os equivocáis; he vivido hasta ahora sesenta

y seis años y viviré hasta que estén ustedes hartos de verme vivir y más todavía... Puedes rondar la casa hasta cansarte, pero no verás ni siquiera las plantas de sus pies, porque la enviaré lejos, donde pueda estar segura, y tú puedes dar vueltas como un pájaro bobo y casarte con la lluvia o con el viento del Norte. Y ya no tengo más que decirles. Usted, que es su padre, habrá comprendido mi intención y hará, por su bien, que las aguas marchen por el cauce que conviene... Yo defiendo lo mío.

Dió media vuelta y empezó a andar con pasos cortos y rápidos, levantando más el pie derecho y pisando más fuerte con él que con el izquierdo, y refunfuñando aún.

Thore y Eyvind estaban ahora completamente serios. Entre sus bromas y sus risas habían presentado algo desagradable.

Hubo una pausa llena de confusión, como la que sigue a un momento de terror.

La madre, que lo había oído todo desde la puerta de la cocina, miró con ansiedad y lágrimas en los ojos a Eyvind; pero no quiso aumentar el dolor de su hijo pronunciando palabra alguna.

Todos entraron en silencio. El padre se sentó junto a la ventana y siguió con la vista a Ole, siempre con una expresión muy seria en su cara.

Eyvind espiaba todos sus gestos, porque el futuro de los jóvenes dependía de lo que él dijera. Si Thore añadía su negativa a la de Ole, no le sería fácil salvar tantas dificultades. Su pensamien-

to iba de un obstáculo a otro, y en un instante vió su pobreza, la oposición del viejo, la mala comprensión y el amor propio herido; y cuantos recursos se le ocurrieron para luchar, le parecían destinados a faltarle en el momento preciso. Su intranquilidad aumentaba al ver a su madre, que estaba con la mano puesta en el pestillo de la puerta, dudando si tendría valor para quedarse y saber el resultado de todo, o si le faltaría y debería, por consiguiente, salir.

Eyvind miraba fijamente a su padre. Le parecía que éste no volvería a mirarle.

Tampoco él se atrevía a decir palabra alguna, porque comprendió que era preciso pensar mucho y muy bien. Pero su espíritu tardó poco en recorrer el camino de las preocupaciones, y de nuevo recobró su serenidad.

—Después de todo —pensó, mientras contemplaba la frente fruncida de su padre—, sólo Dios puede separarnos.

Y en aquel momento preciso ocurrió algo. Thore suspiró hondamente, se levantó, recorrió con la vista la habitación, y al encontrar la mirada de su hijo, detuvo sobre éste la suya.

—Me gustaría más que la dejaras, porque ni se deben implorar las cosas, ni tampoco cogerlas violentamente... Pero si no la dejas, dime lo que decidas y acaso yo te pueda ayudar.

Tornó al trabajo y Eyvind marchó con él. A la noche ya Eyvind había formado un plan completo: solicitaría el nombramiento de inspector de

Agricultura del distrito, y suplicaría al maestro y al director de la Escuela que le apoyasen.

—Y después, si ella sigue constante, la ganaré con la ayuda de Dios y mi trabajo.

Esperó a Marit inútilmente aquella noche. Pero mientras esperaba cantó su canción predilecta:

Alza tu cabeza, joven valiente,
 como señal de que si tus esperanzas
 están rotas, otras nuevas surgirán
 brillando con luz que les dará Dios.
 Alza tu cabeza y mira en torno tuyo.
 Algo nuevo te ha buscado y te ha encontrado,
 algo que con voces múltiples
 recomienda a tu corazón que se regocije.
 Alza tu cabeza porque suenan las arpas,
 y los pasos de los que danzan y las voces que cantan.
 La bóveda del cielo azul es el reflejo de tu propia alma.
 Alza tu cabeza y canta siempre,
 La Primavera desdeña a los vientos que traen la escarcha.
 La savia rica y clara hará surgir nuevos brotes
 que saludarán al año.
 Alza tu cabeza, bautizada para siempre
 en el caudal del río hermoso de la esperanza
 que corre a través del mundo
 esplendoroso como un arco iris.

XI

ERA la hora de la siesta. Todo el mundo dormía en la Granja de la Colina. El heno estaba esparcido por el suelo tal como había quedado, y los rastrillos estaban clavados en la tierra. Más abajo, junto al puente del granero, estaban los carros para la paja. Los arneses estaban amontonados a un lado, y los caballos atados un poco más lejos. Excepto estos caballos y unas cuantas gallinas que se habían extraviado, en el prado no había una sola criatura viviente en toda la extensión del terreno que alcanzaba la vista. En la montaña, por arriba de la granja, había una hendidura por la que pasaba el camino que llevaba a los pastos de la Granja de la Montaña Alta, situados en las faldas cubiertas de hierbas de aquella misma montaña.

En aquel sitio y a aquella hora estaba de pie un hombre mirando atentamente abajo, al llano, como si esperase a alguien.

Detrás de él se extendía un lago, del que salía un arroyuelo que se deslizaba por un vallecillo entre las montañas.

A ambas orillas del lago había para el ganado senderos que conducían a los pastos. Y aquel hombre los veía desenvolverse hasta la lejanía.

Sentíase un gran vocerío y un ladrar de perros más allá de donde él estaba, y se oía el sonido de los cencerros de las vacas que corrían hacia el agua en desorden, procurando en vano reunir las los perros y los zagales.

Las vacas corrían precipitadamente; con maravilloso movimiento saltaban cuando encontraban una quebradura del terreno y daban mugidos cortos y fuertes, con la cola al aire, hasta que se detenían a la orilla del lago. El sonido del cencerro se extendía sobre la tranquila superficie del agua cada vez que movían la cabeza. Los perros bebieron también, y los zagales se sentaron sobre una roca lisa y caldeada, sacando sus provisiones, que entre sí cambiaban. Discutían sobre sus perros, sus vacas y sus amos. Luego se desnudaron y saltaron al agua junto a las vacas. Los perros no se metieron en el lago, sino que andaban perezosamente de un lado para otro, husmeando con la cabeza baja, los ojos brillantes y las lenguas colgando.

No se veía un pájaro ni se oía otra cosa que el charlar de los zagales y el sonido de los cencerros. El heno estaba mustio y como tostado.

El sol quemaba hasta el extremo, y el ambiente era tan cálido que sofocaba.

Era Eyvind quien estaba bajo el sol del mediodía, esperando. Se sentó en mangas de camisa

junto al arroyuelo que salía del lago. No se veía a nadie en el llano de la Granja de la Colina; y ya empezaba a temer que su espera fuese vana, cuando de pronto un gran perro salió pesadamente por una puerta de la casa de los Nordistuen; tras él salió una muchacha con blusa blanca; corría a través de las pequeñas ondulaciones del terreno, cubierto de hierba, con dirección a la montaña.

Eyvind la hubiera llamado, pero no se atrevía. Observaba con atención la casa para ver si alguien salía y la descubría; pero ya Marit estaba oculta a las miradas que podían proceder de la casa y no podían verla.

Él también la perdió de vista pronto y se levantó varias veces lleno de impaciencia para ver si llegaba.

Pero llegó, al fin; venía siguiendo el curso del arroyuelo, el perro algo delante, oliendo el aire, y ella cogiendo ramas con paso cada vez más cansado.

Eyvind corrió hacia ella; el perro gruñó y Marit le hizo callar. Cuando divisó a Eyvind se sentó sobre una gran piedra, con la cara encendida, cansada y completamente abatida por el calor. Él saltó sobre la piedra, sentándose a su lado.

—Gracias por haber venido.

—¡Qué calor y qué camino!... ¿Has esperado mucho?

—No... Desde que impiden vernos por la noche tenemos que aprovechar el mediodía; pero creo

que en lo sucesivo no debemos ocultarnos tanto ni tomarnos, por consiguiente, tanta molestia. De eso precisamente quería hablarte.

—¿No más secretos?

—Sé que las cosas te agradan más cuando hay en ellas un poco de misterio; pero debes probar que el valor te gusta también. Tengo mucho que decirte hoy y es preciso que me escuches.

—¿Es cierto que estás trabajando el destino de inspector del distrito?

—Sí... Y lo conseguiré. También en eso llevo una doble intención. Primero, ganar para mí una posición, y luego, y más especialmente, tener algo que tu abuelo pueda ver y apreciar. Es una suerte para mí que la mayoría de los dueños de granjas de estas cercanías sean jóvenes que quieren mejoras, buscan ayuda y tienen dinero. Yo atenderé a todo, desde los establos a los canales de riego, daré conferencias y haré que las cosas marchen. Yo sitiare al viejo y le venceré trabajando.

—Dices bien... Sigue, Eyvind.

—Lo que me queda por decir, a nosotros dos se refiere... No debes marcharte...

—Pero ¿y si me obliga?

—Ni tener secreto nada de lo que se refiere a ti y a mí...

—¿Y si me persiguen?

—Haremos mejor efecto y nuestra posición será mejor teniéndolo todo a la vista. Debemos procurar esto de modo que la gente no tenga más

remedio que hablar de lo mucho que nos queremos. Y así, seguramente, nos desearán bien... No debes marcharte. Cuando dos personas que se quieren están separadas, siempre hay peligro de que un chisme se interponga entre ellas. El primer año de separación no creeríamos nada de lo que nos dijese, pero al segundo año empezariamos a creer un poco de lo que llegara a nuestros oídos. Nos veremos una vez a la semana, y con nuestra alegría haremos desaparecer el daño que puedan intentar contra nosotros. Nos podemos ver también en los bailes, y en ellos bailaremos de tal manera, que tiemblen las paredes y el suelo, mientras nuestros calumniadores nos estén mirando. Nos veremos en la iglesia y nos saludaremos a la vista de los que quisieran vernos separados a cien millas uno del otro... Si alguien compone una canción en que se aluda a nosotros, juntaremos nuestras inteligencias y haremos otra en contestación... Podemos contar con el éxito si nos ayudamos uno al otro. Nadie nos puede hacer daño si seguimos juntos. Es preciso que la gente vea que estamos unidos. Los amantes desgraciados son siempre: o personas tímidas o débiles, o gente enferma, o que calcula, esperando cierta oportunidad, o maliciosos, que al fin se cogen los dedos con sus propios enredos, o son enamorados de las comodidades que no se quieren lo bastante para olvidar diferencias de riqueza y posición. Se ocultan, escriben cartas y tiemblan ante una palabra. Y esa intranquilidad perpetua y ese temor

continuo y ese terror, llegan a confundirse con el amor. Son desgraciados y se deshacen como el azúcar en el agua. ¡Bah! Si verdaderamente se quisieran no temerían nada: se sonreirían, y en cada sonrisa la gente vería la puerta de la iglesia abierta ante ellos. Lo he leído en los libros y además lo he visto. Ese es un cariño pobre. El verdadero amor tiene que comenzar en secreto, porque se inicia con timidez, pero tiene que vivir después con franqueza, porque se rodea de alegría y regocijo. Es como el cambio de las hojas. Las que deben vivir no pueden esconderse, y ya ves cómo las hojas secas se caen apenas empiezan a surgir los brotes de las nuevas. Cuando el amor llega a una persona, hace caer también todo lo viejo y muerto que hay en ella... Cuando la savia empieza de nuevo a circular, ¿crees que nadie lo nota? Serán felices al vernos felices. Los amantes que resisten las contrariedades que el mundo les produzca, hacen a la gente un servicio positivo, porque elaboran un poema que sus hijos aprenderán de memoria para vergüenza de los padres incrédulos. He leído muchos casos así; otros están en los labios de todos, y son precisamente los hijos de aquellos que dieron lugar a todos los disgustos los que narran las historias y se conmueven al contarlas... Sí, Marit... Nosotros nos daremos la mano por encima de todo... Así nos prometeremos estar siempre juntos, y ya verás cómo todo marcha bien... ¡Hurrah!

Intentó abrazarla. Pero ella volvió la cabeza y

se deslizó de la piedra en que se sentaba, Eyvind quedó sentado, y entonces ella volvió hacia él, puso los brazos sobre sus rodillas y le habló, mirándole a la cara:

—Dime, Eyvind... Si el abuelo está decidido a enviarme fuera, ¿qué debo hacer?

—Debes decir que no, clara y firmemente.

—¿Puede ser eso, Eyvind?

—Él no puede sacarte a la fuerza de la casa y a la fuerza meterte en el coche.

—Si eso precisamente no, puede obligarme de otras muchas maneras.

—No lo creo.... Sé que le debes obediencia mientras obedecerle no sea pecado; pero también debes hacerle comprender lo duro que es para ti obedecerle en este asunto. Yo espero que recobre el juicio cuando comprenda eso. Ahora piensa, como casi todos, que esto es un juego de niños... Debes hacerle ver que es algo más.

—No es fácil manejarlo, te digo... Me tiene como una cabra atada.

—Pero tú bien sabes escaparte del lazo muchas veces al día.

—No... No.

—Sí... Cada vez que piensas en mí, te escapas del lazo.

—Así, sí... ¿Pero tú estás seguro de que pienso en ti muchas veces al día?

—Si no fuera así, no estarías aquí.

—¿No me enviaste tú un recado para que viniera?

—Pero tú has venido porque tu pensamiento te empujaba.

—Di mejor que he venido porque el día está muy hermoso.

—Hace poco has dicho que hace demasiado calor.

—Para subir hasta aquí, sí; pero para bajar...

—Entonces, ¿por qué has subido?

—Para bajar corriendo luego.

—¿Y por qué no has bajado corriendo ya?

—Porque tenía que descansar.

—Y hablar conmigo de nuestro amor.

—No había motivo para no darte el gusto de oír lo que me decías.

—«Mientras los pájaros cantan» — «la gente duerme» — «y las campanas suenan» — «en los bosques cercanos».

En aquel momento ambos vieron al abuelo de Marit, que salía al patio con paso tardo haciendo sonar la campana para despertar a la gente, que salía desperezándose del granero, de los cobertizos y de las habitaciones, y todavía soñolientos se dirigían a las bestias y a los rastrillos esparcidos aquí y allá. En pocos minutos todo volvió a ser animación y trabajo. El abuelo iba de un sitio a otro, y por fin subió al puente, que era el punto más alto, para mirar a lo lejos.

Un muchacho, al que probablemente había llamado, fué corriendo hacia él, y luego, como ellos preveían, marchó con dirección a Pladsen. El abuelo buscaba por toda la granja, y a menudo

miraba hacia arriba como si sospechara que aquel punto negro que veía junto a aquella gran piedra era Marit y Eyvind.

Por segunda vez el perro de Marit debía echarlo todo a perder. Vió de pronto un caballo extraño entre los de la granja, y figurándose en funciones activas de guardián empezó a ladrar con todas sus fuerzas. Trataron de hacerle callar, pero estaba tan furioso, que no hubo modo de conseguirlo.

El abuelo se detuvo en sus pesquisas y miraba hacia arriba.

Las cosas se ponían cada vez peor, porque los perros de los zagales, sorprendidos al oír aquel ladrido extraño, corrieron al lugar de donde partía. Cuando vieron que era un gigante como un lobo el que ladraba, todos aquellos perros finlandeses de pelo hirsuto se lanzaron contra el de Marit, que estaba tan asustada, que se marchó corriendo sin decir adiós a Eyvind.

Éste entonces intervino en la batalla canina y repartía patadas y golpes; pero sólo consiguió cambiar el terreno de la lucha, porque un poco más lejos reanudaron el combate, dando unos aullidos horribles. Volvió a meterse entre ellos y así continuó aquello hasta que llegaron a la misma orilla del arroyo. Ya allí consiguió separarlos, haciendo caer al agua, justamente en el sitio en que el cauce era más profundo, a los otros perros, que se marcharon al fin, escabulléndose, terminando así la batalla.

Eyvind atravesó después el bosque hasta que encontró un estrecho sendero.

Marit encontró a su abuelo en la valla de la granja, y esto tenía que agradecer a su perro.

—¿De dónde vienes?

—Del bosque.

—¿Qué hacías allí?

—Estaba cogiendo moras.

—Eso no es verdad.

—No... No es verdad.

—¿Qué hacías entonces?

—Hablabas con una persona.

—¿Con ese muchacho de Pladsen?

—Sí.

—Escucha, Marit... Mañana emprenderás la marcha.

—No.

—Te digo, Marit, que tienes que decidirte... Mañana partirás.

—Tú no me puedes meter a la fuerza en el coche.

—¿Que no puedo?

—No, porque no lo harás.

—¿Que no lo haré?... Mira, Marit... Me daré el gusto de apalear a ese mendigo hasta dejarle sólo unos adarmes de vida.

—No... No te atreverás.

—¿Que no me atreveré? ¿Dices que no me atreveré? ¿Quién osará tocarme? ¿Quién?

—El maestro.

—¿El ma... maestro? ¿Tú piensas que se interesa tanto por él?

—Sí... Él fué quien le sostenía en la Escuela de Agricultura.

—¿El maestro?

—El maestro, sí.

—Mira, Marit... Yo no aguanto más esto. Irás lejos de aquí... No haces sino darme disgustos... Lo mismo que tu madre... Sólo penas y disgustos... Soy viejo y quiero verte bien colocada... No quiero ser, cuando me muera, la burla del distrito por tu culpa. Pienso sólo en tu propio bien y debes agradecermelo, Marit... Pronto acabará todo para mí y entonces te quedarás sola. ¿Qué hubiera sido de tu madre si yo no hubiese estado allí para ayudarla?... Sé razonable y fíjate en lo que te digo... Pienso sólo en tu propio bien.

—No... No es así.

—¿No? Entonces, ¿en qué pienso?

—Sólo quieres salirte con la tuya... Eso es lo que tú quieres y nunca te ocupas de lo que es mi voluntad.

—¿Cómo? ¿Tú quieres tener voluntad propia? ¿Comprendes acaso lo que es mejor para ti, tonta? Te haré sentir el peso de mi bastón... Eso es lo que haré aunque seas tan grande y tan fuerte... Mira, Marit. Déjame que te hable seriamente... En el fondo no eres tan tonta; se te ha metido una idea en la cabeza... Tienes que oírme... Soy un viejo y sé lo que te conviene... Quiero que veas la razón. Yo no soy tan rico como cree la gente.

Un vago, sin un céntimo, acabaría pronto con lo poco que tengo... Tu padre abrió en ello una buena brecha... En este mundo tenemos que cuidarnos nosotros mismos... Está bien que hable el maestro, porque tiene dinero suyo... También el Pastor... Pueden predicar... Pero con nosotros, que tenemos que trabajar para vivir, ya es otro cantar... Soy viejo. Sé mucho y he visto muchas cosas. El amor está muy bien para hablar de él, sí; pero vale muy poco. Es bastante bueno para pastores y gente así. Los aldeanos deben considerar las cosas de otra manera. Primero, es necesario asegurar la comida; después, se debe procurar la palabra de Dios; luego, un poco de escritura y de cuentas, y, por último, un poco de amor si se encuentra. Pero lléveme el diablo si se consigue algo empezando con el amor y terminando con el alimento... ¿Qué dices a esto, Marit?

—No sé.

—¿No sabes qué contestar?

—Sí... Eso sí.

—Bien... ¿Entonces...?

—¿Lo digo?

—Naturalmente... Dilo.

—Ese amor es toda mi alma.

El abuelo se desalentó y recordó cien conversaciones semejantes terminadas todas de igual modo. Movi6 la cabeza, volvi6 la espalda y se fue. Descendi6 hasta donde estaban los trabajadores; increp6 a las mujeres, di6 un latigazo al perro y asust6 terriblemente, casi hasta hacerlas morir de

miedo, a las gallinas que habían penetrado en la granja, aunque con ellas no se metió.

Aquella noche, cuando Marit subió a su habitación para acostarse, abrió la ventana, y apoyada en ella, mirando al campo, se puso a cantar una pequeña canción que hablaba del amor y era muy delicada:

¿Me quieres? Te querré
toda la vida, que juntos pasaremos.
Pasará el Verano y la hierba
de los prados se agostará.
Mas la memoria siempre guardará
el recuerdo de los días felices de Primavera.

Lo que el año pasado me dijiste
lo siento murmurar aún a mi oído,
y se agita en mi pecho como un pájaro
que aletea en su jaula
y canta mientras espera
que el sol despierte a las flores.

¿Me oyes, muchacho,
detrás de la valla de abetos?
Desaparecerán los bosques.
El crepúsculo cae de prisa.
Has encontrado el camino
que mi pie busca en vano.

Cierro mi ventana abierta.
¿Quieres más? Los sonidos
vuelven a mí atravesando
el vespertino crepúsculo,
y sus notas son risueñas y atraentes.
Esa música flota en torno mío.
¿Qué deseas? ¡Ah! ¡Qué noche
tan dulce para vagar por el campo!

XII

DESPUÉS de la última escena han pasado varios años. Es una tarde del final del Otoño.

El maestro se dirige a Nordistuen; abre la puerta exterior y encuentra que no hay nadie. Abre otras puertas con el mismo resultado. Avanza hasta la habitación más interior de la casa y en ella, solo, encuentra a Ole Nordistuen sentado junto a la cama, mirándose las manos.

Se saludan. Luego el maestro toma una banqueta y se sienta frente a Ole.

—¿Me ha mandado usted a buscar? —dijo.

—Sí, es cierto.

El maestro corta un trozo de tabaco y mira en torno suyo. Toma un libro que está sobre otra banqueta y lo hojea.

—¿Qué es lo que tiene que decirme?

—En ello pienso ahora mismo.

El maestro, con pasmados movimientos, saca los lentes, los limpia y se los pone para leer el título del libro.

—Está usted envejeciendo mucho, Ole.

—Sí... Algo de eso es de lo que quiero hablarle. Estoy bajando la cuesta y pronto tendré que meterme en la cama.

—Pues hay que procurar estar en ella a gusto. Cerró el libro y se quedó mirando la cubierta.

—Es un buen libro ese que tiene usted en las manos.

—No es malo, no. ¿Ha leído usted algo más que la cubierta, Ole?

—Sí, en estos días...

El maestro dejó el libro y guardó los lentes.

—¿Qué? ¿No marchan las cosas como usted quisiera que marcharan, Ole?

—No recuerdo que alguna vez hayan marchado las cosas como yo he querido.

—¡Oh! A mí me ocurrió lo mismo durante mucho tiempo. Me enfadé con un buen amigo y esperé a que él viniese a mí, y durante todo el tiempo que esperé, fui muy desgraciado. Pero después yo fui a él y entonces todo marchó perfectamente.

Ole miraba hacia arriba y guardaba silencio.

—¿Y cómo va la granja?

—Eso es precisamente lo que no sé y lo que me preocupa.

—Sus vecinos van bien, Ole.

—Sí; tienen ese inspector de Agricultura que les ayuda.

El maestro, volviéndose con indiferencia hacia la ventana.

—Usted también debía buscar alguien que le

ayudase, Ole. Usted no puede andar mucho ni estar al tanto de los nuevos procedimientos.

Ole:

—No hay nadie dispuesto a ayudarme.

—¿Se lo ha pedido usted a alguien?

Ole guardó silencio.

El maestro:

—Yo fui así, con Nuestro Señor, durante mucho tiempo. Yo le decía: «No eres bueno conmigo.» «¿Me lo has pedido?», contestó. «No, en verdad.» Entonces recé y todo empezó a marchar bien.

Ole continúa silencioso y el maestro calla también. Por fin Ole dice:

—Tengo una nieta. Ella sabe lo que me haría feliz antes de partir para siempre, y no lo hace.

El maestro sonríe.

—Tal vez no la hará feliz a ella.

Ole calla.

El maestro:

—Parece que son muchas las cosas que le preocupan; pero, según creo comprender, todas, en último término, se refieren a la granja.

Ole dice lentamente:

—Ha pasado durante muchas generaciones de padres a hijos, y es buena tierra. En ella está encerrado el trabajo de todos mis antepasados, uno tras otro, pero ahora no produce. Y cuando yo me vaya del mundo no sé a qué manos irá a parar. No hay nadie de la familia que la tome.

—Su nieta continuará la familia.

—Pero ¿qué hará con la granja el que tenga a mi nieta? Eso es lo que quiero saber antes de acostarme definitivamente. Y no hay tiempo que perder, Baard, ni por lo que se refiere a mí, ni por lo que hace relación a la granja.

Ambos callan. Luego dice el maestro:

—Saldremos un rato y echaremos una ojeada.

—Sí, vamos. Tengo trabajadores en las faldas del monte. Están recogiendo las hojas, pero sólo trabajan cuando les vigilo.

El viejo arrastra los pies buscando por todos lados su gran gorra y su bastón, y mientras, dice:

—Hasta parece que no les gusta trabajar para mí. No comprendo por qué.

Cuando han salido y dado la vuelta a la esquina de la casa, el viejo se detiene y dice:

—Como usted ve, aquí no hay orden. La leña está tirada por todas partes. El hacha no está hundida en el tajo.

Se inclina con dificultad, levanta el hacha y la hunde firmemente en su sitio.

—Mire allí: una trampa se ha caído y nadie se ha cuidado de levantarla.

Y lo hace él mismo.

—Aquí tiene usted el almacén. ¿Ve usted cómo han dejado la escalera?

Y lo colocó a un lado.

Luego se detiene, mira al maestro y dice:

—Así marchan las cosas todos los días.

Mientras suben, oyen una alegre canción que hasta ellos llega desde la altura.

—¡Vamos! Cantan mientras trabajan —dice el maestro.

—Debe ser el pequeño Knut Ostistuen quien canta. Está recogiendo hojas para su padre. Mi gente trabaja allí... Esté seguro de que no están cantando.

—Esa canción no es de esta región, ¿verdad? —preguntó el maestro.

—No.

—Eyvind Pladsen ha estado mucho con Ostistuen. Quizá sea una de las muchas canciones que él ha traído a esta parroquia. Donde él esté, hay cantos de sobra siempre.

A esto no hubo nada que contestar. El prado que cruzaba estaba muy descuidado. El maestro lo hace notar y Ole se detiene.

—No puedo hacer más —dice casi con lágrimas en los ojos—. Los trabajadores extraños, sin tener a nadie que los vigile, cuestan demasiado; pero es verdad que es muy duro ver los campos en tal estado.

La conversación vuelve a versar sobre el tamaño de la granja y sobre los pastos que más necesitan el cultivo, y se deciden entonces a subir a una colina para poder abarcarlo todo con la mirada.

Cuando al fin llegan a aquel sitio, el más elevado de la granja, y desde el cual se divisa un bello paisaje, el viejo está muy conmovido.

—No quiero morirme dejando esto así. Aquí hemos trabajado mis antepasados y yo; pero por ningún lado se ven las huellas de ese trabajo.

Sobre sus cabezas estalla una canción entonada por una voz que tiene la penetración peculiar de la de los muchachos cuando cantan con todas sus fuerzas. No estaban muy lejos del árbol en cuya copa estaba el pequeño Knut Ostistuen cogiendo hojas, y fuerza les era escucharle.

 Cuando cruces los senderos de la montaña
no lleses en el mcrrol más de lo que puedas
 llevar buenamente.

 No subas los cuidados del valle
hasta los precipicios y las pendientes
 de las montañas.

 Arrójalos a los agrestes abismos
 con una canción alegre.

 De la copa de los árboles
te saludarán los pájaros.
 Quedan lejos en el aire
todos los sonidos de la aldea.

 El aire es más puro y dulce
cuanto más alto subes.

 Hincha tu pecho de alegría
y canta, y mientras tu vida antigua
se queda entre las ramas del camino,
los recuerdos de la niñez te saludarán.

 Si te detienes y prestas el oído,
la canción grandiosa de la soledad
 llenará el espacio
como un trueno. El curso precipitado
de un arroyuelo y una piedra
que rueda despacio te recordará
el deber incumplido con la fuerza de un órgano.
Tiembla y ruega, alma temerosa.
Escóndete entre tus recuerdos.

Sube más y más, y el pico más alto
te dará lo mejor.

Allí hallarás a Jesucristo
acompañado como entonces
de Elías y Moisés.

Y con esta bienaventurada visión
acabará tu penosa jornada.

Ole se sienta y esconde la cara entre la manos.
—Hablaremos aquí — dijo el maestro, y se sentó a su lado.

Abajo, en Pladsen, Eyvind acababa de llegar su casa después de un viaje algo largo. La diligencia estaba aún a la puerta, mientras los caballos descansaban.

Aunque ya ganaba mucho como inspector del distrito, vivía aún en su pequeña habitación de Pladsen, ayudando a su familia en las labores. Pladsen entero, de punta a punta, estaba sometido a cultivo; pero era tan pequeño, que Eyvind solía llamarlo la Granja de Muñecas de su madre, que era la que principalmente dirigía todas las faenas.

Eyvind acababa de cambiar de traje. El padre, que había llegado todo blanco de harina del molino, habíase mudado también. Hablaban de dar un pequeño paseo antes de comer, cuando de pronto entró la madre muy pálida.

—Viene una visita muy extraña... Mira...

Los dos hombres se acercaron a la ventana, y Eyvind fué el que primero dijo:

—El maestro, y... seguramente, sí..., no hay duda que es el...

—Sí, es el viejo de Nordistuen —dijo Thore apartándose de la ventana para que no le viesen, porque los dos que llegaban estaban ya muy cerca de la casa.

Antes de separarse también de la ventana, la mirada de Eyvind encontró la del maestro. Baard sonrió y miró al viejo Ole, que marchaba pesadamente tras él, apoyándose en su bastón, con los pasos cortos de costumbre y siempre levantando más una pierna que la otra.

Se oyó que el maestro dijo:

—Acaba de volver a casa.

Y que el viejo Ole contestó:

—Bien... Bien...

Se detuvieron silenciosos mucho tiempo en el pasillo. La madre de Eyvind se dirigió de puntillas al sitio donde guardaba la leche. Eyvind estaba en su postura favorita: casi tendido, apoyando la espalda contra una gran mesa, mirando hacia la puerta. Thore estaba sentado junto a él. Al fin se oyó un golpe y apareció el maestro quitándose el sombrero, y tras él Ole quitándose la gorra. Terminada esta operación, se volvió para cerrar la puerta. Andaba despacio y era evidente que estaba muy confuso. Thore se levantó y les invitó a pasar y a sentarse. Lo hicieron sobre banquetas, junto a la ventana, y uno al lado del otro. Thore volvió a sentarse y la conversación comenzó.

El maestro:

—No tenemos, después de todo, mal tiempo este Otoño.

Thore:

—Sí.

—Y así seguirá mientras no cambie el viento de dirección.

—¿Terminó ya allá arriba la recolección?

—No... Ole Nordistuen, a quien usted, Eyvind, conoce seguramente, estaría encantado con su ayuda si a usted no le molesta prestársela.

Eyvind:

—Si él lo desea, yo haré por mi parte cuanto pueda.

—Ya puede usted comprender que no es la ayuda para un momento lo que necesita. Piense que la granja no marcha bien, y que en ella hacen falta dirección y método.

Eyvind:

—¡Yo estoy aquí tan poco tiempo...!

El maestro miró a Ole, creyendo que ahora es a él a quien corresponde decir algo.

Ole carraspeó una o dos veces y luego empezó a hablar entrecortadamente, pronunciando de prisa:

—La idea era... es... sí. La idea es... que usted viva... allá arriba con nosotros..., estar allí cuando no tiene usted que estar en otro lado.

—Muchas gracias por su ofrecimiento, pero prefiero vivir donde vivo ahora.

Ole miró al maestro y éste dijo entonces:

—Comprenda que Ole está un poco azarado.

Pasa que ya una vez vino a esta casa, y el recuerdo de aquello le turba.

Ole, de prisa:

—Sí, eso es. Me porté como un viejo estúpido... Batallé tanto con la muchacha, que nuestra vida se hizo pedazos... Pero lo pasado, pasado. El viento rompe las espigas, pero no la brisa. Las gotas de lluvia no ocasionan los desprendimientos de rocas grandes. La nieve en Mayo no dura mucho tiempo. No es el trueno lo que mata a la gente.

Los cuatro rieron y el maestro dijo:

—Ole quiere decir que usted no debía pensar más en aquello, ni usted tampoco, Thore.

Ole les miraba y no sabía si volver a hablar. Pero Thore dijo entonces:

—Las zarzas arañan, pero no causan heridas profundas... En verdad que no quedan espinas en mí.

Ole:

—Yo no conocía entonces al muchacho... Ya veo ahora que lo que siembra crece. El Otoño sigue a la Primavera... Tiene dinero hasta las puntas de los dedos, y me gustaría cogerle.

Eyvind miró primero a su padre y después a su madre. Ésta mira a su hijo y a su marido y después al maestro, y luego todos le miran a él.

—Ole quiere decir que tiene una granja...

Ole interrumpió:

—Una granja muy grande, pero descuidada, y yo no puedo hacer más de lo que hago. Soy viejo

y las piernas no me obedecen. Pero vale la pena que cualquiera arrime su hombro a la rueda, allá arriba...

—Es la granja más grande del distrito —añadió el maestro.

—Sí, la granja más grande del distrito. Esa es precisamente la dificultad. Los zapatos demasiado grandes se caen de los pies. Es conveniente tener una buena escopeta, pero son necesarias las fuerzas para levantarla... (Volviéndose rápidamente hacia Eyvind): ¿No nos puede usted dar la mano?

—¿Quiere usted que yo sea el director de su granja?

—Justamente..., sí... La granja está en sus manos.

—¿Está en mis manos su granja?

—Sí, seguramente... Usted dirigirá todo.

—Pero...

—¿Es que no quiere usted?

—Sí, claro que sí.

—Bien... Entonces ya está todo arreglado.

—Pero...

Ole miró sorprendido al maestro.

—Eyvind quiere saber si Marit será también para él.

Ole, rápidamente:

—¡Marit también, Marit también!

Entonces Eyvind se levantó de un salto y rompió a reír. Los otros dos rieron también.

Eyvind, frotándose las manos, andaba de un lado

al otro de la habitación repitiendo: «¡Marit también, Marit también!»

Thore rió asimismo con una risa profunda, y la madre, desde su rincón, miraba fijamente a su hijo hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas.

Ole, muy animado:

—¿Qué piensa usted de mi granja?

—Que es un magnífico terreno.

—Un terreno magnífico, ¿no es verdad?

—Con pastos espléndidos...

—Con pastos espléndidos... ¿Verdad que se puede hacer algo en ella?

—Será la mejor granja del país.

—¿Lo cree usted así? ¿Lo cree usted de verdad?

—Tan seguro como que ahora estoy aquí.

—¿No es eso lo que yo decía?

Ambos hablaban tan de prisa, que la conversación era como un engranaje.

—Pero dinero..., comprende usted, yo no tengo dinero.

—Sin dinero marchará despacio, pero marchará.

—Marchará, claro que sí... Desde luego que marchará... Pero si tuviéramos dinero marcharía más rápidamente, ¿no es verdad?

—Mucho más rápidamente.

—¡Mucho más!... ¡Ay, si tuviéramos dinero! Bueno... Aunque no se tengan todos los dientes, se puede masticar, y aunque el carro esté tirado por bueyes, siempre llega a su destino.

La madre hacía señas a Thore y le miraba de

soslayo, rápidamente y a menudo, sentada, balanceando su cuerpo y frotándose las manos con las rodillas.

El maestro guiñó un ojo a Thore. Éste abrió la boca y carraspeó un poco, intentando hablar; pero Ole y Eyvind hablaban tan incesantemente, reían tanto y hacían tanto ruido, que no era posible decir una palabra.

—Hagan el favor de callar un momento, que Thore tiene algo que decir —advirtió el maestro.

Los otros callaron y se quedaron mirando a Thore, que al fin, muy lentamente, dijo:

—Las cosas han pasado de este modo... Nosotros teníamos un molino aquí, en Pladsen, y desde algún tiempo tenemos dos... Esos molinos han producido siempre alguna renta al año, pero ni mi padre ni yo hemos tocado ese dinero, sino cuando Eyvind estuvo estudiando. El maestro lo ha colocado en algo y dice que da un buen producto y que está bien como está; pero me parece que ahora estará mejor en tus manos, Eyvind, y empleado en Nordistuen.

La madre continuaba sentada en un rincón y se hizo un ovillo mirando con alegría a Thore, que estaba muy serio y casi parecía un estúpido.

Ole Nordistuen permaneció frente a él con la boca abierta.

Eyvind fué el primero que salió de su asombro y exclamó:

—¡Cómo me sigue la suerte!

Cruzó la habitación dirigiéndose hacia su pa-

dre, a quien dió palmadas sobre los hombros.

—¡Padre! —decía; y luego tornó a frotarse las manos y a pasear por el cuarto.

—¿Y cuánto dinero habrá? —preguntó al fin Ole, suavemente, al maestro.

—No es poco.

—¿Unos cuantos cientos?

—Algo más.

—¿Algo más?... ¡Algo más, Eyvind! Dios me bendiga. ¡Que granja vamos a tener!

Se levantó riendo con todas sus fuerzas.

—Tengo que subir con usted para ver a Marit —dijo Eyvind—. Tomaremos el coche que aún está ahí, y así llegaremos antes.

—Sí... De prisa, de prisa... ¿A usted también le gusta que las cosas se hagan de prisa?

—Tan de prisa como sea posible.

—Exactamente como cuando yo era joven... Exactamente lo mismo.

—Aquí están su sombrero y su bastón. Y ahora le enseñaré dónde está la puerta.

—Usted me enseña dónde está la puerta..., ¡ja, ja!, pero usted viene conmigo, ¿no es eso?... Vamos todos... Esta noche tenemos que estar reunidos mientras haya fuego en la estufa... ¿Iréis?

Prometido que irían, Eyvind ayudó a Ole a subir al coche y después subió él, partiendo hacia Nordistuen.

Allí no fué el gran perro el único que se asombró cuando Ole llegó con Eyvind Pladsen. Mientras éste ayudaba al viejo a descender del carrua-

je, los criados y los jornaleros se le quedaron mirando.

Marit salió para saber la causa de que el perro ladrara tanto; pero se detuvo como por encanto, enrojeció y otra vez entró en la casa.

El viejo Ole la llamaba, no obstante, tan fuerte, después de entrar, que no tuvo otro remedio que presentarse.

—Niña, vete a arreglar... Aquí tienes al que se hará cargo de la granja.

—¿Es verdad? —dijo ella con voz sonora, sin saber lo que decía.

—Sí, es verdad... —contestó Eyvind.

En el acto ella giró sobre las puntas de sus pies, tiró lo que tenía en las manos y huyó corriendo; y Eyvind corrió tras ella.

Poco después llegaron Thore, su mujer y el maestro. El viejo había puesto unas velas sobre la mesa, cubierta con un manteo blanco. Se consumieron botellas de vino y de cerveza, y el abuelo andaba de aquí para allá constantemente, sintiéndose más ágil que nunca, aunque siempre levantado el pie derecho más que el izquierdo.

Antes de terminar este pequeño cuento, es preciso decir que cinco semanas después Marit y Eyvind se casaron en la iglesia de la parroquia.

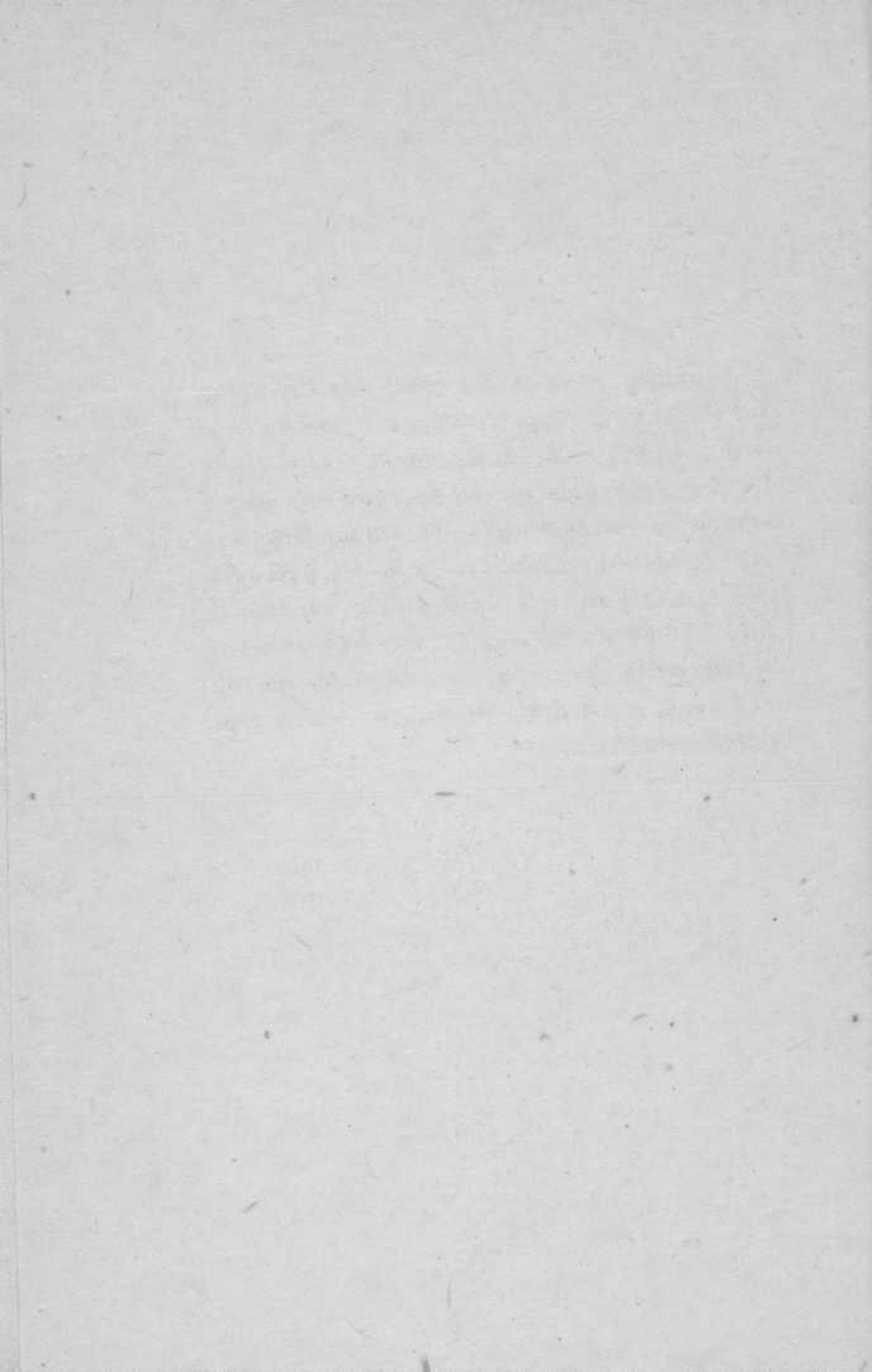
El maestro mismo dirigió aquel día el canto porque el sochantre estaba enfermo. Su voz estaba quebrada, porque era viejo; pero Eyvind estaba encantado de oírle, y cuando le dió la mano a Marit, el maestro les saludó desde el coro, jus-

tamente como había saludado aquella noche en que él contemplaba tristemente el baile. Contestó al saludo, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas. Las lágrimas del baile habían sido el preludio de éstas de ahora; entre unas y otras estaba su fe y su trabajo.

Y aquí acaba la historia de un muchacho feliz.

LA MARCHA NUPCIAL

LA MARCHA NUPCIAL *fué escrita en Cristiania el año 1872. Se publicó por vez primera en el tomo II de la 1.^a edición popular de la colección de cuentos de Björnson, que vió la luz en Copenhague en el citado año. Durante el año 1873 se publicó una pequeña edición del cuento por separado, y poco después apareció una edición ilustrada, repetida en 1877. LA MARCHA NUPCIAL fué escrita para servir de texto a cuatro dibujos, obra del pintor noruego Fidemand, y fué dedicada por su autor a Hans Cristián Andersen.*



DURANTE el siglo pasado vivió, en uno de los altos valles interiores de Noruega, un violinista, que llegó a ser, en cierto modo, un personaje legendario. Inspiradas por los espíritus de ciase que estaban algunas de las obras que se le atribuían; y así, una había sido escrita por el mismo demonio, otra fué compuesta para salvarse la vida, y así sucesivamente, según el dicho popular. Pero de todas las obras que compuso, la más famosa fué la *Marcha nupcial*, y la historia de de esta pieza no acaba con la historia de la vida de su autor.

El violinista Ole Hangen era un pobre colono que vivía allá arriba, entre las montañas. Tenía una hija que había heredado sus habilidades, pues aunque no tocaba el violín, la música estaba en cuanto hacía; en su modo de hablar, en su canto, en su andar y en su danzar. Llamábase Aslang.

En la gran granja de Inigvold, situada abajo, en el valle, un joven había regresado de sus viajes. Era el tercer hijo de un rico propietario al-

deano; sus dos hermanos mayores se habían ahogado en una inundación; de modo que la granja había de ser para él. Encontró a Aslang en una boda y se enamoró de ella. En aquellos tiempos era una cosa inaudita que un rico campesino de antigua familia cortejara a una muchacha de la clase de Aslang. Pero este joven de que hablamos había estado ausente mucho tiempo, y dió a entender a sus padres que en sus andanzas por el mundo había ganado lo suficiente para vivir, y por ello, si no obtenía lo que deseaba permaneciendo en la granja, la abandonaría. Profetizaron en el lugar que esta indiferencia hacia los derechos de familia y propiedad le acarrearía el propio castigo. Se dijo que Ole Hangen había provocado todo cuanto ocurría por medio de procedimientos que sólo se indicaban oscuramente.

Lo cierto fué que, mientras duró la lucha entre el joven de Inigvold y su padre, Hangen estaba muy animado. Cuando el conflicto se resolvió, dijo a los novios que había compuesto para ellos una *Marcha nupcial*, y que era su deseo que la tal *Marcha* no saliese nunca de la familia de Inigvold; «pero —añadió— desgraciada será la mujer cuya ida a la iglesia no se realice a los sones de la marcha, y tan alegre como la de la hija del colono Ole Hangen».

Y en estas palabras la gente encontró también algo emanado de un poder maléfico y misterioso.

Hasta aquí la leyenda. Es un hecho que, aun hoy, los habitantes de este distrito de que hablamos

poseen un don particular para la música y el canto, que en aquellos tiempos debió ser mucho mayor. Semejante aptitud no se mantiene si no hay alguien que la cuide y rija, enriqueciendo el tesoro original, y Ole Hangen fué el que desempeñó esta misión en su tiempo.

La tradición sigue contando que, así como la *Marcha nupcial* era la más alegre que se había oído, también la pareja cuya ida a la iglesia y cuyo regreso a casa desde el altar acompañaran los acordes de la *Marcha*, era también la pareja más feliz que se había visto jamás. Y aunque la familia de Inigvold había sido siempre una hermosa familia, y después de esta boda lo fué aún más, se dijo también que ninguna pareja podía igualar, ni antes ni después, a esta pareja.

La leyenda acaba con Ole Hangen: ahora empieza la historia. La *Marcha nupcial* de Ole Hangen ocupaba un lugar principalísimo en la vida de Inigvold. Fué cantada, tarareada, silbada y tocada en el violín, en las casas, en los establos, en el campo y en el monte. El único hijo nacido de aquel matrimonio, la pequeña Astrid, fué arrullada y dormida con sus notas, que entonaban su padre, su madre y los criados, y la *Marcha nupcial* fué una de las primeras cosas que aprendió. En la familia había una rara aptitud para la música, y aquella chiquilla, alegre y sonriente, tenía su espíritu lleno de ella, y pronto supo cantar la *Marcha nupcial* de sus padres, el talismán de su familia, de modo magistral.

Cuando creció, surgió el deseo de darla un esposo. Muchos empezaron a cortejarla, pero cuando tenía veintitrés años aún permanecía soltera. Al fin se supo la causa de esto. Vivía en la casa un joven muy listo y despierto, a quien Aslang había recogido por caridad. Conocíanle en las cercanías con los nombres de «el gitano» y «el vagabundo», aunque en realidad no era ni lo uno ni lo otro. Pero Aslang estuvo pronta a llamarle de tales modos cuando se enteró que Astrid y él eran novios. Habíanse jurado ambos en secreto fidelidad eterna en las praderas de la montaña, y juntos habían cantado la *Marcha nupcial* allá arriba; en las alturas ella, contestando desde el valle él.

Le echaron de Inigvold inmediatamente. Nadie sentía ahora más orgullo de raza que Aslang, la hija del pobre colono. El padre de Astrid recordó lo que habían profetizado cuando él había roto la tradición de su familia. «¿Es que se había llegado a esto? ¿A que un marido se buscara en medio de la calle? ¿A dónde se iba a parar?».

Y los vecinos decían otro tanto.

«El vagabundo» Knut no tardó en ser conocido de todos, porque se dedicó a traficar en ganado por su cuenta. Fué el primero que lo hizo en gran escala por aquellos lugares, y su iniciativa beneficiaba al distrito, puesto que atraía el capital. Pero tras éste venían casi siempre borracheras y vicios. Y la gente, cuando hablaba de Knut, sólo lo hacía refiriéndose a esto. No habían comprendido aún su capacidad como hombre de negocios.

Astrid estaba firmemente decidida, y ya tenía veintitrés años. Entonces sus padres empezaron a darse cuenta exacta de que, o la granja salía de la familia, o Knut ingresaba en ésta. Por causa de su misma boda carecían de la fuerza moral que tan necesaria estimaban ahora; de modo que Astrid vió cumplida su voluntad. Un hermoso día, el bello y alegre Knut fué con ella a la iglesia. Los sonidos de la *Marcha nupcial* de la familia, la obra maestra del abuelo de Astrid, vibraban sobre el cortejo, y ambos enamorados, recordando los tiempos en que la cantaban juntos, estaban radiantes de felicidad, y los curiosos se maravillaban de que también los padres parecieran tan contentos, ya que durante mucho tiempo se habían opuesto obstinadamente a aquella boda.

Después del matrimonio, Knut se posesionó de la granja y los viejos se retiraron a vivir con una pensión bastante crecida, que la gente no comprendía pudiesen darles Knut y Astrid, ya que la granja, aunque era la más grande del distrito, no estaba bien cultivada. Pero no fué esto todo. Tomaron a su servicio un número de trabajadores tres veces mayor del que había antes, y todo fué hecho por nuevos procedimientos, haciendo gastos extraordinarios en aquellos lugares. Predecíanles la ruina segura; pero «el vagabundo» —porque el mote no desapareció— estaba tan alegre como siempre y había contagiado a Astrid con su alegría. Aquella muchacha tranquila y tierna llegó a ser una esposa alegre y sana. Sus

padres estaban satisfechos, y por fin la gente empezó a comprender que Knut había llevado a Inigvold lo que antes no había: capital para el trabajo. Y con el capital había llevado la experiencia que había ganado en sus negocios, y el don que poseía para administrar bien el dinero y para rodearse de servidores dispuestos a trabajar, siempre contentos.

En doce años Inigvold estaba desconocido. La casa y los demás edificios no eran ya los mismos. Triplicó el número de trabajadores, que eran tres veces mejor, y el mismo Knut, con su levita de buen paño, era otro. Sentábase por las noches a fumar en su pipa de espuma y a beber un vaso de ponche en compañía del Capitán, del Pastor y del Baylio. Según Astrid era el hombre más bueno y más inteligente del mundo, y le gustaba contar cómo durante su juventud había provocado riñas y había bebido sólo para que hablasen de él y asustarla a ella, porque «¡era tan listo y tan astuto...!»

Ella seguía en todo sus indicaciones, menos en abandonar el traje y las costumbres de los aldeanos; con éstas vivió siempre. Knut no intervenía en el modo de vivir de los demás, y por esta razón el proceder de Astrid no dió lugar al menor disgusto entre ellos. Knut vivía en su «círculo» y su mujer cuidaba de todo para que pudiera divertirse con su modo de vivir, que de todas maneras era modesto, ya que él era lo bastante prudente para no hacer ostentación y efec-

tuar gastos extraordinarios. Algunos decían que ganaba más que cuanto había gastado, con las cartas; pero probablemente esto era una calumnia.

Tuvieron varios hijos; pero el único cuya historia nos interesa es el primogénito, Endrid, que debía heredar la granja y guardar el honor de la familia. Tenía toda la magnífica apariencia de su raza; pero su capacidad cerebral era escasa, como les sucede a menudo a los hijos de padres inteligentes y excesivamente activos.

El padre se dió cuenta de tal defecto muy pronto y procuró contrarrestarlo, dando a su hijo una educación escogida. Vino a Inigvold un preceptor para los niños, y cuando Endrid creció fué enviado a una Escuela de Agricultura, institutos que entonces empezaban a florecer en Noruega; y después marchó a la ciudad para terminar sus estudios.

Cuando volvió a Inigvold era un muchacho tranquilo, con el cerebro sobrecargado y menos modales de la ciudad que los que su padre deseaba ver en él. Pero Endrid era siempre tardío en el pensar.

El Pastor y el Capitán —ambos tenían muchas hijas — habían puesto sus ojos en él; pero si al aumentar sus atenciones para con Knut habían pensado en una probable boda, se equivocaron grandemente. La idea de que su hijo se casase con la hija de un pobre Pastor o de un Capitán, que no tenían ni la fortuna ni la educación que exigía la posición que debe ocupar la esposa de un

aldeano rico, parecía a Knut tan ridícula, que ni siquiera estimó necesario advertir a Endrid. Y en verdad era así y holgaba la advertencia, porque el muchacho pensaba, como su padre, que aunque no había necesidad de buscar un enlace que diera a la familia nuevas riquezas, sería ventajoso que por él se uniese la familia otra vez con una de abolengo y posición iguales.

Pero la mala suerte lo dispuso de otro modo. Endrid era un enamorado muy torpe. Lo peor fué que empezó a adquirir fama de cazador de dotes, y cuando un joven tiene tal reputación es evitado cuidadosamente por los campesinos. Endrid notó muy pronto lo que ocurría, pues aunque no era listo, estaba en compensación dotado de una gran sensibilidad. Vió que no le servía para mejorar su situación el vestirse como la gente de la ciudad y «tener instrucción», como decían los campesinos. Como era muy sensible, los desaires que sufrió le movieron poco a poco a dejar el traje al uso de la ciudad y el modo de hablar que empleaba, y empezó a trabajar en la granja de su padre como un labrador cualquiera. El padre había dado cuenta exacta de todo antes que el mismo muchacho, y aconsejó a su mujer que no hiciera caso. No hablaron ni una palabra referente a matrimonio y al cambio en el modo de ser de Endrid; Knut fué cada vez más cariñoso con él, le consultaba en todo lo que se refería a la granja y a otros negocios, y por fin puso completamente en sus manos la dirección de la granja, y no

tuvo, en verdad, por qué arrepentirse de ello. Así transcurrió el tiempo hasta que Endrid cumplió treinta y un años.

Durante este período, Endrid había hecho aumentar constantemente la riqueza de sus padres y había acrecentado el tesoro de su propia experiencia y de su independencia; pero no sólo no había intentado entablar relaciones amorosas, sino que ni siquiera había mirado a una muchacha, ni en aquel distrito ni en otro, y ahora sus padres temían tener que arrepentirse de no haber pensado en ello.

Pero no fué así: en la granja vecina vivía en buena posición otra familia campesina de antiguo linaje. En diferentes épocas sus miembros habíanse enlazado con los de Inigvold. De ella formaba parte una muchacha a quien Endrid quería desde su niñez, y sin duda había puesto en ella sus miras, porque sólo seis meses después que fué confirmada, Endrid la habló.

Ella tenía diez y siete años y él —como hemos dicho— treinta y uno. Randi —tal era el nombre de la muchacha— no supo al principio qué contestar al requerimiento de Endrid. Consultó a sus padres, que la dijeron que ella sola era quien había de decidir. Endrid era un buen hombre, y desde el punto de vista del mundo, ella no podía hacer otra boda mejor; pero la diferencia de edades era muy grande y tenía que examinarse a sí misma para ver si tendría las fuerzas necesarias para aceptar los nuevos deberes y cuida-

dos que sobre ella recaerían como dueña de una granja tan grande.

A Randi la parecía que sus padres preferían que dijese «sí» en vez de «no»; pero, en verdad, tenía miedo. Fué a hablar con la madre de Endrid, a la que siempre había querido, y encontró, con gran sorpresa, que estaba ignorante de todo; pero Astrid quedóse encantada con la idea de aquel matrimonio y la animaba por todos los medios para que aceptase.

—Yo le ayudaré a usted —decía—. Su padre no querrá pensión alguna, porque tiene todo lo que necesita, y no querrá que sus hijos le estén deseando la muerte. En seguida dividiremos las cosas, y lo poco que nos reservemos para vivir, también será repartido cuando muramos. Y así, no habrá ningún disgusto entre nosotros.

Randi sabía ya que Knut y Astrid eran buenos y cariñosos.

—Y el muchacho —añadió Astrid— es bueno y piensa en todo.

Sí; a Randi le había parecido eso también. Estaba segura de que se llevarían bien, si ella era capaz de cumplir su misión.

Unos cuantos días después, todo estaba arreglado. Endrid era feliz y también sus padres, porque la familia en que iba a entrar era muy respetada, y además, la novia era bella e inteligente. No encontrarían en todo el distrito una pareja mejor para él.

Hablaron, se pusieron de acuerdo y decidieron

que todo había de tener lugar antes de terminar la cosecha, ya que no había por qué esperar a más tarde.

La vecindad, en general, no consideraba aquel noviazgo como los contrayentes y sus familias. Decían que Randi se había vendido; que era tan joven, que apenas sabía lo que era el matrimonio, y que Knut, obrando como siempre, con listeza, había empujado a su hijo antes que otros muchachos se dirigiesen a Randi.

Algo de todo esto llegó a los oídos de Randi; pero Endrid estaba con ella tan cariñoso, siempre tierno y casi humilde, que no se atrevió a romper con él. Solamente sentía un poco de frialdad hacia su prometido.

Los padres de los novios sabían cuanto se murmuraba, pero no hicieron caso; y precisamente por ello decidieron celebrar ruidosamente la boda, y, por la misma razón, Randi aceptó esta idea.

Los amigos de Knut, el Pastor, el Capitán y el Baylio, con sus numerosas familias figurarían entre los invitados, y algunos entre ellos les acompañarían a la iglesia. Por esto Knut quería prescindir de los violinistas, cuya presencia en la ceremonia le parecía cosa anticuada, al estilo de los campesinos. Pero Astrid insistió en que debían acompañarles, en la ida a la iglesia y en el regreso a casa, tocando la *Marcha nupcial* de la familia. La *Marcha* les había hecho tan feliz a ella y a su marido, que deseaba oírla de nuevo el día de la boda de su hijo. Knut no se preocupaba mucho

de esto y dejó que su mujer hiciese lo que quería.

Los padres de la novia fueron informados de que podían contratar unos violinistas para que tocasen la vieja *Marcha*, la *Marcha nupcial* de la familia, que no se oía hacía ya mucho tiempo porque la presente generación no había mostrado afición a la música.

Pero el día de la ceremonia llovía a torrentes. Los músicos, tan pronto como la comitiva salió de la granja, cesaron de tocar y enfundaron sus instrumentos para que no se mojaran, y no volvieron a tocar hasta que empezó a percibirse el sonido de las campanas de la iglesia. Entonces tocaron de nuevo; pero un muchacho tenía que estar de pie tras ellos, sobre el carro, sosteniendo un paraguas abierto, con el que intentaban resguardarse del agua; amontonados, unos casi sobre otros, tocaban sin parar. Pero la *Marcha* no sonaba como antaño con semejante tiempo. Naturalmente, tampoco reinaba la alegría en el cortejo nupcial que venía después de los músicos. El novio estaba sentado, teniendo sobre sus piernas el sombrero alto de ceremonia y otro de hule en la cabeza; llevaba un gran gabán de pieles y sostenía un paraguas abierto sobre la novia, que llevaba chales sobre chales para proteger la corona nupcial y el resto de su atavío, pareciendo un montón de heno mojado, mejor que un ser humano.

Los carruajes avanzaban uno tras otro, y en ellos los hombres iban goteando y las mujeres

envueltas en grandes mantos. Parecía algo así como una fantástica procesión embrujada, porque no era posible reconocer un solo rostro, ya que ninguno estaba visible y sólo se veían montones de lana o de piel.

La multitud que se agrupaba junto a la iglesia para presenciar la fastuosa boda, empezó a reír. Al principio intentaron sofocar las risas; pero éstas crecían a medida que cada carro llegaba ante la casa grande, donde el cortejo debía entrar antes de ir a la iglesia para arreglarse un poco los trajes. Allí, algo apartado, junto a un rincón del pórtico, estaba un carro y sobre él un vendedor ambulante llamado Aslak, el cual, cuando la novia descendió de su carruaje, gritó:

—¡Lléveme el diablo si la *Marcha nupcial* de Ole Hangen sirve hoy para algo!

Y no dijo más; pero esto fué lo suficiente. Todos reían, y aunque muchos trataban de ocultar la risa, no era difícil comprender lo que todos pensaban y querían callar.

Cuando quitaron a la novia todos los abrigos y los chales que llevaba, estaba blanca como una sábana. Empezó a llorar, procuró reír y después volvió a llorar. De pronto la asaltó la idea de que la sería imposible entrar en la iglesia. Presa de una gran agitación la hicieron acostar en una cama, en una habitación tranquila, y allí sufrió un violento ataque de llanto. Todos estaban alarmadísimos. Los padres estaban junto a la cama, y cuando ella les pidió que la dejaran volverse atrás,

ellos contestáronla que podía hacer lo que fuese su deseo. Entonces miró a Endrid: nunca había visto a nadie tan completamente aplanado e infeliz. Al lado de su prometido estaba Astrid, silenciosa, sin movimiento, con las lágrimas corriendo por sus mejillas y la mirada clavada en Randi. Entonces ésta se incorporó, apoyándose sobre un codo, y sollozando aún, después del ataque de llanto que había tenido, dijo:

—No, no; iré a la iglesia.

Volvió a recostarse llorando. Un poco después se levantó y dijo que no quería más música en su boda. Los músicos fueron despachados, y con lo que contaron, al mezclarse con el público, la historia de lo ocurrido fué considerablemente aumentada.

La comitiva se puso en marcha de nuevo con dirección a la iglesia, y ninguna otra había sido tan triste. La lluvia permitió a los novios ocultar sus caras a la curiosidad del público, hasta que penetraron en la iglesia. Aquello fué para ellos una tortura, y parecíales que los propios amigos se molestaban porque se reían de ellos por figurar en un cortejo tan estúpido.

La tumba del famoso violinista Ole Hangen estaba cerca de la iglesia. Sin hablar mucho de ello, la familia había cuidado siempre aquel sepulcro, y recientemente había sido colocada una nueva lápida. La parte superior tenía la forma de una rueda, tal como lo había deseado el propio Ole Hangen. Estaba situada en sitio soleado y alrededor sólo crecían flores silvestres.

Cuantos fieles pasaban junto a ella habían oído contar que un botánico pagado por el Estado, recogiendo plantas y flores del valle y de las montañas vecinas, encontró sobre aquella tumba flores que no crecían en ninguna otra parte del distrito; y los campesinos, que generalmente se preocupaban poco de lo que llamaban «mala hierba», estaban orgullosos de aquellas flores, orgullo mezclado con curiosidad y hasta con reverencia. Algunas eran extraordinariamente hermosas:

Cuando la pareja nupcial pasó junto a la tumba, Endrid, que llevaba la mano de Randi cogida por la suya, notó que ella se estremecía y que inmediatamente empezó a llorar.

Entró en la iglesia llorando, y llorando fué llevada a su sitio. Nadie recordaba, en cuanto alcanzaba su memoria, que una novia hiciera una entrada semejante en la iglesia. Mientras estaba sentada allí, pensó que cuanto ocurría confirmaba el rumor que corría de que se había vendido. La idea de la vergüenza que sobre sus padres había caído, la dejó helada. Durante un rato pudo reprimir el llanto; pero cuando estaba ante el altar, se conmovió de nuevo al oír unas palabras del Pastor, e inmediatamente recordó cuanto había pasado aquel día. Le parecía que nunca, no, nunca, podría mirar a la gente a la cara, y menos que a los demás, a sus propios padres.

Las cosas no mejoraron a medida que el día avanzó. Randi no pudo sentarse con los invitados

a la mesa. A la noche, a fuerza de súplicas y casi forzada, asistió a la cena; pero disgustó a todos, hasta tal punto que fué preciso llevarla al lecho. Las fiestas de la boda, que debían haber continuado durante varios días, terminaron aquella misma noche. Se anunció que la novia estaba enferma, y ni los que lo decían ni los que lo escuchaban lo creían; pero era, efectivamente, cierto.

Randi estaba verdaderamente enferma y tardó mucho en mejorar. Consecuencia de esto fué que su primer hijo nació muy enfermizo. Los padres no lo querían menos por esto, comprendiendo que ellos mismos, hasta cierto punto, eran la causa de los sufrimientos del niño. Jamás se separaron de él. Nunca más volvieron a la iglesia porque no querían ver a la gente. Durante dos años Dios les dejó la alegría de aquel niño y después llevóselo consigo.

El primer pensamiento que tuvieron después de tan rudo golpe, fué que habían querido demasiado al pobre hijo y que por eso lo habían perdido. Y así, cuando otro niño nació, ni Endrid ni Randi se atrevían a demostrar un gran cariño por él, que si al principio era muy enfermizo, se hizo después fuerte, y era tan cariñoso y alegre, que ellos no pudieron reprimir más su cariño. Sentíanse felices con una felicidad pura y nueva. Casi olvidaron cuanto había sucedido anteriormente. Cuando el niño cumplió dos años, Dios se lo llevó también.

Hay personas que parecen elegidas para sufrir: son aquellas que menos lo necesitan, pero al mismo tiempo son las más capacitadas para resistir las penas y las dificultades, conservando siempre la fe.

Endrid y Randi se volvieron hacia Dios, y poco después de la segunda desgracia vivían como si estuviesen en su divina presencia.

La vida en Inigvold era, desde hacía mucho tiempo, tranquila y callada. Ahora, la casa parecía una iglesia antes de la llegada del sacerdote. El trabajo continuaba constante, pero a intervalos, durante el día. Endrid y Randi rezaban juntos en comunicación con aquellos que estaban ya «del otro lado». No cambiaron sus costumbres cuando Randi, poco después de perder al segundo hijo, tuvo una niña. Los muertos habían sido varones, y esto les hizo querer menos a la niña. Además, ignoraban si les estaba permitido quererla.

La salud y la felicidad relativa que Randi había disfrutado antes de la muerte del segundo niño, beneficiaron a esta hija, que pronto se reveló como una niña lista y muy alegre, con las facciones tan bellas como las de su madre.

Aquellos dos seres, siempre tan tristes y solos, se sintieron de nuevo tentados a dejarse invadir por la esperanza y la felicidad con aquella niña. Pero aún no habían transcurrido los dos años fatales, y no se atrevieron. Cuando el plazo terrible estaba próximo a terminar, les parecía que Dios sólo les concedía un respiro.

Knut y Astrid vivían muy apartados. El modo con que los hijos tomaban las cosas no consentía a los viejos darles compañía y consuelo.

Además, Knut era demasiado alegre y gustoso de la sociedad para permanecer mucho tiempo en una casa llena de duelo, interrumpiendo con su presencia las oraciones. Se fué a vivir a una pequeña granja que alquiló, y en ella lo dispuso todo de tan bella y cómoda manera para su querida Astrid, que la gente que hacía intención de ir a ver a Endrid y a Randi, se quedaban a reír con Knut, prefiriendo esto a ir a llorar con su hijos.

Un día, estando Astrid en casa de su nuera, notó la soledad en que vivía la pequeña Mildrid: parecía que la madre apenas se atrevía a acercarse a ella, y cuando poco después llegó Endrid, observó en él la misma reserva triste hacia su propia y única hija. Calló lo que pensaba; pero cuando regresó a su pequeña granja, contó a Knut lo que ocurría en Inigvold, y añadió:

—Nuestro sitio está en Inigvold, porque Mildrid necesita que haya alguien que se atreva a quererla; ¡tan bonita y tan graciosa como es!

Knut se contagió con el deseo de Astrid, y los dos viejos arreglaron todo y se marcharon a vivir otra vez a Inigvold.

Desde entonces Mildrid estaba mucho con sus abuelos, y éstos enseñaron a sus padres a quererla.

Cuando tenía Mildrid cinco años, Randi dió a luz otra niña que se llamó Beret, y después de

esto, Mildrid vivía casi siempre con sus abuelos. Los padres, siempre preocupados con lo pasado, empezaron a pensar que aún podría la vida serles agradable, y un cambio en la actitud de la gente hacia ellos, les ayudó. Después de la muerte del segundo hijo, aunque con frecuencia había en sus rostros huellas de lágrimas, nadie les había visto llorar. Sus penas eran calladas. En Inigvold no cambiaban ya de criados ni de otros trabajadores; esto era un resultado de la vida llena de paz y temor de Dios que allí se hacía, y sólo se oían alabanzas de los dueños. Ellos mismos se enteraron de todo esto y adquirieron una sensación de tranquila seguridad. Parientes y amigos empezaron de nuevo a visitarles y continuaron haciéndolo, aunque ellos no devolvían las visitas. No habían ido a la iglesia desde el terrible día de su boda; comulgaban en casa y allí mismo se celebraban los oficios religiosos. Pero cuando nació la segunda hija, deseaban tanto ser ellos los padrinos de la recién nacida, que se decidieron a hacer un esfuerzo. Y fueron a la iglesia. Detuviéronse junto a las tumbas de sus hijos y pasaron al lado de la de Ole Hangen sin pronunciar palabra ni hacer un movimiento.

Todo el mundo les respetaba; pero ellos continuaron muy reservados, y la casa estaba llena de un ambiente de paz piadosa.

Un día estaba en las habitaciones de su abuela la pequeña Mildrid, y de pronto empezó a cantar la *Marcha nupcial*. La vieja Astrid paró en su

labor, asustada, y preguntó cómo había aprendido aquello.

La niña contestó:

—Oyédotela a ti, abuela.

Knut, que estaba allí, rió con toda su alma, porque sabía que Astrid tenía la costumbre de canturrear la *Marcha* mientras trabajaba. Pero ambos viejos dijeron a la niña que no debía cantarla jamás estando sus padres presentes.

Y como era natural, porque era una niña, preguntó Mildrid:

—¿Por qué?

Pero ellos no contestaron a esta pregunta.

Una noche oyó que un zagal, nuevo en la granja, cantaba la *Marcha* mientras cortaba leña. Se lo dijo a su abuelo, que también lo había oído, y que sólo dijo:

—No se hará viejo en Inigvold.

Y efectivamente: el zagal se marchó al día siguiente. No se le dió ninguna explicación: recibió su salario y fué despedido.

Mildrid estaba tan intrigada con todo esto, que la abuela tuvo al fin que contarla la historia de la *Marcha nupcial*. La pequeña Mildrid, la niña de ocho años, comprendiólo casi todo perfectamente, y lo poco de que entonces no se dió entera cuenta fué por ella comprendido más tarde. Y la historia de la *Marcha nupcial* tuvo sobre su niñez, y más que nada sobre su conducta respecto de sus padres, una influencia que ninguna otra cosa tuvo jamás.

Siempre había observado que gustaba mucho a sus padres la tranquilidad y la quietud, y no la fué difícil darles gusto en esto. Eran tan buenos para ella y tanto y tan dulcemente la hablaban del amigo de los niños que está en el cielo, que su conducta fué el encanto de la casa.

La historia de la *Marcha nupcial* la impresionó profundamente y se dió cuenta exacta de todo lo que sus padres habían pasado. Evitó cuidadosamente recordarles cosas penosas, y les demostró su tierno afecto, compartiendo con ellos su amor a Dios y a la verdad, su tranquilidad y su laboriosidad, enseñando a Beret a hacer lo mismo.

Pero la vida en casa de sus abuelos era distinta de la seguida en casa de sus padres; lo que aquí era necesario reprimir, allí se manifestaba libremente, y había cantos, bailes, juegos y cuentos. Y de este modo la niñez de ambas hermanas transcurrió entre la vida junto a sus padres melancólicos, en la casa silenciosa, y la vida alegre y animada que hacían junto a los viejos. Y eran los padres quienes las enviaban a la casa de los abuelos para divertirse, y luego eran los abuelos los que las mandaban regresar a casa y procurar ser «buenas niñas».

Cuando una joven entre doce y diez y seis años da toda su confianza a una hermana que sólo tenga de siete a once, será objeto por parte de ésta de una gran adhesión; pero es probable que la pequeña llegue a tener una madurez de espíritu impropia de sus años. Así sucedió con Beret. Mil-

drid, en cambio, ganó la consideración de su hermana menor, cariñosa y precavida. Sus padres y sus abuelos eran completamente felices con ellas.

No hay nada que contar hasta que Mildrid entró en su décimoquinto año. Fué entonces cuando el viejo Knut murió de repente. Poco tiempo transcurrió entre el momento en que bromeaba, fumando sentado en su silla, y aquel otro en que estaba ya en su ataúd. Desde entonces el mayor placer de Astrid era que Mildrid estuviese sentada a sus pies, como cuando era pequeña, y contarla anécdotas de Knut o hacerla entonar la *Marcha nupcial*. Mientras Astrid la escuchaba, veía las facciones morenas y bellas de Knut en su juventud, cuando ella le seguía a la montaña, donde él tocaba con su trompa de zagal la *Marcha nupcial*. Se veía ella misma, a su lado, dirigiéndose a la iglesia; la alegría y la vivacidad de Knut revivían para ella.

En el alma de Mildrid, por el contrario, surgió un nuevo sentimiento. Mientras a los pies de su abuela cantaba la *Marcha nupcial*, se preguntaba:

—¿La tocarán algún día para mí?

Este pensamiento ganó intensidad. La *Marcha nupcial* la hablaba de tanta felicidad, que veía la diadema de desposada brillante de luz, y un futuro esplendente más allá.

—¡Diez y seis años! —pensaba—. ¿Habrá alguien sentado a mi lado alguna vez cantando la *Marcha nupcial*, brillantes sus ojos de felicidad? ¡Si algún día mi padre y mi madre me acompañan-

ran en un cortejo de bodas, entre gentes que nos saludaran a un lado y a otro, hasta la misma casa en que se burlaron de mi madre, y después pasáramos por la tumba cubierta de flores de Ole Hangen, hasta el altar, radiantes todos de dicha! ¡Si yo pudiera dar a mis padres ese consuelo!

Y su corazón de niña se hinchaba, imaginando todo esto, de ternura y devoción hacia aquellos padres tan queridos y que habían sufrido tanto.

Estos fueron los primeros pensamientos que no confió a Beret. Y bien pronto fueron otros más. Beret, que ya tenía once años, notó que la dejaba más sola que antes, pero no comprendió por qué poco a poco iba quedando excluida de las confidencias de Mildrid, hasta que vio que otra había ocupado su lugar. Ésta era Ingar, de una granja vecina, muchacha de diez y ocho años, prima de ambas hermanas y prometida desde hacía poco. Cuando Mildrid e Ingar andaban por los campos, secreteándose y riendo, cogidas por el talle como acostumbra las muchachas, la pobre Beret se arrojaba al suelo, llorando de celos.

Cuando Mildrid se confirmó, conoció a otras muchachas de su edad, y algunas empezaron a ir a Inigvold los domingos. Mildrid las recibía fuera o en el cuarto de su abuela. Inigvold había sido siempre un lugar prohibido, y, por tanto, tenía para las jóvenes un misterioso atractivo. Aun ahora sólo acudían allí las dotadas de una tranquilidad y de un cierto carácter serio, porque no

se podía negar que en Mildrid había algo que no agradaba a todo el mundo.

En esta época estaban muy en boga la música y el canto entre los jóvenes del distrito.

Semejantes períodos de actividad del arte musical existen siempre en los pueblos y tienen sus directores. En aquel, donde una vez —aunque tal acaeciera hacía más de cien años— todo hombre y toda mujer buscaban y encontraban la expresión de sus sentimientos más íntimos e intensos en el canto y en la poesía, para su alivio y consuelo, el arte no perece jamás. Aunque no se manifieste, existe, dispuesto siempre a despertarse, en un momento determinado, a nueva vida.

En este distrito, sin embargo, desde tiempo inmemorial se habían hecho y cantado siempre canciones.

Ole Hangen no era lo que fué por pura casualidad, y ahora, el don que había poseído reapareció en uno de sus descendientes.

El hijo varón de Ole había sido mucho más joven que la hija que entró en la familia Inigvold, tanto, que ésta, ya casada, había sido la madrina de su hermano. Después de una vida llena de vicisitudes, este hijo, ya de avanzada edad, entró en posesión de la casa de su padre y de un pequeño trozo de tierra en la ladera de la montaña; hasta entonces no se había casado, y luego tuvo varios hijos, entre ellos uno llamado *Hans*, que parecía haber heredado las aptitudes de su abuelo; no precisamente por su modo de tocar el violín,

aunque también lo tocaba, sino cantando antiguas canciones admirablemente y componiendo él mismo otras nuevas. La gente las apreciaba en mucho, aprecio que aumentaba porque nadie le conocía y no eran muchos los que le habían visto siquiera.

Su padre había sido cazador; mientras los hijos eran pequeños, les llevaba consigo al monte y les enseñó a cargar y apuntar la escopeta, y nunca olvidaron el contento que experimentaban cuando ganaban con lo que cazaban lo suficiente para pólvora y perdigones.

El viejo no vivió mucho tiempo después de esto y la madre murió también; y entonces aquellos chiquillos tuvieron que arreglárselas solos ellos mismos. Y no les fué mal. Los varones cazaban y las hembras cuidaban la pequeña granja de la ladera del monte. Cuando cualquiera de ellos bajaba al valle, la gente volvíase a mirarles porque iban muy pocas veces: tan largo y malo era el camino. En Invierno venían a vender el fruto de sus cacerías. En Verano se ocupaban de los forasteros; porque aquel pequeño trozo de tierra, que constituía la propiedad de los hermanos, era el punto más alto del distrito, y llegó a ser famoso por los aires puros de la montaña que allí se respiraban y que curaban a los enfermos del pecho o de los nervios mejor que todas las medicinas hasta ahora descubiertas. Todos los veranos hospedaba en su pequeña casa a gente que subía desde la ciudad vecina y que venía hasta del

extranjero. Añadieron varias habitaciones a las que ya tenía la casa, y, sin embargo, siempre estaba ésta llena. Y así, los hermanos, después de ser muy pobres, llegaron a tener bastante prosperidad. El trato con tanto forastero les diferenció un poco de los campesinos, y hasta llegaron a hablar algo de las lenguas extranjeras.

Hans, en este momento de nuestra historia, tenía veintisiete años. Unos antes, había comprado a sus hermanos las partes que les correspondían, y así, todo era suyo. Ninguno de la familia había puesto jamás los pies en Inigvold. A Endrid y a Randi, aunque jamás lo habían manifestado, les disgustaba tanto oír el nombre de Hangen como la *Marcha nupcial*.

Esto había llegado a conocimiento del hijo de Ole, y éste, a su vez, lo participó a sus hijos. Hans, por tanto, prohibió a todos sus hermanos que entrasen en aquella casa.

Pero las niñas de Inigvold, que adoraban el canto, deseaban conocer a Hans, y cuando se reunían con sus amigas hablaban más de Hangen que de otra cosa. Las canciones y las melodías de Hans fueron aprendidas, cantadas y bailadas, y no cesaban de intrigar para hallar el modo de conocer al joven granjero de Hangen.

Después de esto fué cuando Mildrid recibió la Confirmación. Un poco antes y un poco después de esta fecha hubo una tranquila pausa en la vida de las muchachas. Mildrid tenía diez y siete años y pasó el Otoño casi sola con sus padres. En Pri-

mavera, o mejor dicho, en el Verano, iría, como las otras muchachas hacían después de confirmarse, a los pastos para cuidar el ganado. Esta idea la encantaba, sobre todo porque su amiga Ingar estaría también en los suyos vecinos. Y el anhelo porque llegara aquella fecha fué, al fin, tan fuerte, que apenas tenía sosiego en su casa, y Beret, que había de acompañarla, se puso inquieta también.

Cuando se instalaron en los pastos, Beret se entregó completamente a aquella nueva y extraña vida; pero Mildrid continuaba sin sosiego. A ratos estaba muy ocupada con el ganado y la leche; pero durante largas horas no sabía qué hacer. Ingar venía algunas veces y la alegraba oír la contar cosas de su prometido; pero ella no tenía ganas de ir junto a su amiga. Cuando Ingar venía, Mildrid estaba cariñosa, como si quisiera desagraviarla. Pocas veces hablaba con Beret, y a menudo, cuando Beret la hablaba, la contestaba simplemente sí o no. Cuando Ingar venía, Beret se marchaba, y cuando alguna vez Mildrid iba a ver a Ingar, Beret también se marchaba llorando a donde estaban las vacas, buscando la compañía de los zagales.

A Mildrid la parecía que en todo esto había algo que no estaba bien; pero a pesar de darse cuenta de ello, no podía arreglarlo.

Un día estaba sentada cerca de los pastos guardando las cabras y los borregos, porque uno de los zagales no había venido y ella tenía que sustituirle en el trabajo. Era el mediodía de uno

muy caluroso. Hallábase a la sombra, en la falda de una colina llena de abetos y maleza. Se había quitado su chaqueta y tomado su labor, esperando a Ingar. De pronto sintió que algo se movía tras ella entre la maleza.

—Ahí viene —pensó, y miró hacia arriba; pero el ruido era más grande que el que Ingar podía hacer, y parecía como si estuviesen rompiendo las ramas.

Mildrid, pálida, se levantó y vió algo peludo con un par de ojos brillantes.

—Debe ser un oso —pensó. Quiso gritar y no lo consiguió. Quiso huir y no pudo hacer un movimiento. Entonces aquello se puso de pie. Era un hombre, alto, de hombros anchos, con una gorra de piel en la cabeza y una escopeta en la mano. Se detuvo allí mismo entre las matas y la miró durante uno o dos segundos. Luego avanzó unos pasos, dió un salto y se detuvo junto a Mildrid. Algo se movía a sus pies y la hizo dar un grito. Era un perro, que ella no había visto.

—¡Dios mío! ¡Cree que era un oso —dijo ella—, y me he llevado un susto horrible!—. Y procuró reír.

—Bien pudiera haberlo sido —contestó el hombre—. Kbas y yo estamos siguiendo el rasto de uno; pero lo hemos perdido. Y si yo tengo un *vardöger* (1) es, seguramente, un oso.

(1) La vieja superstición de que cada hombre va seguido por un *vardöger* (animal invisible) que se le parece en carácter, es muy corriente entre los campesinos.

Mildrid le miró. ¿Quién podrá ser? Alto, de anchos hombros, ligero y ágil y de mirada inquieta; tanto, que ella no pudo ver cómo eran sus ojos.

Estaba muy cerca de él, precisamente en el sitio donde se le había aparecido con el perro y la escopeta. Tenía deseos de decirle: «Márchese usted»; pero en vez de esto, dió un paso atrás y preguntó:

—¿Quién es usted? —Y estaba verdaderamente asustada.

—Hans Hangen —contestó él un poco distraído, porque estaba observando al perro, que parecía haber hallado nuevamente el rastro del oso. Iba a añadir: «Adiós»; pero al mirarla, ella tenía mejillas, cuello y pecho enrojecidos.

—¿Qué pasa? —preguntó asombrado.

Mildrid no sabía ni qué hacer, ni a dónde ir; si correr, o sentarse.

—¿Quién es usted? —preguntó Hans entonces.

De nuevo enrojció. Decirle el nombre era decirlo todo.

—¿Quién es usted? —repitió Hans, como si la pregunta fuese la más natural y debiera tener contestación.

Y Mildrid no podía negársela, aunque la diera vergüenza por sí misma y por sus padres, que habían abandonado a sus propios parientes. Tenía que decirle el nombre.

—Mildrid Inigvold —murmuró, y rompió a llorar.

En verdad, la gente de Inigvold le había dado —pensaba Hans— pocos motivos para quererles, y por su propia voluntad jamás hubiera hablado a ninguno de ellos; pero nunca había previsto esto, y miró a la muchacha asombrado. Y recordó la historia de la madre llorando así en la iglesia, el día de la boda.

—Tal vez es cosa de familia ese llanto —pensó Hans, y se dispuso a marchar.

—Perdón por haberla asustado —dijo, y avanzó, detrás del perro, por la colina.

Ella, poco después, se atrevió a alzar la vista. Hans había llegado a la cumbre, y desde allí se volvió a mirarla. Pero fué sólo un instante, porque casi en seguida el perro ladró al otro lado, y Hans, sobresaltado, empuñó la escopeta ya preparada y desapareció rápidamente.

Mildrid miraba aún hacia la cima donde él se había detenido, cuando sonó un tiro y se asustó.

—¿Sería el oso? ¿Tan cerca de ella estaba?

Subió corriendo hasta llegar a la cima y allí se paró, mirando al otro lado, protegiéndose los ojos con la mano.

Allí estaba, medio oculto tras unas matas, arrodillado junto a un enorme oso. Sin darse cuenta de lo que hacía, Mildrid fué hacia él y se arrodilló a su lado. Hans sonrió y la explicó que el perro había perdido el rastro y no lo había encontrado de nuevo hasta que casi estaba el oso encima de ellos.

Ella había olvidado las lágrimas y la timidez

de antes y él sacó una navaja para despellejar allí mismo al animal muerto. La carne no valía nada en aquella época: la enterraría y guardaría sólo la piel. Mildrid lo sujetaba y él iba arrancando la piel.

Luego Mildrid corrió a los pastos en busca de un hacha y de una pala, y aunque aún tenía miedo al oso, que olía mal, siguió ayudando a Hans hasta que acabó la tarea.

Ya habían dado las doce y Hans se invitó a comer.

Volvieron. Él se lavó y lavó la piel, lo que no le dió poco trabajo, y luego entró y se sentó junto a ella mientras preparaba la comida. Hablaron de varias cosas, con esa voz baja que parece natural a las personas que casi siempre están solas. Mildrid contestaba lo más lacónicamente posible, y cuando se sentó a la mesa frente a él, no podía ni hablar ni comer. Y durante la comida hubo muchos ratos de silencio, porque Hans también estaba ahora más quieto. Cuando terminaron de comer, dió media vuelta en la silla y encendió la pipa; luego se levantó.

—Tengo que irme —dijo, tendiendo la mano—. Está muy lejos de aquí mi casa. —Y añadió, con voz aún más baja—: ¿Se sienta usted todos los días donde estaba hoy?

Retuvo su mano, aguardando respuesta; pero Mildrid no se atrevió a alzar la vista y menos a hablarle.

Entonces él la apretó la mano.

—Adiós, y gracias —dijo, en voz más alta. Y antes que ella se recobrara, marchó.

Mildrid le vió con la piel del oso sobre el hombro, la escopeta en una mano y el perro a su lado, alejándose con grandes pasos sobre el brezo. Había un desnivel en la colina y le vió claramente cuando llegó a la parte más elevada, destacándose su figura sobre el cielo, y con aquel paso firme y ligero que le separaba de ella.

Siguióle con la vista hasta que desapareció, y luego se sentó mirando siempre en aquella misma dirección. Entonces se dió cuenta de que el corazón le palpitaba tan violentamente, que había tenido que oprimirse el pecho con ambas manos. Poco después se arrojó al suelo, sobre la hierba, apoyando la cabeza en un brazo, y empezó a repasar cuidadosamente los incidentes del día.

Vió a Hans ponerse de pie entre los arbustos, fuerte y ágil, y llegar junto a ella, mirando en torno un poco inquieto. Recordaba, hasta sentirlo todo de nuevo, el aturdimiento, el miedo y las lágrimas de vergüenza que había derramado. Le volvió a ver en la altura, oyó el tiro de nuevo, y de nuevo se vió arrodillada junto a él, ayudándole a despellejar el oso; oyó una vez más sus palabras, pronunciadas con aquella voz baja que parecía tan amistosa, y que ahora al pensar en ella la llegaba al corazón. Oía su conversación cuando estaba sentado junto a la chimenea mientras ella guisaba, y luego, en la mesa, frente a ella. Sentía otra vez aquella sensación que la impedía mirarle a la

cara y que al fin le produjo, a él también, un cierto malestar, porque se quedó silencioso. Y después tornaba a escuchar sus palabras cuando tomó su mano. Y sentía el apretón, lo sentía ahora en todo el cuerpo; y después le vió marcharse a través del brezo, lejos, muy lejos... ¿Volvería? Imposible, después que ella se había portado de aquella manera. ¡Qué fuerte y decidido e independiente cuanto había visto en él, y qué estúpido y miserable lo que Hans había visto en ella! Todo, desde su primer grito de terror cuando vió el perro a sus pies, hasta su vergüenza y sus lágrimas, desde la ayuda torpe que le prestó cuando despellejaba al oso, hasta su lentitud preparando la comida. ¡Y pensar que no pudo pronunciar una palabra cuando él la miraba, ni siquiera supo decir que no cuando preguntó si se sentaba en la falda de la colina todos los días, porque ella no se sentaba allí todos los días! ¿No habría interpretado su silencio como una invitación para venir y ver? ¿No habría comprendido mal su torpeza estúpida? ¡Qué vergüenza sentía ahora!

Estaba febril pensando en todo esto, y hundió la cara, que ardía, entre la hierba. Entonces volvió a representársela lo sucedido, con todas las excelencias por parte de él y todas las faltas en la conducta de ella; y de nuevo la vergüenza la agobió.

Allí permaneció hasta que el sonido de los cerros le anunció que el ganado volvía a casa. Levantóse entonces de un salto y se puso a trabajar.

Beret vió, en cuanto llegó, que algo había sucedido. Mildrid hizo preguntas tan estúpidas, contestó cosas tan absurdas y se portó en todo de un modo tan extraño, que Beret se dedicó a observarla en varias ocasiones. Cuando llegó la hora de la cena, Mildrid, en vez de ocupar su sitio en la mesa, salió y sentóse fuera, diciendo que ya había comido. Beret estaba tan alerta como un perro que huele la caza cerca. Cenó y se acostó.

Ambas hermanas dormían en la misma cama, y como Mildrid no se acostaba, Beret se levantó varias veces calladamente para ver si su hermana seguía allí, y sola... Sí, allí estaba aún, y sola... Las once, luego las doce y la una, y todavía Mildrid estaba sentada fuera y Beret despierta. Intentaba dormir cuando Mildrid entró, muy suavemente. Pero Beret la oyó sollozar, y cuando ya se había acostado, la oyó rezar muy tristemente, y luego murmurar un «¡Dios mío, ayúdame, ayúdame!», de modo tal, que comprendió se sentía desgraciada, y entonces tampoco pudo dormirse. Sintió que Mildrid cambiaba de postura, intranquila. Notó que desistía de dormir y que echaba a un lado la ropa, quedándose con los ojos muy abiertos, las manos cruzadas bajo la cabeza, mirando al espacio. Y no vió ni oyó nada más, porque al fin se quedó dormida.

Cuando despertó, el sitio de Mildrid estaba vacío. Beret saltó de la cama. El sol estaba ya bastante alto y el ganado había salido hacía ya mucho tiempo. Encontró su desayuno preparado; tomólo

de prisa y salió. Mildrid estaba trabajando y tenía muy mala cara. Beret dijo que iba de prisa tras el ganado, y su hermana calló, pero la miró con algo de agradecimiento. La pequeña se detuvo un momento pensativa, y después partió.

Mildrid miró en torno... Sí, estaba sola. Guardó de prisa todos los platos, dejando lo demás tal y como estaba. Luego se lavó y cambió de vestido, tomó su labor y se fué hacia la colina. El nuevo día no la había traído nuevas fuerzas, pues ni había comido ni dormido durante aquellas veinticuatro horas últimas.

Andaba como en sueños y no veía bien. Así llegó al lugar en que se había sentado el día anterior. Apenas se hubo sentado, pensó: «Si viene y me encuentra aquí, creará...» Se levantó mecánicamente y vió al perro arriba en la cumbre, que se quedó mirándola, y luego vino hasta ella, meneando el rabo. De pronto la pareció que el corazón no la latía ya. Allí, allí estaba, con la escopeta brillando al sol... Hoy había venido por otro camino. Sonrió al verla, descendió y se detuvo a su lado.

Mildrid, al verle, dió un pequeño grito y se dejó caer otra vez sobre la hierba. Seguir en pie era más de lo que sus fuerzas la permitían. Dejó caer la labor y se cubrió la cara con las manos.

Hans no dijo ni una palabra. Se sentó también junto a ella y la miró. El perro se echó enfrente, poniendo fija la mirada en su amo. Mildrid tenía la sensación de que, aunque había vuelto comple-

tamente la cabeza, Hans seguía viendo sus ojos, sus mejillas encendidas por el rubor, toda su cara.

Le sintió respirar de prisa y creyó percibir sobre su mano el aliento de él. No quería que hablara, y al mismo tiempo aquel silencio la parecía horrible. Sabía que Hans comprendería por qué estaba allí ella, y al pensar esto sentía una vergüenza que nadie, seguramente, había sentido... Pero tampoco estaba bien que él hubiera venido... Y peor era que estuviera sentado allí, a su lado... Entonces sintió que la tomaban una mano y luego la otra, apretándoselas suavemente, de modo que tuvo que volverse un poco. La atrajo hacia sí con suavidad, pero con decisión, hasta que la puso a su lado, la cabeza apoyada en su hombro. Mildrid sentíase acariciar el pelo, pero no se atrevió a alzar la vista. De repente rompió a llorar violentamente al pensar en su vergonzosa conducta.

—Llora si quieres... Pero yo reiré, porque lo que nos ha pasado es cosa de risa y de lágrimas a un tiempo.

Su voz temblaba, e inclinándose aún más sobre ella, murmuró a su oído que cuanto más se separaba de ella el día antes, más cerca le parecía estar. Aquella sensación se había adueñado de su ser tan por completo, que al llegar a la pequeña cabaña donde vivía acompañando a un oficial alemán que allí descansaba de las fatigas de la guerra, dejó sólo a su huésped y se marchó, vagando sin rumbo por el monte. En aquellas alturas había pasado la noche, unas veces sentado y otras yen-

do de un lado para otro. Volvió a su casa para tomar el desayuno, y en seguida había salido de nuevo. Tenía ya veintiocho años; no era, pues, ningún niño, y sentía que aquella muchacha había de ser suya, o que, de lo contrario, sería muy desgraciado. Había emprendido el camino hacia el sitio del encuentro del día anterior, pensando que ella no estaría allí... Pero, al verla, había decidido arriesgarlo todo... Y cuando se había dado cuenta de que ella sentía también lo que él, «pues entonces...» Y la levantó cariñosamente. Mirábala con ojos tan brillantes, que ella no podía apartar su mirada. Ruborizóse otra vez y bajó la cabeza. Él continuó hablando en voz baja, casi cuchicheando. El sol brillaba a través de las copas de los árboles. Los abetos temblaban al soplo de la brisa, y los pájaros mezclaban su canto al ruido del arroyuelo, que se deslizaba sobre su lecho de piedrecillas.

¿Cuánto tiempo estuvieron así? Ninguno lo sabía cuando el perro les asustó. Hasta entonces el animal había hecho varias excursiones, y de ellas volvía siempre para tornar a echarse junto a su dueño; pero ahora corrió hacia abajo, ladrando. Mildrid y Hans se levantaron de un salto y escucharon un rato, pero nadie apareció. Entonces se miraron otra vez, y Hans la levantó en sus brazos. Desde su niñez no se había sentido levantar así, y en ello había algo que la dejó indefensa. Él la miraba con la felicidad pintada en su cara, y ella entonces se inclinó, abrazándose a su cuello. Él

era su alma, su fuerza, su futuro, su felicidad, su vida entera. No resistía más.

No hablaron nada. Él la sujetaba y ella se asía bien al cuello de Hans, que la llevó al sitio del encuentro y la sentó sobre sus rodillas. Ella no se desasíó, sino que inclinó más la cabeza para esconder la cara. Él iba a obligarla a que le mirase, cuando justamente entonces alguien dijo con asombro:

—¡Mildrid!

Era Ingar, que había subido siguiendo al perro. Mildrid se puso en pie de un salto. Miró un instante a su amiga y luego avanzó hacia ella, abrazándola por el cuello y dejando caer la cabeza sobre su hombro. Ingar abrazó por el talle a Mildrid.

—¿Quién es? —murmuró. Y Mildrid la sentía temblar, pero no contestó.

Ingar sabía muy bien quién era aquel hombre, pero no podía creer a sus propios ojos. Entonces Hans avanzó lentamente.

—Yo creí que usted me conocía —dijo—. Yo soy Hans Hangen.

Cuando Mildrid oyó aquella voz, alzó la cabeza y le miró. Él extendió la mano, que ella tomó, mirando después a Ingar, roja por el rubor y la alegría a un mismo tiempo.

Entonces Hans recogió la escopeta, y dirigiéndose a Mildrid, dijo:

—Adiós. Puedes estar segura de que volveré pronto.

Las dos muchachas le acompañaron hasta los pastos y le vieron partir, a través del brezo, envuelto en la luz del sol, como el día antes había visto Mildrid. Le siguieron con la vista mientras podían verle. Mildrid se apoyaba en Ingar y no la dejaba irse. Ingar sentía que Mildrid no quería que se moviera ni que hablara. De vez en cuando una u otra murmuraban:

—Ahora vuelve la cabeza...

Cuando al fin se perdió de vista, Mildrid dijo a Ingar:

—No me preguntes, porque no puedo contarte nada.

Ingar la abrazó y después marcharon hacia la casa. Allí recordó Mildrid que había dejado todo el trabajo sin hacer. Ingar la ayudó, y, mientras tanto, hablaron poco y siempre relacionado con el trabajo. Solamente una vez Mildrid se detuvo en su tarea y exclamó:

—¡Qué guapo es!, ¿verdad?

Preparó comida para ella y comió poco, aunque sentía necesidad de alimento y de sueño. Ingar se marchó tan pronto como pudo porque comprendió que Mildrid prefería estar sola. Ésta entonces se echó sobre la cama. Y estaba medio dormida ya, pensando en los sucesos de la mañana, recordando las palabras más agradables que Hans la había dicho, cuando se la ocurrió preguntarse lo que ella había contestado... Ella no había hablado ni una sola palabra durante todo el encuentro. Se incorporó en la cama y se dijo:

—No iría muy lejos cuando haya caído en la cuenta de esto; y... ¿qué habrá pensado? Debe creerme un sér sin voluntad que vive como en sueños. ¿Cómo puede seguir queriéndome? Solamente después de marcharse descubrió ayer que me quería... Y hoy, ¿qué descubrirá? —se preguntaba, sintiendo un escalofrío de temor.

Se levantó, salió y se sentó allí mismo donde el día anterior estuvo sentada tanto tiempo.

Mildrid se había acostumbrado a pedirse a sí misma cuenta de su conducta, porque las circunstancias la habían obligado a proceder siempre con mucho cuidado. Al repasar lo sucedido aquellos dos días la asaltó con mucha fuerza la idea de que se había portado sin tacto, sin prudencia, sin recato. Nunca había oído ni leído nada análogo. Examinaba sus actos desde el punto de vista de los campesinos, y nadie juzga tales hechos con más rigidez que ellos. Es conveniente dominar los sentimientos; es honrado tardar en demostrarlos; y ella, que había procedido así toda su vida y que por esto era respetada por todos, se había, en un día, entregado a un hombre a quien antes no había visto siquiera... Él mismo debía ser el primero en despreciarla... El hecho de que no se atreviera a contar a Ingar lo sucedido, demostraba lo mal hecho que estaba todo aquello.

Con los primeros sonidos de los cencerros en la lejanía llegó Beret, que encontró a su hermana sentada en la banqueta, frente a la casa, medio muerta de cansancio. Beret se detuvo frente a ella

hasta que la obligó a alzar la cabeza y mirarla.

Mildrid tenía rojos los ojos de llorar y su expresión era de sufrimiento; pero se cambió en sorpresa cuando vió la cara de Beret, que revelaba una gran excitación.

—Pero ¿qué te pasa? — exclamó.

—Nada —contestó Beret, que continuaba parada, mirando fijamente a su hermana, la cual, al fin, tuvo que apartar su vista, levantándose para ir a encerrar las vacas.

Las hermanas no volvieron a reunirse hasta la hora de la cena, sentadas una frente a la otra. Mildrid no comió sino dos o tres bocados. Miraba distraídamente a los demás, y más frecuentemente a su hermana, que comía sin parar, como un perro hambriento.

—¿No has comido nada hoy? —preguntóle.

—No —contestó Beret; y siguió comiendo.

Luego Mildrid habló otra vez:

—¿Entonces no has estado con el ganado?

—No —dijeron Beret y los dos zagales.

Delante de ellos Mildrid no quiso preguntar más.

Asaltáronla de nuevo las ideas pesimistas, y ahora además la de que ella no era capaz de cuidar a Beret. Esto fué un reproche más que se hizo a sí misma durante aquel largo crepúsculo de Verano, sentada en la banqueta junto a la puerta, hasta que las nubes cambiaron su color carmín por un gris frío, sin lograr la paz ni sentir deseos de dormir. Jamás se había sentido tan des-

graciada. ¡Cómo rezaba! Se paraba y volvía a empezar, repitiendo las oraciones antiguas e inventando otras nuevas.

Por fin, completamente rendida, sin fuerzas, se acostó. Una vez más procuró reunir sus pensamientos para una lucha final, haciéndose la pregunta terrible: «¿Debo dejarle, o no?...» Pero no la quedaban fuerzas sino para decir, una vez tras otra: «¡Oh, Dios mío! ¡Socórreme! ¡Ayúdame!...»

Así estuvo durante un largo rato. De repente se asustó tanto, que dió un gran grito. Beret estaba de rodillas sobre la cama, mirándola con ojos brillantes, encendida la cara y la respiración jadeante, mostrando un terrible estado de excitación.

—¿Quién es? —decía Beret, casi amenazando.

Mildrid, aniquilada por su propia tortura, no pudo contestar; empezó a llorar.

—¿Quién es? —repetía Beret, acercando más su rostro a Mildrid.— No lo ocultes más tiempo... Te he estado espiando hoy y lo he visto todo...

Mildrid alzó los brazos como para defenderse; pero Beret los rechazó con fuerza, mirándola fijamente a los ojos y repitiendo una vez más:

—¿Quién es?

—¡Beret! ¡Beret! —susurró Mildrid—. ¿Me he portado yo tan mal contigo para que tú ahora seas tan cruel?

Entonces Beret, movida a compasión por las lágrimas, soltó los brazos de su hermana; pero su respiración agitada mostraba aún su excitación.

—¿Es Hans Hangen? —preguntó.

Hubo un momento en que ambas suspendieron el aliento. Después Mildrid murmuró:

—Sí.

Y rompió a llorar de nuevo. Beret la hizo bajar los brazos una vez más: quería verla la cara.

—¿Por qué no me lo dijiste? —la preguntó con vehemencia.

—Ni yo misma lo sabía... Nunca le vi hasta ayer, y tan pronto como le vi, le quise y se lo demostré... Y eso es lo que me hace desgraciada, tan desgraciada, que creo que me moriré.

—¡Nunca le viste hasta ayer!... —dijo Beret asombrada, casi sin creerlo.

—Nunca en mi vida —replicó Mildrid—. ¿No es vergonzoso, Beret?

Pero Beret echó los brazos al cuello de su hermana y la besó muchas veces.

—¡Querida Mildrid, me alegro, me alegro mucho!... —dijo, radiante de alegría—. Me alegro mucho..., mucho...—repetía besándola; y añadió—: Ya verás, Mildrid, cómo puedo guardar un secreto.

La estrechó contra su pecho y luego se separó con un poco de tristeza, diciendo:

—¡Y pensaste que yo no podría guardarlo! ¡Oh, Mildrid!

Y ahora fué Beret la que lloró.

—¿Por qué me has rechazado?... Has puesto a Ingar en mi lugar... Me has hecho muy desgraciada, Mildrid... ¡Tú no sabes cuánto te quiero!

Se abrazaron; entonces Mildrid besó a Beret y

la dijo que lo había hecho sin pensar, pero que no volvería a pasar, y que siempre la contaría todo, ¡porque era tan buena y leal...!

Las dos hermanas permanecieron un rato abrazadas. Luego Beret se incorporó otra vez. Quería ver la cara de su hermana a la luz de la noche estival, que poco a poco se teñía de rojo por la aurora que avanzaba.

Entonces exclamó:

—¡Qué guapo es! ¿Cómo vino? ¿Cuándo le viste por primera vez? ¿Qué te dijo?... Cuéntamelo todo.

Y Mildrid contó, saliendo a torrentes las palabras de su boca, todo lo que hacía unas horas la parecía que no podría nunca contar a nadie. A veces la interrumpía Beret abrazándola. Luego continuaba y parecía a ella misma la historia una leyenda de la selva... Rieron y lloraron y el sueño las abandonó por completo. El sol las encontró encantadas aún con aquel cuento maravilloso: Mildrid, acostada, descansando sobre un codo, hablando; y Beret, arrodillada junto a ella, abierta la boca, los ojos chispeantes, profiriendo de vez en cuando una exclamación de alegría.

Se levantaron y trabajaron juntas. Y cuando terminaron y, por apariencias, tomaron un poco de desayuno, se prepararon para ir al encuentro de Hans. Era seguro que vendría pronto. Se pusieron los mejores trajes y subieron a la montaña, al sitio donde había ocurrido todo. Beret enseñó a Mildrid su escondite del día anterior. El perro la había descubierto y hecho varias visitas.

El tiempo era aquel día hermoso también, aunque había algunas nubes en el cielo. Las hermanas tenían mucho que decirse hasta el momento en que llegara Hans. Beret fué varias veces a la cumbre para ver si venía, pero no había señales de él en todo lo que alcanzaba la vista. Luego empezaron a impacientarse, y Mildrid se excitó tanto, que Beret se asustó. Procuró calmarla diciendo que Hans no era dueño de su tiempo: que había dejado al oficial alemán, el cual dos días enteros había tenido que cazar, que pescar y que hacer la comida él solo, y que no se atrevía a dejarlo por tercera vez. Mildrid admitía la posibilidad de todo ello.

—¿Y qué crees tú que dirán a esto padre y madre? —preguntó Beret para distraer a su hermana.

Pero se arrepintió de su pregunta apenas la había formulado.

Mildrid se puso pálida y quedóse mirando fijamente a Beret, que también la miraba. A Beret la sorprendió que hasta entonces no hubiera Mildrid pensado en esto, y así se lo dijo.

Sí... Había pensado..., pero era algo muy lejano... El temor de lo que Hans Hangen pudiera pensar de ella, la vergüenza de su propia debilidad, la habían preocupado tanto, que no la había quedado tiempo para pensar en otra cosa... Pero ahora cambiaron las cosas de repente, y ya no podía pensar sino en sus padres. Beret intentó calmarla de nuevo. Cuando los padres vieran a Hans darían

a Mildrid la razón... Nunca la harían desgraciada... La abuela seguramente la ayudaría... Nadie podía decir nada contra Hans, y éste no la abandonaría nunca.

Mildrid oía todo esto sin comprenderlo, porque pensaba en otra cosa; y para tener tiempo de pensarlo mejor, dijo a Beret que fuera a preparar la comida, y Beret se marchó despacio, volviendo varias veces la cabeza.

Mildrid quería quedarse sola para decidir si iría inmediatamente a decirlo todo a sus padres. El problema se le presentaba terrible, en el estado de excitación y rendida como estaba. Le parecía un pecado volver a ver a Hans sin que lo supieran todo... Había hecho muy mal en comprometerse sin el consentimiento de ellos... Pero en cierto modo, todo había sucedido independientemente de su voluntad... Su deber era, sin embargo, ir y decirles todo en seguida.

Levantóse decidida. Sabía lo que tenía que hacer. Antes que Hans volviese, sus padres sabrían todo lo ocurrido...

—Eso es, eso es —repitió en voz alta, como si alguien la estuviera oyendo.

Bajó a la casa de prisa a comunicar a Beret lo que había decidido... Pero Beret no estaba allí...

—¡Beret!.. ¡Beret!... —llamó.

Y sólo respondían los ecos. Mildrid estaba ya muy excitada, pero con esto se asustó.

Los ojos grandes de Beret eran más grandes,

y cuando la preguntaba: «¿Qué crees tú que pensarán padre y madre de esto?», ella no habría ido a contarles lo que ocurría. Sin embargo, si lo hubiera hecho, sería precisamente conforme a su manera de ser, para dar consuelo a su hermana... Sí, seguramente era eso... Y si Beret llegaba a casa antes que ella, sus padres tendrían una impresión equivocada de todo.

Mildrid emprendió el camino que llevaba al valle. Andaba casi inconscientemente, cada vez más de prisa, con una creciente agitación, hasta que la cabeza empezó a darle vueltas y su respiración se hizo fatigosa. Entonces tuvo que sentarse para descansar. Pero no experimentó alivio con ello, y se vió obligada a tenderse, descansando la cabeza sobre el brazo y sintiéndose abandonada e incapaz de todo, traicionada, con buena intención, es cierto, pero traicionada al fin.

En seguida quedóse dormida. Durante dos días con sus noches apenas había dormido y comido, y no tenía una idea sobre el efecto de esto en el cerebro y en todo el cuerpo, siendo como era una niña que hasta entonces había dormido y comido regular y tranquilamente en su callada casa. Había comprendido algo de todo lo sucedido. Del rico tesoro de cariño que guardaba en su corazón, sólo había dado a sus padres, cariñosos y melancólicos, algo así como un cuidado afectuoso. En la casa de sus abuelos, donde había más alegría, el anhelo de otra cosa le había sobrevenido varias veces; pero tampoco allí había podido satisfacerlo.

Y así, cuando la Primavera en toda su plenitud se abrió sobre ella, quedó entre su lluvia de flores asustada y como acorralada. Atormentada por su conciencia inocente, la pobre niña había emprendido una carrera consigo misma, y había caído... Ahora dormía acariciada por el aire puro de las montañas...

Beret no había ido a su casa, sino que había partido en busca de Hans Hangen. Tenía que ir muy lejos, y la mayor parte del camino le era desconocido. Siguió primero el límite del bosque, y luego marchó más alto, a través de áridas planicies, no libres completamente de fieros animales, que ella sabía habíanse visto allí últimamente... Pero siguió adelante, porque era necesario que Hans viniese. Si no venía, estaba segura de que algo grave ocurriría con Mildrid.

A pesar de su preocupación por Mildrid, el corazón de Beret estaba alegre y ligero, y su marcha era alegre también y rápida. Tenía fijo el pensamiento en aquella aventura maravillosa, y no pensaba sino en Hans Hangen, lo único digno de su hermana Mildrid, merecedora de tener lo mejor de lo mejor. No era sorprendente que Mildrid se hubiese entregado a Hans en seguida, como tampoco tenía nada de particular que él se hubiese enamorado de ella inmediatamente. Si sus padres no comprendían aquello, había que dejar a los dos jóvenes que hiciesen lo que quisieran, y ambos darían la batalla como habían hecho sus abuelos y sus bisabuelos..., y empezó a cantar

la *Marcha nupcial*... Los sonidos se extendían por las alturas, resonaban lejos, y parecían desvanecerse entre las nubes.

Cuando llegó a la cumbre de la montaña que atravesaba, se detuvo y gritó: «¡Hurrah!» Desde allí veía el último trozo de tierra cultivada, abajo, en el valle, muy lejos, y por el otro lado el bosque, y más arriba el brezo, y más arriba aún, donde ella estaba, sólo peñascos y piedras planas. Saltó de piedra en piedra, ligeramente. Sabía que la cabaña de Hans estaba situada en la dirección de la montaña nevada, que sobresalía por encima de las otras... Le parecía que pronto estaría cerca de ella...

Para tener una mejor idea del terreno se subió a una piedra enorme, y desde allí vió un lago precisamente bajo sus pies... No sabía si aquello que había a su orilla era una piedra o una cabaña. Sabía que la cabaña de Hans estaba junto a un lago.

Sí... Aquélla debía ser la cabaña de Hans, porque llegó un bote movido a remo que daba la vuelta a un promontorio. En el bote había dos hombres, que serían, seguramente, Hans y el oficial alemán...

Descendió de la peña en que estaba subida y de nuevo emprendió la marcha. Pero lo que parecía tan cerca estaba, en realidad, muy lejos, y entonces corrió, corrió, excitada por la idea de encontrarse pronto con Hans Hangen.

Hans estaba sentado en el bote tranquilamente

con el alemán, ignorante de cuanto ocurría por su culpa. Jamás le había asustado nada ni había conocido el amor. Pero así que experimentó este sentimiento, no podía resistir hasta no solucionarlo todo. Y ahora, que ya estaba todo arreglado, componía una letra para la *Marcha nupcial*, sentado en el bote... No era muy poeta, pero compuso algo sobre la ida de ambos a la iglesia, y en cada estrofa recordaba el encuentro en el bosque. Silbaba y meditaba, sintiéndose completamente feliz, y mientras, el alemán pescaba tranquilamente, dejándole en paz.

Un grito llegó hasta ellos desde la ribera. Hans y el alemán barbudo miraron y vieron a una muchacha que les hacía señales con la mano. Cambiaron entre sí unas cuantas palabras y remaron hacia la orilla.

Ya allí, Hans saltó a tierra y ató el bote; sacó luego las escopetas, los abrigos y el pescado, las cañas y los anzuelos. El alemán fué hacia la cabaña, y Hans, sin soltar lo que llevaba, fué hacia Beret.

—¿Quién es usted? —preguntó amablemente.

—Yo soy Beret, la hermana de Mildrid —contestó ella ruborizándose.

Él también enrojeció, pero en seguida se puso pálido.

—¿Ocurre algo?

—No, nada... Pero tiene usted que venir. Mildrid no puede resistir la soledad.

Hans la miró un momento y luego se dirigió

hacia la cabaña. El alemán estaba fuera, colgando los aparatos de pesca. Hans colgó también lo suyo; hablaron un momento y luego entró. Desde que Beret había gritado llamando a Hans, los perros encerrados en la cabaña ladraban furiosamente. Cuando la puerta se abrió, se precipitaron fuera; pero unas voces severas, que los llamaban desde dentro, los contuvieron.

Hans tardó en salir. Habíase cambiado de traje y había cogido la escopeta. El perro venía con él. El alemán fué a hablarle y le estrechó la mano, como si se dijera adiós para mucho tiempo. Hans vino rápidamente hacia Beret.

—¿Puede usted andar de prisa? —preguntóle.

—Claro que puedo.

Y se marcharon. Ella iba casi corriendo; el perro, muy delante de los dos.

El recado de Beret había cambiado por completo la dirección de los pensamientos de Hans. No se le había ocurrido hasta entonces que Mildrid no tuviese como él, la misma segura y firme idea del amor que les unía. Pero ahora comprendía lo natural que era que Mildrid estuviese algo intranquila pensando en sus padres y alarmada por la rapidez con que todo había sucedido. Tan bien comprendía esto, que se asombraba de no haberlo pensado antes... Y continuaba andando.

Aun sobre él mismo, el encuentro con Mildrid y la violencia con que se había despertado aquel sentimiento, habían hecho una impresión extraor-

dinaria ¡Cómo habían de producirla sobre ella, casi una niña, sin saber nada de nada, y acostumbrada a la serena vida de la casa de sus padres! De pronto se encontraba navegando sobre el mar agitado de las pasiones... Y continuaba andando.

Mientras marchaba, perdido en estas reflexiones, Beret corría, casi junto a él, mirándole mientras le era posible hacerlo.

De cuando en cuando él percibía sus grandes ojos y sus mejillas inflamadas. Pero sus propios pensamientos ponían un velo ante la vista. Unas veces la veía confusamente y otras no la veía.

De pronto se volvió... Beret había quedado bastante atrás y andaba trabajosamente, con grandes esfuerzos. Había sido demasiado orgullosa ocultándole que no podía seguirle.

Hans se detuvo hasta que Beret le alcanzó, casi sin respiración, lacrimosos los ojos.

—¡Ah! Estoy andando demasiado de prisa —dijo. Y le dió la mano.

Beret jadeaba y no podía contestar.

—Vamos a sentarnos un poco —dijo Hans atrayéndola hacia sí—. Ven —y la hizo sentar cerca de él.

Ella se puso aún más roja, si esto era posible, y no le miró.

Respiraba con tanta fatiga, que parecía que se ahogaba.

—Tengo mucha sed —fué lo primero que pudo decir.

Hans se levantó y miró alrededor buscando

agua; pero no había por allí ningún arroyuelo.

—Tenemos que esperar hasta que lleguemos un poco más allá —dijo—. Y de todos modos no le conviene beber ahora.

De nuevo se sentaron, ella frente a él.

—He corrido durante todo el camino —dijo ella, como para disculparse, y luego añadió:

—Y no he cenado.

Y después de una nueva pausa, agregó:

—Ni tampoco he dormido anoche.

Y Hans entonces, en vez de expresar lástima hacia ella, dijo casi bruscamente:

—Entonces Mildrid no habrá dormido tampoco... Que no ha comido lo sé...

Y pensó un poco, continuando después:

—... Y desde hace bastante tiempo.

Se levantó.

—¿Puede usted seguir? —preguntó.

—Creo que sí.

Tomóla de la mano y empezaron de nuevo a andar con un paso tremendo. Pronto se dió Hans cuenta de que Beret no podía continuar. Entonces se quitó la chaqueta, se la dió a Beret y tomó a ésta en sus brazos para llevarla. Ella no quería; pero Hans aun así andaba fácilmente, y Beret, para sostenerse, se agarró al pañuelo que él llevaba al cuello, no atreviéndose a tocarle. Pronto dijo que ya había recobrado el aliento y podía correr. La puso en tierra, tomó su chaqueta, que colgó de la escopeta, y siguieron adelante.

Cuando encontraron un arroyo se detuvieron y

descansaron un poco antes beber. Cuando Beret se levantó, él la miró y la dijo amablemente:

—Eres muy buena.

La noche se acercaba cuando llegaron a los pastos. En vano buscaron a Mildrid allí y en el sitio del encuentro en la colina. Sus llamadas se perdieron a lo lejos sin respuesta, y cuando Hans notó que el perro husmeaba algo, se asustaron mucho. Corrieron y vieron que era el pequeño chal de Mildrid. Hans mandó al perro en busca de la dueña del chal. El perro marchó, y ellos detrás, atravesando la colina y bajando luego por el camino que conducía al valle.

¿Habrá ido a su casa?

Beret le contó su pregunta imprudente y las consecuencias que había tenido. Hans entonces dijo:

—Ya lo comprendo todo.

Beret entonces empezó a llorar.

—¿La seguiremos, o no? —preguntó Hans.

—Sí, sí... —insistió Beret—; pero era necesario ir primero al próximo pasto para pedir a los vecinos que alguien quedase al cuidado de las vacas.

Hablaban aún de esto, siguiendo siempre al perro, cuando vieron que el animal se detenía y miraba hacia atrás moviendo el rabo.

Corrieron hacia él; allí estaba Mildrid, tendida, la cabeza apoyada sobre el brazo, la cara medio escondida, entre el brezo. Acercáronse con mucho cuidado y el perro lamióla manos y mejillas. Ella se estiró y cambió de postura, pero siguió durmiendo.

—Dejémosla dormir —murmuró Hans—, y vaya usted a cuidar las vacas... Estoy oyendo los cerros...

Beret marchó corriendo y él gritó:

—Trae algo de comer cuando vuelvas.

Y se sentó cerca de Mildrid, haciendo al perro que se echase junto a él, cuidando de que no ladrara.

La noche estaba nublada. Las alturas cercanas y las cumbres de las montañas eran grises, y en todo había una gran quietud. Ni un pájaro se oía. Hans tenía la mano sobre el perro. Pronto decidió lo que era preciso acordar con Mildrid, así que se despertara... No veía ninguna nube empañando el futuro... Se había tendido y miraba al cielo... El encuentro que había tenido era casi milagroso... Dios mismo les indicaba que debían atravesar juntos el camino de la vida... Volvió a trabajar en las palabras de la *Marcha nupcial*, y lo que ahora se le ocurrió era expresión de la tranquila felicidad de aquel momento.

Eran casi las ocho cuando Beret volvió con comida. Mildrid dormía aún. Beret dejó lo que llevaba, miró a Hans y a Mildrid, y luego se sentó un poco lejos de ambos.

Pasó casi una hora. Beret levantábase de vez en cuando para ahuyentar el sueño.

Un poco después de las nueve despertó Mildrid. Dió varias vueltas y por fin abrió los ojos, vió donde estaba tendida y se dió cuenta de que no estaba sola; pero estaba aún adormilada, y no

lo comprendió todo exactamente hasta que Hans se levantó y fué hacia ella sonriendo. Mildrid le tendió las dos manos y él se sentó a su lado.

—¿Has dormido, Mildrid?

—Sí, por fin he dormido.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

Entonces Beret se acercó con la comida que había traído. Mildrid miró la comida y luego a Beret y a Hans.

—¿He dormido mucho? —preguntó.

—Son más de las nueve... Mira el sol...

—¡Ah!

Empezó a recordarlo todo.

—¿Hace mucho tiempo que estás aquí? —preguntó.

—No, no mucho... ¡Pero tienes que comer!

Empezó a hacerlo.

—¿Ibas al valle? —preguntó Hans cariñosamente.

Mildrid se ruborizó y contestó:

—Sí.

—Mañana, cuando hayas dormido y descansado bien, iremos juntos.

La mirada de Mildrid, llena de sorpresa primero y de gratitud después, se cruzó con la de Hans; pero no pronunció palabra. Y pareció revivir.

Después preguntó a Beret que dónde había estado. Beret contestó que había ido a buscar a Hans, y éste contó todo lo ocurrido. Mildrid comía y escuchaba. Y el antiguo encanto se apode-

ró de nuevo de ella poco a poco. Rió cuando Hans contó cómo el perro la había descubierto y lamido la cara sin despertarla... Hans miraba golosamente cada bocado que Mildrid se llevaba a la boca; ella lo notó y compartió con él cuanto tomaba.

Cuando acabó de comer, marcharon todos despacio hacia los pastos y Beret se acostó en seguida. Los dos enamorados se sentaron fuera, junto a la puerta. Empezó a caer una lluvia fría, de la que les preservaba el ancho alero del tejado. La neblina empezó a condensarse sobre el pasto y les encerró dentro de una especie de círculo mágico... No era ni de día ni de noche, pero más bien había obscuridad que luz. Cada palabra pronunciada suavemente por cualquiera de ellos hacía más llena de confianza la conversación que sostenían.

Por primera vez dialogaban. Hans pidió perdón por no haber comprendido que ella tenía que sentir de modo distinto al de él, y que tenía padres a quien consultar.

Mildrid confesó su miedo y dijo que él era el primer hombre verdaderamente fuerte que había visto, y que esto y otras cosas que de él había oído...

Se interrumpió; pero en ella todo hablaba de su felicidad, hasta el más suave aliento de su respiración. La maravillosa comunicación de alma con alma que en la mayoría de los casos precede y prepara el primer abrazo, no tuvo en ellos lugar sino después.

En la obscuridad se cruzaron las primeras preguntas tímidas y las respuestas tímidas también. Las palabras sonaban suavemente en la noche como rumor de espíritus.

Por fin Mildrid se atrevió a preguntar a Hans, un poco vacilante, si su conducta no le había parecido alguna vez extraña. Él aseguró que nunca había siquiera pensado en semejante cosa. ¿No había él notado el día anterior que ella, en todo el tiempo que habían estado juntos, no había pronunciado una sola palabra? No, no había notado nada de eso. ¿No le había sorprendido que hubiera ido a hablar con sus padres a Inigvold? No, solamente le había parecido bien. ¿No había pensado... —estuvo mucho tiempo sin decidirse a preguntar esto, pero al fin las palabras fueron pronunciadas en un murmullo, con la cara vuelta a otro lado para no verle—, no le había parecido que ella había dejado que todo marchase demasiado de prisa? No; sólo había pensado que todo había sucedido agradablemente... Pero ¿y su manera de llorar cuando se encontraron por vez primera? Pues primero se había quedado perplejo, pero ahora comprendía todo y estaba contento de que ella tuviese aquella manera de ser...

Tales respuestas la hicieron feliz y sintió el deseo de estar sola. Él, como si hubiera adivinado aquel pensamiento, se levantó y dijo:

—Ahora debes acostarte.

Mildrid se levantó también, se despidieron, y después Hans marchó hacia el cobertizo donde

había de pasar la noche. Ella entró en la casa, se desnudó, y cuando se hubo acostado, juntó sus manos y dió gracias a Dios. ¡Oh, cómo le agradecía todo! Le dió gracias por el amor de Hans, por su paciencia y su bondad, no encontrando palabras bastantes para expresar su gratitud. Le dió gracias por todo, hasta por los sufrimientos de aquellos dos días, que habían servido para aumentar su alegría presente y su felicidad. Pidió a Dios que no la abandonara cuando al día siguiente bajase al valle para hablar con sus padres. Sus pensamientos tornaron a Hans, y ella dió gracias a Dios una vez más por tener el amor de aquel hombre.

Cuando a la mañana siguiente se levantó, Beret dormía aún. Hans estaba en el patio. Había castigado al perro, y éste quería ahora halagarle.

Cuando vió a Mildrid perdonó al perro, que saltaba al uno y a la otra, ladrando y acariciándoles. Era como la expresión viva de la alegría de ambos.

Hans ayudó a Mildrid en sus ocupaciones matinales... Luego, terminado todo, se dispusieron a desayunar. Beret se había levantado también.

Cada vez que Hans la miraba, se ruborizaba, y cuando Mildrid, después del desayuno, se puso a hablar con él, jugando, mientras, con la cadena del reloj, Beret salió corriendo y costó trabajo encontrarla cuando la buscaron, por ser la hora de que ambos emprendieran el camino a Inigvold.

—Mildrid —dijo Hans, mientras andaban lentamente y cuando todavía no se habían alejado

mucho—, he pensado algo que no te he dicho aún.

La voz de Hans sonaba tan seria, que ella le miró; pero él continuó despacio, sin mirarla.

—Quería preguntarte si tú vendrías conmigo a mi casa, en Hangen, después de la boda, en el caso de que Dios permita que seamos el uno para el otro.

Ella enrojeció y contestó un poco evasivamente:

—¡Qué dirían mi padre y mi madre!

Por un minuto Hans guardó silencio, y después dijo:

—Yo creía que eso importaba poco si nosotros queríamos.

Por primera vez dijo Hans algo que la dolió, y no contestó nada. Pero él esperaba la contestación, y como Mildrid seguía callada, añadió cariñosamente:

—Yo quería que estuviéramos los dos solos para acostumbrarnos mejor el uno al otro.

Entonces Mildrid comprendió mejor, pero tampoco pudo contestar. Él continuaba andando, sin mirarle ni una vez, y ahora, completamente en silencio. Ella sentía un gran desasosiego, y le miró de soslayo sin que él lo notara. Vió que se había puesto intensamente pálido.

—¡Hans! —exclamó, y se detuvo casi inconscientemente.

Hans se detuvo también. La dirigió una rápida mirada, y luego se quedó contemplando la escopeta, que tenía descansando en el suelo y girando entre su mano derecha.

—¿No puedes venir a vivir conmigo a Hangen?
—preguntó esto en voz baja; pero de repente la miró directamente a la cara.

—Sí puedo —contestó Mildrid, y sus ojos miraron serenamente a los de Hans; pero en seguida el rubor la tiñó las mejillas.

Hans tomó la escopeta con la mano izquierda y tendió a Mildrid la diestra.

—Gracias —murmuró, estrechando la de ella fuertemente.

Y siguieron andando.

Mildrid estaba sin cesar preocupada con una idea, y por fin no pudo callarla más.

—No conoces a mis padres —dijo.

Él no se detuvo, y contestó:

—No; pero cuando vivas conmigo en Hangen, tendré tiempo de conocerlos.

—¡Son tan buenos! —agregó Mildrid.

—Eso he oído decir a todo el mundo.

Hans dijo todo esto con convicción, pero fríamente; y antes de que ella tuviera tiempo de pensar y decir algo más, comenzó a contar de su casa, de sus hermanos y hermanas, de sus ocupaciones, de su alegría en la pobreza, de la cual habían sabido salir, de los turistas que venían en Verano y del trabajo que daban, de la casa, sobre todo de una nueva que él haría para ser habitada por ambos. Ella sería la dueña de todo, y los demás la ayudarían. Y todos procurarían hacerla feliz la vida, y él más que todos.

Mientras hablaba apresuró el paso... Hablaba

con calor; se acercó más a ella, y al fin marchaban cogidos de la mano.

Mildrid no podía negar que aquel cariño a su casa y a los suyos la había impresionado fuertemente, y que la novedad de todo aquello tenía para ella un gran atractivo. Pero detrás de este sentimiento había otro: el del daño que haría a sus buenos y cariñosos padres si de ellos se separaba.

Tornó a decir:

—Hans, mi madre va para vieja y mi padre es mucho más viejo que mi madre. Han sufrido muchísimo y necesitan ayuda... ¡Han trabajado tanto y...!

O no quiso o no pudo decir más. Hans acortó el paso y la miró sonriendo.

—¿Quieres decir, Mildrid, que están decididos a darte la granja?

Mildrid enrojeció y no contestó nada.

—Bien... Dejemos eso para cuando llegue el momento... Cuando quieran que ocupemos el sitio de ellos, deben venir a pedirnoslo.

Dijo esto tiernamente; pero Mildrid comprendió lo que quería decir. Pensando siempre en los demás, había acostumbrado a considerar los sentimientos de todos antes que los suyos propios, y así cedió también esta vez.

Tenían el valle a sus plantas. Mildrid miró hacia abajo y luego miró a Hans, como si Inigvold hablara, como si hablaran los grandes prados soleados situados en la falda de la montaña,

con la selva rodeándolos y resguardándolos, como si hablaran la casa y los otros edificios de la granja, un poco en sombras, pero grandes y hermosos. ¡Era tan bello todo!

El valle, con el río deslizándose tortuosamente sobre él, se extendía hasta allá lejos, con granja tras granja en el fondo y en ambas orillas. Ninguna de ellas podía compararse con Inigvold; ninguna era tan fértil ni tan agradable a la vista; ninguna estaba tan bien resguardada y dominando, sin embargo, todo el valle.

Cuando vió que Hans estaba impresionado por la contemplación del paisaje, se puso roja de alegría.

—Sí —dijo él en contestación a la pregunta inarticulada—. Verdad que Inigvold es un sitio hermoso... Sería difícil hallar otro semejante.

Sonrió y se inclinó hacia ella, diciendo:

—Pero te quiero a ti más que a Inigvold. Y tú... ¿me quieres más a mí que a tu granja?

A esto ella no pudo decir nada, pero sintióse completamente feliz. Sentáronse, uno al lado del otro.

—Ahora —murmuró Hans— te voy a cantar algo.

—Nunca te he oído cantar —dijo ella complacida con la idea.

—No, ya lo sé; y aunque la gente hable de mí canto, no debes creer que es algo maravilloso... Solamente pasa que de pronto se apodera de mí un deseo muy grande de cantar, y no puedo menos que hacerlo.

Meditó un momento y luego empezó a cantar la canción que había compuesto para su propia boda con la música de la *Marcha nupcial*. Cantaba suavemente, pero con un entusiasmo que Mildrid no había oído nunca hasta entonces. Ella miraba al valle; a su casa; seguía con la mirada el camino hasta el puente que cruzaba el río, y después, por el otro lado, hasta la iglesia, que estaba situada en una altura entre abetos, con un grupo de casas alrededor. El día no era muy claro, pero la luz apagada del paisaje rimaba con el cuadro suave de su pensamiento. ¡Cuántas veces había con su imaginación emprendido aquel camino! Pero nunca sabía con quién.

Las palabras y la música de la canción la encantaron. La voz suave de Hans, con un calor particular, llegaba hasta la más recóndita fibra de su ser. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero ni lloraba ni reía. Tenía sus manos entre las de Hans, y unas veces le miraba y otras miraba al valle.

De una chimenea empezó a salir humo; estaban encendiendo el fuego para hacer la cena. Aquello era un presagio; se volvió hacia Hans y se lo indicó, apuntando con un dedo.

Hans había terminado de cantar y quedaron sentados allí, mirándose. Luego pusieron de nuevo en camino a través del bosque de abetos, y Hans se deshacía para lograr que el perro estuviese tranquilo.

Conforme se acercaban a Inigvold, el corazón

de Mildrid apresuraba sus latidos. Hans acordó con ella que se separarían cuando ya estuviesen muy cerca de la casa. Era mejor que entrara ella sola. La condujo del brazo a través de pantanos, y notaba que sus manos estaban frías.

—No pienses lo que vas a decir —murmuró—; espera a ver cómo se presentan las cosas.

Mildrid ni contestó ni le miró.

Ya salían del bosque, cuya última parte de abetos oscuros habían atravesado despacio contando él los amores del bisabuelo de Mildrid y la hermana de su padre, Aslang: una historia extraña y antigua que ella había oído a medias y que ahora la dió ánimos.

Salieron del bosque al campo abierto y él se detuvo. Mildrid le miró expresando tan gran temor de lo que iba a pasar, que él mismo sintióse por un momento abatido. No encontró palabras para animarla: aquel asunto le afectaba a él mismo demasiado de cerca. Continuaron andando un poco más, uno junto al otro. Unos arbustos entre ellos y la casa les ocultaban de la vista de los habitantes de Inigvold. Cuando ya habían avanzado bastante, pareció a Hans que ya debía dejarla marchar sola, y entonces silbó suavemente al perro. Ella tomó este silbido como señal de que tenían que separarse ya, y se detuvo con aspecto de ser desgraciada y sentirse abandonada.

El dijo:

—Me quedaré aquí rezando por ti, Mildrid; y cuando sea necesario, iré.

Mildrid le dirigió una distraída mirada de gratitud. Sentíase incapaz de ver claramente las cosas. Y luego echó a andar.

Apenas salió de entre los árboles, vió completamente la gran habitación del edificio principal de la granja, porque tenía ventanas a uno y otro lado, mirando unas al bosque y otras al valle.

Hans se había sentado bajo unos arbustos con el perro al lado. También él veía completamente aquella habitación: entonces no había nadie en ella.

Cuando Mildrid llegó a la altura del granero, volvió la cabeza y él la saludó.

Ella dió la vuelta al granero y entró en el patio.

Todo estaba en el orden acostumbrado. Unas gallinas andaban en la escalera del granero.

Iría primero a casa de su abuela: el temor que sentía la movió a buscar este pequeño alivio antes de encontrarse con sus padres. Pero cuando estaba entre las dos casas, en el sitio donde se encontraba el tajo, halló a su padre, que estaba ajustando el mango del hacha, en jersey, sin sombrero, con su pelo largo y escaso moviéndose a impulso de la brisa, que empezaba a levantarse en el valle. Tenía buena cara y estaba, casi alegre, trabajando. Esto la dió valor. Él, ni advirtió la presencia de su hija: ¡tan cuidadosamente andaba ella sobre las baldosas!

—¡Buenos días! —le saludó en voz baja.

Endrid la miró sorprendido.

—¿Eres tú, Mildrid? ¿Pasa algo? —dijo rápidamente y mirándola.

—No —contestó ella, ruborizándose.

Seguía mirándola y ella no se atrevía a alzar la vista. Entonces soltó el hacha y dijo:

—Entremos a ver a madre.

Andando hizole dos o tres preguntas sobre los asuntos de los pastos, y recibió contestaciones satisfactorias... «Hans nos estará viendo entrar» —pensó Mildrid al pasar por un claro entre el granero y los otros edificios más pequeños. Cuando entraron en la sala, el padre fué a la puerta que conducía a la cocina, la abrió y llamó:

—Madre, ven... Mildrid está aquí.

—¿Mildrid? ¿Pero es que ha pasado algo? —contestó Randi desde dentro.

—No —contestó Mildrid, y entró en la cocina, acercándose a su madre, que estaba junto al fuego mondando patatas y echándolas en una cazuela.

Randi la miró interrogándola con los ojos, como antes había hecho Endrid, y con igual resultado. Entonces apartó la cazuela de patatas, levantóse y fué a la puerta exterior, cambió unas palabras con alguien, volvió, se quitó el delantal de cocina, lavóse las manos y todos entraron en la sala.

Mildrid conocía a sus padres y sabía que aquellos preparativos significaban que ellos aguardaban algo inusitado.

Antes tenía poco valor, pero ahora tenía mucho menos. El padre se sentó junto a una ventana,

desde la que se dominaba todo el valle. La madre, cerca de la cocina, y Mildrid, enfrente de ellos. Hans la veía desde donde estaba y también veía a su padre; pero a su madre no podía verla.

Randi preguntó, como había hecho su marido, sobre los asuntos de los pastos, recibiendo las mismas respuestas, un poco más amplias, porque preguntó con más detalles. Era evidente que las dos prolongaban la conversación sobre aquello tanto como era posible, pero pronto el tema quedó agotado.

En la pausa que hubo, Endrid y Randi quedaron mirando a su hija, pero ella evadió el mirarlos y pidió noticias de los vecinos.

También este tema fué tratado durante todo el tiempo que fué posible, pero también acabó por agotarse. Y después hubo el mismo silencio de antes y las mismas miradas de expectación.

Ya no había otra cosa de que hablar, y Mildrid empezó a pasar la mano por el banco.

—¿Has estado en casa de la abuela? —preguntó la madre, que empezaba a asustarse.

No, no había estado allí. Por consiguiente, aquella hija tenía algo particular que decirles, y no era posible aplazarlo más.

—Tengo que decirles una cosa —al fin habló, mudando de color y bajando la vista.

Los padres cambiaron entre sí unas inquietas miradas.

Mildrid alzó la cabeza y les miró con sus grandes ojos suplicantes.

—¿Qué es ello, hija mía? —preguntó la madre ansiosamente.

—Que quiero casarme —dijo Mildrid; bajó la vista y rompió a llorar.

En el ambiente tranquilo de Inigvold no podía otra cosa producir un efecto tan fulminante.

Los padres miráronse el uno al otro, pálidos y en silencio. Mildrid, la tímida Mildrid, por cuya docilidad y obediencia habían dado gracias a Dios tantas veces, había dado, sin el consejo y sin el consentimiento de sus padres, el paso más importante de su vida, y que decidía también del futuro de ellos.

Mildrid adivinó los pensamientos de sus padres, y el miedo que sintió la impidió seguir llorando.

Entonces el padre preguntó tiernamente y despacio:

—¿Con quién, hija mía?

Después de un silencio se la oyó murmurar la respuesta:

—Con Hans Hangen.

Jamás, desde hacía veinte años, se había pronunciado en aquella casa el nombre de Hangen ni se había mencionado nada que con él se relacionara; en opinión de Endrid, nada bueno había venido a Inigvold desde Hangen.

También ahora adivinó Mildrid lo que pensaban sus padres, y quedó inmóvil aguardando la sentencia.

El padre habló otra vez, con voz suave y siempre despacio:

—Ni yo ni tu madre conocemos a Hans Hanger ni sabíamos que tú le conocías.

—Yo no le conocía tampoco —replicó Mildrid. Endrid y Randi miráronse asombrados.

—Entonces, ¿cómo ha sido eso? —preguntó la madre.

—Eso es lo que yo tampoco sé —dijo Mildrid.

—Pero, hija mía, ¿sabes lo que dices?

Mildrid no contestó.

—Creíamos que podríamos estar seguros de ti —dijo el padre.

Mildrid tampoco contestó esta vez.

—¿Pero qué ha sucedido? —preguntó la madre, un poco impaciente—. Eso tienes que saberlo...

—No... No lo sé... Sólo sé que no pude evitarlo... No, no pude...

Se agarraba con las dos manos a la banqueta en que se sentaba.

—¡Dios te perdone y te ayude!... ¿Qué ha pasado?

Mildrid no contestó.

El padre calmó la excitación que sentían Randi y Mildrid, diciendo con calma y cariñosamente.

—¿Por qué no hablaste antes con cualquiera de nosotros, hija mía?

Y la madre se dominó, añadiendo suavemente:

—Tú sabes cuánto queremos a nuestros hijos, nosotros, que hemos llevado una vida tan solitaria y... Sí; podemos decirlo... Sobre todo, por lo que a ti se refiere, Mildrid, que has sido tan buena para nosotros.

Mildrid estaba como si no supiese dónde se hallaba.

—Sí; no creíamos que nos abandonarías así.

Fué Endrid el que dijo esto, y aunque las palabras fueron pronunciadas lenta y suavemente, no dolieron menos a Mildrid.

—No les abandono —tartamudeó.

—No debes decir eso —añadió el padre, más gravemente ahora que antes—, porque ya nos has abandonado.

Mildrid sintió que esto era verdad y que al mismo tiempo no lo era, pero no pudo expresar su pensamiento.

La madre añadió:

—¿De qué ha servido el cariño que hemos demostrado a nuestros hijos y el temor de Dios que les hemos inculcado? A la primera tentación...

Por consideración a su hija no quiso continuar.

Mildrid no pudo resistir más. Dejó caer sus brazos sobre la mesa, recostó sobre ellos la cabeza con el rostro vuelto hacia su padre, y empezó a sollozar.

Ni el padre ni la madre eran capaces de añadir una sola palabra más de reproche a aquel remordimiento que Mildrid parecía sentir, y hubo un largo silencio, que se hubiera prolongado durante mucho tiempo si Hans no hubiese advertido desde el sitio donde esperaba que Mildrid necesitaba auxilio. Con su experta mirada de cazador había distinguido cada mirada, cada movimiento de labios, toda aquella lucha, y luego vió que se arro-

java sobre la mesa. Entonces se levantó de un salto y pronto se oyó en el pasillo su paso ligero.

Llamó; todos alzaron la vista, pero ninguno pronunció el «adelante». Mildrid se incorporó, ruborizándose entre las lágrimas. La puerta se abrió y en el umbral apareció Hans, sereno, con su escopeta y el perro. Volvióse a cerrar, y el perro, moviendo la cola, se acercó a Mildrid. Hans estaba demasiado preocupado para notar que el perro le había seguido hasta allí.

—¡Buenos días! — dijo.

Mildrid se echó atrás en su asiento, suspiró hondamente y le miró con mirada de consuelo. Su miedo, su remordimiento, todo, había desaparecido... «Ella tenía razón, sí... Estaba en lo cierto... ¡Que fuera lo que Dios quisiera!»

Nadie contestó al saludo de Hans ni nadie le había invitado a entrar.

—Yo soy Hans Hangen —dijo tranquilamente; descolgó de un hombro la escopeta y la sostuvo con su mano, apoyándola sobre el suelo.

Los padres de Mildrid se miraron varias veces. Hans continuó, haciendo un esfuerzo:

—He venido con Mildrid, porque si ella ha hecho mal, yo he tenido la culpa.

Alguien tenía que decir algo. Randi miraba a Endrid, que, al fin, dijo que todo había sucedido sin que ellos lo supieran y que Mildrid no había sabido explicarles cómo habían pasado las cosas. Hans contestó que él tampoco lo sabía.

—No soy un niño —añadió—, porque tengo

veintiocho años... Sin embargo, así ha sido... Yo no había querido a nadie, y desde que la vi no pude pensar sino en ella... Si me hubiese dicho que no..., pues... no sé, pero me parece que mi vida hubiese sido ya inútil.

Estas palabras, dichas serena y sinceramente, causaron buena impresión, y Mildrid tembló, viendo que las cosas empezaban a presentar otro aspecto.

Hans tenía la gorra puesta porque en su distrito no era costumbre quitársela cuando se está de paso; pero cuando acabó de hablar se descubrió la cabeza casi sin darse cuenta. Colgó la gorra del cañón de la escopeta y apoyó sus manos en ella. Había en su aspecto y en su conducta algo que imponía consideración y reclamaba atención.

—¡Mildrid es tan joven...! —dijo la madre—. No se nos había ocurrido que esto sucediese tan pronto.

—Verdad que es joven; pero en compensación yo soy mucho más viejo que ella —dijo él, y añadió:

—El manejo de mi casa no es muy difícil... ni muy fuerte para ella, y, además, yo tengo muchas personas que la ayudarán.

Los padres se miraron y miraron luego a Mildrid y a Hans.

—¿Tiene usted intenciones de llevársela con usted a Hangen? —preguntó el padre, incrédulo, casi irónicamente.

—Sí —contestó Hans—. No es la granja lo que yo quiero.

Enrojció al decir esto, y también Mildrid.

El hundimiento repentino de la granja entera no hubiera causado a Endrid y a Randi el asombro que les causó oír a Hans expresarse de aquella manera: y el silencio que Mildrid guardaba demostraba su conformidad con Hans.

Esta resolución de ambos enamorados, aun contra su propia voluntad, quitaba a los padres el derecho a decidir. Sintieronse por esto humillados.

—¿Y tú eres la que decías que nunca nos abandonarías? —dijo la madre con sereno reproche, que llegó al corazón de Mildrid.

Pero Hans vino en su ayuda:

—Cada hijo que se casa tiene que abandonar a sus padres —dijo. Y después de sonreír, añadió en tono amistoso:

—¡Pero Hangen no está tan lejos!... Un poco más de cuatro millas.

Pero las palabras eran inútiles: en momentos semejantes, el pensamiento sigue rectamente su camino a pesar de las palabras. Los padres se sentían abandonados, casi engañados, por los jóvenes. No podían alegar motivos razonables para rechazar a Hans, y sabían cómo se vivía en Hangen, porque la afluencia de turistas había dado fama a aquel sitio y hasta alguna vez los periódicos se habían ocupado de él. Pero Hans era joven, y el deseo de su hija más querida, de volver otra vez la sangre de Inigvold a la de Hangen, era más de lo que ambos viejos podían resistir. En análogas circunstancias, otros padres se hubieran enfadado;

pero Endrid y Randi lo único que hicieron fué tratar de evitar sin violencia aquello que tanto les dolía. Cambiaron una mirada de inteligencia, y Endrid dijo suavemente:

—Todo esto es demasiado para nosotros... No podemos dar ahora nuestra contestación...

—No esperábamos —añadió la madre— tan importantes nuevas; ni conocerlas así, de esta manera.

Hans permaneció en silencio unos minutos antes de decir:

—Es verdad... Y Mildrid debió pedir antes a ustedes el permiso... Pero recuerden que ni ella ni yo nos dimos cuenta exacta de lo que pasaba hasta mucho después... Y ya era demasiado tarde... Esta es la verdad. Pero no podíamos hacer otra cosa que venir inmediatamente los dos, como lo hemos hecho... No deben ser ustedes demasiado severos con nosotros.

Estas palabras, en verdad que no dejaban lugar para decir otras cosas; y el tranquilo modo con que Hans las pronunció, hizolas más dignas de fe.

Pero Endrid pensó que no estaba manteniendo bien su derecho frente a Hans Hangen, y la poca confianza que tenía en sí mismo le impulsó a terminar la escena cuanto antes.

—No le conocemos a usted —dijo, mirando a su mujer—. Tenemos que pensarlo bien.

—Sí, eso será lo mejor —añadió Randi—. Debemos saber algo del hombre que quiere que le entreguemos nuestra hija.

Mildrid comprendió la ofensa que estas palabras encerraban, y miró suplicante a Hans.

Éste dijo entonces:

—Verdad es —y hacía girar a la escopeta entre sus manos—. Aunque no creo que haya en todo el contorno muchos hombres mejor conocidos que yo... ¿Pero es que alguien ha hablado mal de mí?

Mildrid estaba avergonzada de sus padres, y estos mismos vieron que habían provocado unas injustas sospechas, y de esto no habían ellos tenido ciertamente intención.

Así, los dos dijeron a la vez:

—No... No hemos oído nada malo de usted.

Y Randi añadió en seguida que en realidad apenas sabían nada de él, porque ¡habían preguntado tan poco por la gente de Hangen!...

Al decir esto no tenía mala intención, y hasta que las palabras salieron de los labios no se dió cuenta de que se había expresado con poca fortuna, y Endrid y Mildrid también lo comprendieron.

Hans tardó un rato en contestar.

—Si... Si la familia de Inigvold no ha mostrado jamás interés por sus parientes de Hangen, no es nuestra la culpa... Hasta estos últimos tiempos hemos sido pobres...

En tan pocas palabras encerrábase un reproche que las tres personas de Inigvold comprendieron que era justo. Nunca hasta entonces pensaron Endrid y Randi que habían descuidado el cumplimiento de sus deberes para con aquellos parientes;

que los pobres parientes de Hangen no debían haber sido abandonados en la pobreza de que no eran culpables. Miráronse uno al otro confundidos, y guardaron silencio verdaderamente avergonzados.

Hans había hablado tranquilamente, aunque de seguro las palabras de Randi debieron molestarle mucho. Esto hizo pensar a los dos viejos que era un buen hombre y que tenían con él ya dos cuentas pendientes.

Endrid dijo:

—Déjenos tiempo para meditar sobre esto... ¿No puede usted quedarse aquí y cenar con nosotros?... Luego hablaremos... Venga acá y siéntese.

Hans dejó la escopeta y la gorra y fué hacia el banco en que se sentaba Mildrid, pero ésta se levantó inmediatamente. La madre dijo que tenía que hacer en la cocina y se marchó. El padre se dispuso a salir también; pero como Mildrid no quería estar sola con Hans sin que sus padres le dieran el consentimiento, salió, y la vieron cruzar el patio con dirección a la casa de su abuela. Endrid volvió a sentarse, ya que no era posible dejar solo a Hans Hangen.

Al principio hablaron de cosas indiferentes: de la casa, de los arreglos que los hermanos Hangen habían hecho en la casa de verano que poseían en las alturas de las montañas, de las ganancias que con aquel negocio obtenían, etc. De esto pasaron a hablar de Hangen mismo, del manejo de la granja; y de todo lo que oyó Endrid sacó la impresión

de que allí había prosperidad y una vida activa y animada.

Randi iba y venía preparando la comida, y frecuentemente se acercaba a oír lo que se hablaba. Era fácil comprender que los dos viejos, al principio hostiles a Hans, perdían poco a poco este sentimiento, y las preguntas empezaron a ser más personales.

Notaron sus buenas maneras durante la comida. Se sentó frente a Mildrid y a su madre. Endrid ocupaba su sitio al final de la mesa sentado en una silla alta. La gente de la granja había comido un poco antes en la cocina: allí comían también los de la casa, por lo general. Pero entonces no quisieron que Hans fuese visto.

Mildrid notó que su madre, durante la comida, la miraba cada vez que Hans sonreía: tenía una cara seria que se hacía amable al sonreír. Y como éste, anotó dos o tres síntomas del feliz resultado de su pretensión.

Pero aun así, le resultaba tan violenta su situación en la mesa, que superaba sus fuerzas y acariciaba la idea de escapar a casa de su abuela apenas terminara la comida.

Los hombres dieron unas vueltas por la granja; pero no fueron ni a los sitios en que había trabajadores ni a donde podría verles la abuela. Después volvieron a la casa y se sentaron de nuevo: la madre había ya terminado sus quehaceres y se reunió con ellos.

Poco a poco la conversación adquirió más con-

fianza, y a su debido tiempo, que sólo fué casi llegada la noche, Randi se atrevió a preguntar a Hans que cómo habían pasado las cosas entre él y Mildrid, ya que ésta no había podido relatarlo. Posiblemente fué sólo la curiosidad femenina lo que inspiró a Randi su pregunta; pero ésta fué muy del agrado de Hans.

Contó todo detalladamente y complaciéndose tanto en contarlo, tan feliz, que los dos viejos casi estaban ya conquistados por la narración. Cuando habló de la marcha forzada que Beret había hecho para buscarle, porque Mildrid estaba sumida en una angustia muy grande a causa de pensar en sus padres; cuando les dijo que Mildrid, presa de un remordimiento siempre creciente, porque sus padres estaban ignorantes de todo, había emprendido el camino de Inigvold, y rendida y agotada se había sentado a descansar quedándose dormida, entonces reconocieron en aquello a su hija, y Randi, sobre todo, pensó que acaso había sido demasiado dura con ella.

Mientras Hans hablaba de Mildrid, informaba sobre sí mismo a los viejos, porque el amor resplandecía en cada palabra que sus labios pronunciaban, y Endrid y Randi se sintieron complacidos. Y su complacencia y felicidad crecían más y más ante la suficiencia y fuerza que veían en Hans, cualidades a las que estaban poco acostumbrados.

Randi dijo al fin, sonriendo y sin pensar lo que decía:

—Supongo que lo habréis dispuesto todo, incluso la boda, antes de consultarnos.

Endrid rió y Hans contestó, como se le ocurrió en aquel momento, cantando suavemente unos compases de la *Marcha nupcial*:

«Continuad tocando y despedámonos alegremente, porque ella y yo tenemos prisa.»

Y se rió. Pero como era muy modesto, en seguida habló de otra cosa. Casualmente miró a Randi y se sorprendió al verla intensamente pálida. Se dió cuenta súbitamente de que había obrado mal recordando aquella música. Endrid miraba a su mujer, cuya emoción creció y se hizo tan fuerte, que no podía seguir allí, y se levantó y se fué.

—Sé que he dicho una inconveniencia —dijo Hans ansiosamente.

Endrid no contestó.

Hans, sintiéndose desgraciado, se levantó para ir tras Randi y pedir su perdón; pero volvió a sentarse, declarando que no había tenido intención de molestarla.

—No... No era de esperar que usted comprendiera eso... —dijo Endrid.

—¿No puede usted salir tras ella y arreglarlo todo? —preguntó Hans, que tenía ya tal confianza en el viejo, que se atrevía a pedirle cualquier cosa.

—No; es mejor dejarla sola —contestó Endrid—. Yo la conozco.

Hans, hacía poco tan feliz y casi a punto de lograr sus deseos, sentíase ahora sumido en una

sombría desesperación, sin que nada le distrajera y animase, aunque Endrid trató de hacerlo con paciencia. El perro le ayudó, acercándose, porque empezó a preguntar a Hans sobre el animal, y después contó de uno que había tenido él mismo, interesándole mucho, como a todas las personas que hacen una vida solitaria.

Randi, mientras, habíase sentado en el umbral de la puerta. La idea de la boda de su hija y las notas de la *Marcha nupcial* habían removido en ella recuerdos muy dolorosos.

Ella no se había entregado voluntariamente a un hombre a quien quería, tal como ahora hacía Mildrid, su hija. La vergüenza de su boda era merecida, y esa vergüenza y las penas y la muerte de los hijos, todos los sufrimientos y las luchas de tantos años, revivían ahora para ella. Todas sus oraciones y sus lecturas de la Biblia habían sido inútiles. Fué presa de una violenta agitación. Su pena al pensar que todos aquellos recuerdos la agobiaban y sumían en desesperación, hizo que se acusara a sí misma amargamente.

Tornó a sentir el desprecio de la gente hacia la comitiva de sus bodas; de nuevo maldecía su debilidad —la debilidad que entonces la impulsó a llorar sin descanso y ahora la movía a pensar en ello otra vez— y aquella falta de dominio sobre sí misma, con la que contribuyó a echar sobre sus padres inmerecidas sospechas, perdió la salud y causó la muerte a sus dos hijos, envenenando por último la vida de su amante marido y fingiendo

una piedad que no era sincera, como su conducta actual demostraba claramente.

¡Qué terrible era sentir todo aquello aún, no haberlo dejado atrás definitivamente! Entonces se dió cuenta súbitamente de que aquel llanto suyo en la iglesia y la amargura que habíala consumido en los primeros años de su vida conyugal había sido solamente vanidad herida.

Por vanidad herida lloraba también ahora, y por ella quizás se vería separada de Dios en cualquier momento. Sentíase tan indigna, que no se atrevía a volver los ojos hacia Dios. ¡Cuán grandes eran sus faltas para con Él!

—¿Por qué —empezó a reflexionar—, por qué cuando su hija, con todo su corazón desbordado de felicidad, se había entregado al hombre que amaba, hacer revivir todas aquellas memorias horribles y aquellos pensamientos tristes que habían reposado aletargados tanto tiempo allá, en su mente?... ¿Es que tenía envidia a Mildrid, a su propia hija?... No..., no podía ser... Sabía que no era así, y empezó a recobrase.

¡Qué hermosa idea la de que su hija acaso repararía su falta! ¿Podrían los hijos hacer eso? Sí... Tan seguro como que son obra de sus padres... Pero es preciso ayudarles con arrepentimiento y gratitud.

De pronto, sin darse exacta cuenta, se encontró rezando, presa de una profunda humildad y llena de contrición, inclinada ante Dios, que una vez más le había demostrado que ella era nada sin él.

Pidió gracia, como si pidiera la vida, porque con la gracia sentía volver la vida... Ya estaba cancelada su cuenta... El último pago le había hecho perder el valor.

Se levantó, alta la mirada, derramando un torrente de lágrimas... Todo se había solucionado por fin... Él habíala quitado el peso de su dolor.

¿No había experimentado antes de ahora aquella sensación de alivio?... No, nunca... Hasta ahora no había logrado la victoria... Y avanzó consciente de haber ganado el dominio sobre sí misma. Algo que hasta ahora la había atado, se había roto... Sentíase a cada movimiento libre en cuerpo y alma... Y si debía dar las gracias también, y después de Dios, a su hija, en cambio debía ayudarla a gozar de la felicidad completa...

Iba por el pasillo de la casa de la abuela, pero nadie había reconocido sus pasos... Alzó el pestillo y abrió la puerta como si fuera otra persona distinta.

—Mildrid —dijo—, ven acá.

Y Mildrid y su abuela cambiaron una mirada, porque aquélla no parecía su madre. Mildrid corrió hacia ella. ¿Qué ocurría?

Randi la tomó del brazo, cerró la puerta tras ellas y, una vez solas, echó sus brazos al cuello de su hija y lloró; lloró, abrazándola con vehemencia, y Mildrid, exaltada por su propio amor, la correspondía de todo corazón.

—Dios te bendiga y te lo premie —murmuró Randi.

Endrid y Hans, que estaban sentados en la otra casa, las vieron cruzar el patio cogidas de la mano y andando tan de prisa, que pensaron que seguramente algo había ocurrido. La puerta se abrió y ambas mujeres entraron; pero Randi, en vez de entregarla a Hans o de decir algo a Endrid, abrazó otra vez a su hija, y otra vez llena de emoción repitió:

—Que Dios te lo premie y te bendiga...

Pronto estuvieron todos sentados en el cuarto de la abuela. La vieja estaba muy contenta. Ella sabía muy bien quién era Hans Hangen; había oído a los jóvenes hablar mucho de él y comprendió en seguida que aquella decidida unión borraría gran parte de los dolores de la vida de su hijo y de Randi; además, la arrogante figura de Hans animaba el alegre corazón de la vieja Astrid. A su lado permanecieron todos hasta que la jornada terminó, leyendo el padre un salmo y después una parte de los Oficios religiosos que empezaba: «El Señor ha visitado nuestra casa...»

.....

Sólo hablaremos ahora de dos días entre los de la vida de Hans y de Mildrid, y de esos dos días sólo contaremos lo sucedido en algunos minutos de ellos.

Es el primero el de la boda de Mildrid con Hans.

Ingar, la prima de Mildrid, que ya estaba casada, vino a Inigvold para engalanar a la novia.

Un arca antigua contenía unas antiguas joyas

de plata propiedad de la familia: diadema, cinturón, peto, broches y sortijas. La abuela tenía la llave y ella la abrió, y los adornos fueron sacados del arca. Beret ayudó a Astrid.

Mildrid habíase vestido el traje de boda y se había puesto las prendas que la pertenecían, cuando la llevaron las joyas familiares que Beret y la abuela habían pulido durante los días precedentes.

Uno tras otro, prendióse la novia aquellos pesados y espléndidos adornos. Beret sostenía el espejo en que Mildrid se miraba, y mientras, la abuela contaba que muchas mujeres de su familia habían llevado en sus bodas aquellas prendas, y entre todas, la más feliz, su propia madre, Aslang Hangen.

De pronto oyeron tocar la *Marcha nupcial*. Todos se detuvieron y escucharon, asomándose a la puerta para averiguar qué sucedía. A quien primero vieron fué a Endrid, el padre de la novia. No era frecuente que se le ocurriera una idea original, pero aquella vez sí se le ocurrió. Había visto que por la carretera venían Hans Hangen y sus hermanos, y pensó que se les debía recibir a los sonos de la *Marcha* de su raza: llamó a los violinistas y les hizo tocar. Endrid se situó al lado de ellos y otras personas se unieron al grupo. Hans y sus hermanos llegaron en dos coches y aquella recepción les impresionó.

Una hora más tarde la *Marcha* sonó de nuevo, cuando los novios, seguidos por los padres de Mildrid y precedidos por los músicos, salieron y su-

bieron a los carruajes. En los decisivos momentos de la vida, todos los presagios son buenos. Aquel día el cortejo nupcial se puso en marcha con un tiempo espléndido de primavera.

La multitud que llenaba la iglesia era tan inmensa, que nadie recordaba cosa igual. Y cada uno de los que allí estaban conocían la historia de la familia y su conexión con la *Marcha nupcial*, que sonaba arrebatadora, a la luz del sol, sobre las cabezas de los novios.

Y como todos pensaban la misma cosa, el Pastor eligió como tema del sermón uno que le permitió explicar cómo los hijos son la corona de la vida de sus padres y testimonios del honor y del trabajo familiares.

Cuando abandonaban la iglesia, Hans se detuvo cuando ya estaba fuera de ella y dijo algo que la novia, embargada por la felicidad, no oyó, pero adivinó lo que era. Hans quería que mirasen ambos a la tumba del viejo Ole Hangen y a las flores que aquel día le cubrían completamente. Ella miró y pasaron rozando la piedra, y tras ellos Endrid y Randi.

El otro momento de la vida de los jóvenes que debemos recordar es el de la visita que Endrid y Randi, ya abuelos, hicieron a Hangen. Hans había conseguido realizar su voluntad de ir a vivir allí, aunque para ello tuvo que prometer a los viejos que se haría cargo de Inigvold cuando ya ellos no pudieran o no quisieran continuar a su frente, y la vieja abuela Astrid se hubiese muerto.

L A M A R C H A N U P C I A L

Pero de toda la visita, solamente un detalle nos interesa. Randi, después de una cariñosa recepción por parte de sus hijos, tomó a su nieto y lo sentó sobre sus rodillas: y empezó a cantar la *Marcha nupcial*. Mildrid cogió las manos de su madre con alegría y asombro; pero se dominó en seguida y guardó silencio... Hans ofreció a su suegro un vaso de cerveza, y Endrid declinó el ofrecimiento, que fué más que nada un pretexto para que ambos hombres cambiaran entre sí una expresiva mirada.

FIN

BIBLIOTECA ESTRELLA

DIRECTOR: G. MARTÍNEZ SIERRA

LAS EDICIONES DE ESTA BIBLIOTECA TIENEN
COMO CARACTERÍSTICA ESENCIAL EL BUEN
GUSTO:

1.º EN LA ESCRUPULOSA SELECCIÓN DE
LOS TEXTOS.

2.º EN EL ESmero DE LAS TRADUCCIONES,
TODAS A CARGO DE ESCRITORES ILUSTRES.

3.º EN EL VALOR ALTAMENTE ARTÍSTICO
Y EN EL SENTIDO DECORATIVO MODERNO DE
LAS ILUSTRACIONES.

4.º EN LA RIQUEZA, ESmero Y NOVEDAD
DE LA PRESENTACIÓN, TANTO EN LA PARTE
TIPOGRÁFICA, COMO EN LAS ESPECIALÍSIMAS
ENCUADERNACIONES.

C O L E C C I Ó N M I N I A T U R A

PRECIOSOS LIBRITOS-MINIATURA, ESmerADAMENTE
IMPRESOS, PRIMOROSAMENTE ENCUADERNADOS,
CONSTITUYEN POR SU SOLA PRESENTACIÓN UN ALAR-
DE DE REFINAMIENTO Y ELEGANCIA, AL CUAL SE
UNE EL EXQUISITO VALOR LITERARIO DEL TEXTO,
SELECCIONADO ESPECIALMENTE PARA QUE PUEDA
PONERSE EN TODAS LAS MANOS. LAS MUJERES DE
BUEN GUSTO DEBEN TENER LOS LIBROS DE ESTA

COLECCIÓN, COMO ORNAMENTO ESPIRITUAL, EN SU
CESTILLO DE COSTURA

**Precio de cada tomo, 1,50 pesetas. Edición de lujo,
encuadernada en piel, 2,50 pesetas.**

CALENDARIO ESPIRITUAL (UN BUEN PENSAMIENT
TO PARA CADA DÍA), ORDENADO POR G. MARTÍNEZ
SIERRA.

HORAS DE SOL. NOVELA POR G. MARTÍNEZ SIERRA.

CRISTO NIÑO. VERSOS AL NACIMIENTO DEL HIJO DE
DIOS, POR LOS MEJORES POETAS ESPAÑOLES DE LOS SI-
GLOS XVI Y XVII. SELECCIÓN DE G. MARTÍNEZ SIERRA.

GOZOS DEL DOLOR DE AMOR, POR RICARDO
LEÓN, DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

BREVIARIO DE UN AÑO, POR EDUARDO MARQUINA.

VIAJE SENTIMENTAL, POR G. MARTÍNEZ SIERRA.

EL REY BALTASAR, POR LEOPOLDO ALAS (CLARÍN).

LA VENTA DE LOS GATOS, POR GUSTAVO ADOLFO
BÉCQUER.

CREO EN DIOS. NOVELA POR ANTONIO DE TRUENBA.

NAVES EN EL MAR. NOVELA POR CONCHA ESPINA.

LA PRINCESA SIN CORAZÓN, POR JACINTO BENA-
VENTE, DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

A LA LUZ DE LA LUNA, POR S. Y J. ALVAREZ
QUINTERO, DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

MADRID. GUÍA SENTIMENTAL POR AZORÍN.

LUCERO DE NUESTRA SALVACIÓN. AUTO RELI-
GIOSO POR INOCENCIO DE SALCEDA, Y OTRAS POESÍAS A
LA PASIÓN Y MUERTE DE CRISTO. ILUSTRACIONES DE AL-
BERTO DURERO.

LA RECOMPENSA. NOVELA POR JACINTO OCTAVIO
PICÓN, DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

PORQUE SÍ, POR MANUEL LINARES RIVAS, DE LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

LIBRO DE ORO, DE SÉNECA.

EL CARBONERO-ALCALDE. NOVELA POR PEDRO A. DE ALARCÓN, de la Real Academia Española.

LAS GUITARRAS MÁGICAS. SELECCIÓN DE CANTOS POPULARES ESPAÑOLES RECOGIDOS Y ORDENADOS POR FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN, de la Real Academia Española, director de la Biblioteca Nacional.

MEDITACIONES, POR ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.

HUMORADAS, POR RAMÓN DE CAMPOAMOR.

EL HERMANO, POR ALFONSO DAUDET. TRADUCCIÓN DE G. MARTÍNEZ SIERRA.

DESENGAÑO. NOVELA POR DOÑA MARÍA DE ZAYAS.

LEVE DISCUSIÓN CON UNA MOMIA, POR EDGARD POE. TRADUCCIÓN DE MANUEL ABRIL.

EL NIÑO PRODIGIO. NOVELA POR S. RUSIÑOL.

LA REINA DE LAS NIEVES. NOVELA POR ANDERSEN. TRADUCCIÓN DE C. RIVAS CHERIF.

LOS CIEGOS, POR MAURICIO MAERTERLINCK. TRADUCCIÓN DE G. MARTÍNEZ SIERRA.

CUENTO DE VACACIONES. NOVELA POR CARLOS DICKENS. TRADUCCIÓN DE C. RIVAS CHERIF.

MÁXIMAS Y REFLEXIONES, POR R. ALTAMIRA.

LO QUE VIÓ LA LUNA, POR ANDERSEN. TRADUCCIÓN DE C. RIVAS CHERIF.

NUESTRA SEÑORA DE LOS OJOS VERDES, POR E. GÓMEZ CARRILLO.

LAS HOGUERAS DE CASTILLA, POR A. DE HOYOS Y VINENT.

ZOOLOGÍA PINTORESCA, POR ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ.

JARDÍN DE PRINCESAS, POR PEDRO DE RÉPIDE.

LOS RUBAYATA, POR OMAR KHAYYAM. TRADUCCIÓN DE G. MARTÍNEZ SIERRA.

LA CAJA DE PLATA, POR A. DUMAS (HIJO). TRADUCCIÓN DE MARÍA MEXIA.

C O L E C C I Ó N
F É M I N A

MAGNÍFICAS NOVELAS QUE PUEDEN LEER TODAS LAS
MUJERES. EDICIONES PRIMOROSAS, DECORADAS POR
FONTANALS. ESMERADÍSIMAS TRADUCCIONES

Lujosamente encuadernadas en piel, 5 pesetas.

SUPERCHERIA, POR LEOPOLDO ALAS (CLARÍN).

MARGOT, POR ALFREDO DE MUSSET. TRADUCCIÓN DE
MANUEL ABRIL.

OLIESIA, POR KUPRIN. TRADUCCIÓN DE G. PORTNOF.

ADOLFO, POR BENJAMÍN CONSTANT. TRADUCCIÓN DE
MANUEL ABRIL.

PRIMER AMOR, POR TURGUENEF. TRADUCCIÓN DE
G. PORTNOF.

ASÍ PASÓ EL AMOR, POR TURGUENEF. TRADUCCIÓN
DE G. PORTNOF.

C A P R I C H O S
D E A L E N Z A

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE VEINTE PRODIGIOSAS
AGUAFUERTES DEL ILUSTRE PINTOR

Precio, 50 pesetas.

C O L E C C I Ó N
P A L M A

OBRAS MAESTRAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL,
LUJOSA Y ARTÍSTICAMENTE EDITADAS, CON EX-
QUISITAS ILUSTRACIONES EN NEGRO Y EN COLOR.
TRADUCCIONES ESMERADAS, A CARGO DE EMINEN-
TES ESCRITORES

**Precio de cada tomo, 4 pesetas. Edición de lujo,
encuadernada en piel, 5 pesetas.**

ROMEO Y JULIETA, DE SHAKESPEARE. Traducción
de G. MARTÍNEZ SIERRA. Ilustraciones de FONTANALS.

LA DAMA DE LAS CAMELIAS, DE DUMAS, HIJO.
Traducción de G. MARTÍNEZ SIERRA. Ilustraciones de
DEVÉRIA.

LA VIDA DE BOHEMIA, DE MURGER. Adaptación
escénica de G. MARTÍNEZ SIERRA. Ilustraciones de
GAVARNI.

HAMLET, DE SHAKESPEARE. Traducción de G. MAR-
TÍNEZ SIERRA. Ilustraciones de FONTANALS.

PELEÁS Y MELISANDA. ARIANA Y BARBA-
AZUL, DE MAETERLINCK. Traducción de G. MARTÍNEZ
SIERRA. Ilustraciones de FONTANALS.

SUEÑOS DE LAS ESTACIONES, DE G. D'ANNUN-
ZIO. Traducción de RICARDO BAEZA. Ilustraciones de
FONTANALS.

FANTASIO. EL CANDELERO, DE MUSSET. Traduc-
ción de TOMÁS BORRÁS. Ilustraciones de FONTANALS.

NO HAY BURLAS CON EL AMOR. LA NOCHE VENECIANA, DE MUSSET. Traducción de G. MARTÍNEZ SIERRA. Ilustraciones de FONTANALS.

FAUSTO, DE GOETHE. Traducción de G. MARTÍNEZ SIERRA. Ilustraciones de FONTANALS.

LA FELICIDAD DE ANTONIETA, DE AUGIER. Adaptación de G. MARTÍNEZ SIERRA. Ilustraciones de FONTANALS.

LEONARDA, DE BJORNSTJERNE BJORNSON. Traducción de G. MARTÍNEZ SIERRA. Ilustraciones de RICARDO MARÍN.

LA PRINCESA MALENA, DE MÄRTERLINCK. Traducción de G. MARTÍNEZ SIERRA. Ilustraciones de FONTANALS.

DEMI-MONDE, DE DUMAS, (HIJO). Traducción de R. CANSINOS ASSENS. Ilustraciones de GRAVEDÓN.

MACBETH, DE SHAKESPEARE. Traducción de M. MOREIRA Y GALCÍA. Ilustraciones de FONTANALS.

EL AVARO. EL CASAMIENTO A LA FUERZA, DE MOLIÈRE. Traducción de TOMÁS BORRÁS. Ilustraciones de FONTANALS.

JUEGO DE AMOR Y DE AZAR. EL LEGADO, DE MARIVAUX. Traducción de TOMÁS BORRÁS. Ilustraciones de FRAGONARD.

LA ESTRELLA DE SEVILLA, DE LOPE DE VEGA. Ilustraciones de BARRADAS.

EN EL FONDO, DE GORKI. Traducción de G. PORTNOF. Ilustraciones de BARRADAS.

LORENZACCIO, DE MUSSET. Traducción de TOMÁS BORRÁS.

GAUDEAMUS, DE ANDREIEF. Traducción de PORTNOF.

COLECCIÓN I R I S

COLECCIÓN ECONÓMICA Y A LA VEZ PULCRA, DE
TAMAÑO CÓMODO, DE LITERATURA ESCOGIDA Y
VARIADA

Precio de cada tomo, 2 pesetas.

INTRODUCCIÓN A LA SABIDURÍA, POR LUIS
VIVES.

ROSINA ES FRÁGIL, POR G. MARTÍNEZ SIERRA.

LA VIRGEN DEL MAR, POR SANTIAGO RUSIÑOL.

CABEZA DE ZANAHORIA, POR JULES RENARD. TRA-
DUCCIÓN DE G. MARTÍNEZ SIERRA.

GERMÁN Y DOROTEA, POR GOETHE. TRADUCCIÓN
DE LUIS FERNÁNDEZ ARDABÍN.

SOL DE LA ALDEA, POR J. GORDINÉ. TRADUCCIÓN
DE G. PORTNOF.

CANCIÓN DEL AMOR TRIUNFANTE. NOVELA POR
TURGUENEF. TRADUCCIÓN DE G. PORTNOF.

LAS ALAS ROTAS. NOVELA POR ALBERTO INSÚA.

UN DÍA. NOVELA POR B. BJORNSON. TRADUCCIÓN DE CÍ-
PRIANO RIVAS CHERIF.

LOS ILUMINADOS, POR JOAQUÍN MONTANER.

EL PATIO AZUL, POR SANTIAGO RUSIÑOL.

EL HOMBRE MÁS GUAPO DEL MUNDO, POR
TOMÁS BORRÁS.

OBRAS COMPLETAS

DE G. MARTÍNEZ SIERRA

CANCIÓN DE CUNA.—PRIMAVERA EN OTOÑO.—LIRIO ENTRE ESPINAS.....	4,00
AMANECER.—LAS GOLONDRINAS.—EL IDEAL.....	4,50
MAMÁ.—MADRIGAL.—EL POBRECITO JUAN.....	4,50
CARTAS A LAS MUJERES DE ESPAÑA.....	4,50
TÚ ERES LA PAZ.....	4,50
ABRIL MELANCÓLICO.....	4,50
EL DIABLO SE RÍE.....	4,50
GRANADA.....	5,00
MOTIVOS.....	4,50
LA FERIA DE NEUILLY. Ilust. de Barradas	5,00
FEMINISMO.—FEMINIDAD.—ESPAÑOLISMO.....	4,50
LA MUJER MODERNA.....	5,00
LA SELVA MUDA.....	4,50
EL PEREGRINO ILUSIONADO. Ilustraciones de Laura Albéniz.....	4,50
ALDEA ILUSORIA. Ilustraciones de Laura Albéniz.....	4,50
ESPERANZA NUESTRA.—SUEÑOS DE UNA NOCHE DE AGOSTO.—ROSINA ES FRÁGIL..	4,50

O B R A S

DE G. MARTÍNEZ SIERRA

TEATRO DE ENSUEÑO.....	3,50
SOL DE LA TARDE. NOVELAS.....	3,50
LA CASA DE LA PRIMAVERA. POESÍAS.	3,50
LA VIDA INQUIETA. GLOSARIO ESPIRITUAL.	3,50
LA HUMILDE VERDAD. NOVELA.....	3,00
LA SOMBRA DEL PADRE. EL AMA DE LA CASA.....	3,50
MADAME PEPITA.....	3,50
LOS PASTORES. JUVENTUD. DIVINO TESORO.....	3,50
LA PASIÓN. LOS ROMÁNTICOS.....	3,50
NAVIDAD. Ilustraciones de Alberto Du- rero.....	3,50
PARA HACERSE AMAR LOCAMENTE..	3,00
EL PALACIO TRISTE.....	1,00
DOMANDO LA TARASCA, de SHAKES- PEARE.....	3,50

LOS GRANDES ESCRITORES M O D E R N O S

ESTA COLECCIÓN CONSTITUIRÁ UNA VERDADERA ANTOLOGÍA DE LITERATURA AMENA Y PRESTIGIOSA, PUBLICÁNDOSE EN ELLA LAS OBRAS DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS QUE POR SU INTERÉS NOVELESCO Y SU MÉRITO LITERARIO ADQUIERAN FAMA Y POPULARIDAD EN EL MUNDO DE LAS LETRAS

ORIGINALES Y ARTÍSTICAS ENCUADERNACIONES
EN RÚSTICA

Precio de cada tomo, 4 pesetas.

B. BJORNSON. LA PESCADORA. NOVELA. TRADUCCIÓN DE ENRIQUE DE MESA.

J. K. HUYSMANS. VIDA DE SANTA LIDUVINA. TRADUCCIÓN DE LUIS CÁNOVAS.

FRANCIS JAMMES. EL SEÑOR CURA DE OZERÓN. NOVELA. TRADUCCIÓN DE ANDRÉS GUILMAIN.

JORGE RODENBACH. MUSEO DE BEGUINAS. TRADUCCIÓN DE ANDRÉS GUILMAIN. ILUSTRACIONES DE BARRADAS.

EDUARDO ROD. EL SENTIDO DE LA VIDA. NOVELA. TRADUCCIÓN DE JOSÉ GARCÍA MERCADAL.

PAUL ADAM. LOS CORAZONES NUEVOS. NOVELA. TRADUCCIÓN DE RAFAEL CANSINOS.

KARIN MICHAELIS. LA EDAD PELIGROSA. NOVELA.
TRADUCCIÓN DE JOSÉ GARCÍA MERCADAL.

B. BJOENSON. MARY. TRADUCCIÓN DE CARLOS PEREYRA.

LEÓN DE TINSEAU. EL DOLOR DE AMAR. TRADUCCIÓN DE JOSÉ ALSINA.

HÉCTOR MALOF. MICAELINA. TRADUCCIÓN DE CARLOS PEREYRA.

CLEMENCEAU. LOS MÁS FUERTES. TRADUCCIÓN DE R. CANSINOS ASSENS.

PIERRE LOTI. LA TERCERA JUVENTUD DE MADAMA ENDRINA. TRADUCCIÓN DE J. CAMINO NESSI.

CARLOS FOLEY. SILVIA Y SU HERIDO. TRADUCCIÓN DE JOSÉ GARCÍA MERCADAL.

ARTSEBÁCHEF. SÁNIN. TRADUCCIÓN DE G. PORTNOF.

B. BJOENSON. UN MUCHACHO FELIZ. TRADUCCIÓN DE MIGUEL BENÍTEZ.

C. DERENNES. EL PUEBLO DEL POLO. TRADUCCIÓN DE MANUEL ABRIL.

ABEL HERMANT. LOS GRANDES BURGUESES. MEMORIAS PARA CONTRIBUIR A LA HISTORIA DE LA SOCIEDAD. TRADUCCIÓN DE EDUARDO MARQUINA.

ABEL HERMANT. LOS TRASATLÁNTICOS. NOVELA. TRADUCCIÓN DE TOMÁS BORRÁS.

CANCIÓN DE CUNA

POR G. MARTÍNEZ SIERRA

Un tomo en 4.º de 200 páginas, tiradas sobre riquísimo papel.

SESENTA MAGNÍFICAS ILUSTRACIONES

LA EDICIÓN MÁS LUJOSA Y MÁS ARTÍSTICA QUE SE HA HECHO EN ESPAÑA. REGALO DE EXQUISITO BUEN GUSTO

ESPLÉNDIDA ENCUADERNACIÓN CON PLANCHAS ESPECIALES ESTAMPADAS EN ORO

En tela, 30 pesetas. :-: En piel, 40 pesetas.

OBRAS DE M. MAETERLINCK

TRADUCIDAS POR G. MARTÍNEZ SIERRA

LA PRINCESA MALENA. LA INTRUSA. LOS CIEGOS.....	3,50
PELEÁS Y MELISANDA. ALADINA Y PALOMIDES. INTERIOR. LA MUERTE DE TINTAGILES.....	3,50
AGLAVENA Y SELISETA. ARIANA Y BARBA-AZUL. SOR BEATRIZ.....	3,50
LA SABIDURÍA Y EL DESTINO.....	3,50
EL TEMPLO SEPULTADO.....	3,50

N O V E L A S P A R A M U J E R E S

NOVELAS INÉDITAS DE AUTORES ESPAÑOLES, ESCRITAS ESPECIALMENTE PARA MUJERES. ESTAS OBRAS, SIN SER ANODINAS NI ELUDIR LOS ASPECTOS PECULIARES DE LA VIDA MODERNA, TENDRÁN SIEMPRE DECORO EN LA EXPRESIÓN Y PULCRITUD EN LOS DETALLES EXTERNOS DE LA ACCIÓN, A FIN DE NO HERIR LA DELICADEZA Y SENSIBILIDAD FEMENINAS. LUJOSAS Y ARTÍSTICAS
ILUSTRACIONES DE SANCHÍS YAGO

Precio de cada tomo, 4,50 pesetas.

EL MALEFICIO DE LA U, por PRDRO DE RÉPIDE.

EL REMANSO, por ANTONIO DE HOYOS.

EL BESO EN LA HERIDA, por EDUARDO MARQUINA.

NAVEGAR, por FELIPE SASSONE.

EL CORAZÓN ASTRÓNOMO, por F. GARCÍA SANCHÍS.

MARAVILLA, por ALBERTO INSÚA.

EL NOVIO, por MAURICIO LÓPEZ ROBERTS.

O B R A S V A R I A S

FELIPE SASSONE. LA SEÑORITA ESTÁ LOCA.

LA VIDA SIGUE..... 4,00

LAS GRANDES NOVELAS D E A M O R

ESTA ESPLÉNDIDA COLECCIÓN, FORMADA EXCLUSIVAMENTE POR OBRAS INMORTALES, DE SUPREMA CALIDAD LITERARIA, FORMARÁ UNA VERDADERA ANTOLOGÍA DEL AMOR, TAL Y COMO LO HAN SENTIDO Y EXPRESADO LOS MEJORES Y MÁS ALTOS MAESTROS DE LA LITERATURA UNIVERSAL A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS. ILUSTRADAS Y ORNAMENTADAS POR GRANDES DIBUJANTES. EL ESmero DE LA PRESENTACIÓN CORRESPONDE AL MÉRITO LITERARIO DE LAS OBRAS. VERDADERO REGALO DE ARTE Y DE EMOCIÓN

Precio de cada tomo, 3,50 pesetas.

WERTHER, por GOETHE. TRADUCCIÓN DE LUIS FERNÁNDEZ ARDAVÍN. ILUSTRACIONES DE FONTANALS.

MANON LESCAUT, por EL ABATE PREVOST. TRADUCCIÓN DE ANTONIO DE HOYOS. ILUSTRACIONES DE FONTANALS.

PABLO Y VIRGINIA, por B. DE SAINT PIERRE. TRADUCCIÓN DE MANUEL ABRIL. ILUSTRACIONES DE BARRADAS.

ELLA Y ÉL, por JORGE SAND. TRADUCCIÓN DE LUIS CÁNOVAS. ILUSTRACIONES DE BARRADAS.

LA DAMA DE LAS CAMELIAS, por A. DUMAS (HIJO). TRADUCCIÓN DE EDUARDO MARQUENA. ILUSTRACIONES DE BARRADAS.

COLECCIÓN ESMERALDA

OBRAS DE ENTRETENIMIENTO Y EDUCACIÓN, AÑADEN A SU MÉRITO INTRÍNSECO SUS CONDICIONES DE MORALIDAD Y ENSEÑANZA, CONSTITUYENDO POR ELLO UN REGALO ESPIRITUAL TAN PROPIO PARA EL ADULTO COMO PARA EL NIÑO QUE COMIENZA A SER HOMBRE. EDICIONES DE LUJOSA Y ESPLÉNDIDA PRESENTACIÓN, CON ORNAMENTACIONES INÉDITAS E ILUSTRACIONES EN COLORES DE LOS MEJORES DIBUJANTES

Precio de cada tomo, 5 pesetas.

CUANDO LA TIERRA ERA NIÑA, de HAWTHORNE. Traducción de G. Martínez Sierra. Ilustraciones en color de Fontanals.

LOS TIEMPOS DIFÍCILES, de DICKENS. Traducción de J. Camino Nessi. Ilustraciones de Barradas.

COLECCIÓN MAGNIFICAT

LAS OBRAS DE ESTA COLECCIÓN PRETENDEN COOPERAR AL RENACIMIENTO DEL ARTE DEL LIBRO, REUNIENDO EN CADA VOLUMEN LA MAYOR CANTIDAD DE BELLEZA EN EL TEXTO —DE SUPREMA CALIDAD SIEMPRE—; EN LA TIPOGRAFÍA, DEPURADA; EN LA ENCUADERNACIÓN, DE ESMERADO BUEN GUSTO, Y EN LAS ILUSTRACIONES, ESCOGIDAS ENTRE LAS OBRAS INMORTALES DE LA PINTURA, ESCULTURA Y GRABADO

Precio del tomo, 8 pesetas.

VITA NOVA, de DANTE. Traducción de CIPRIANO RIVAS CHERIF.

MAGNÍFICAS REPRODUCCIONES EN FOTOTIPIA, A DOBLE TONO, SOBRE PAPEL ESPECIAL, DE CUADROS DE BOTTICELLI, GHIRLANDAJO, PERUGINO Y LEONARDO DE VINCI.

MONOGRAFÍAS DE ARTE

CON MAGNÍFICAS REPRODUCCIONES EN FOTOTIPIA.
JUICIOS DE EMINENTES ESCRITORES Y CRÍTICOS.
RETRATO DEL ARTISTA

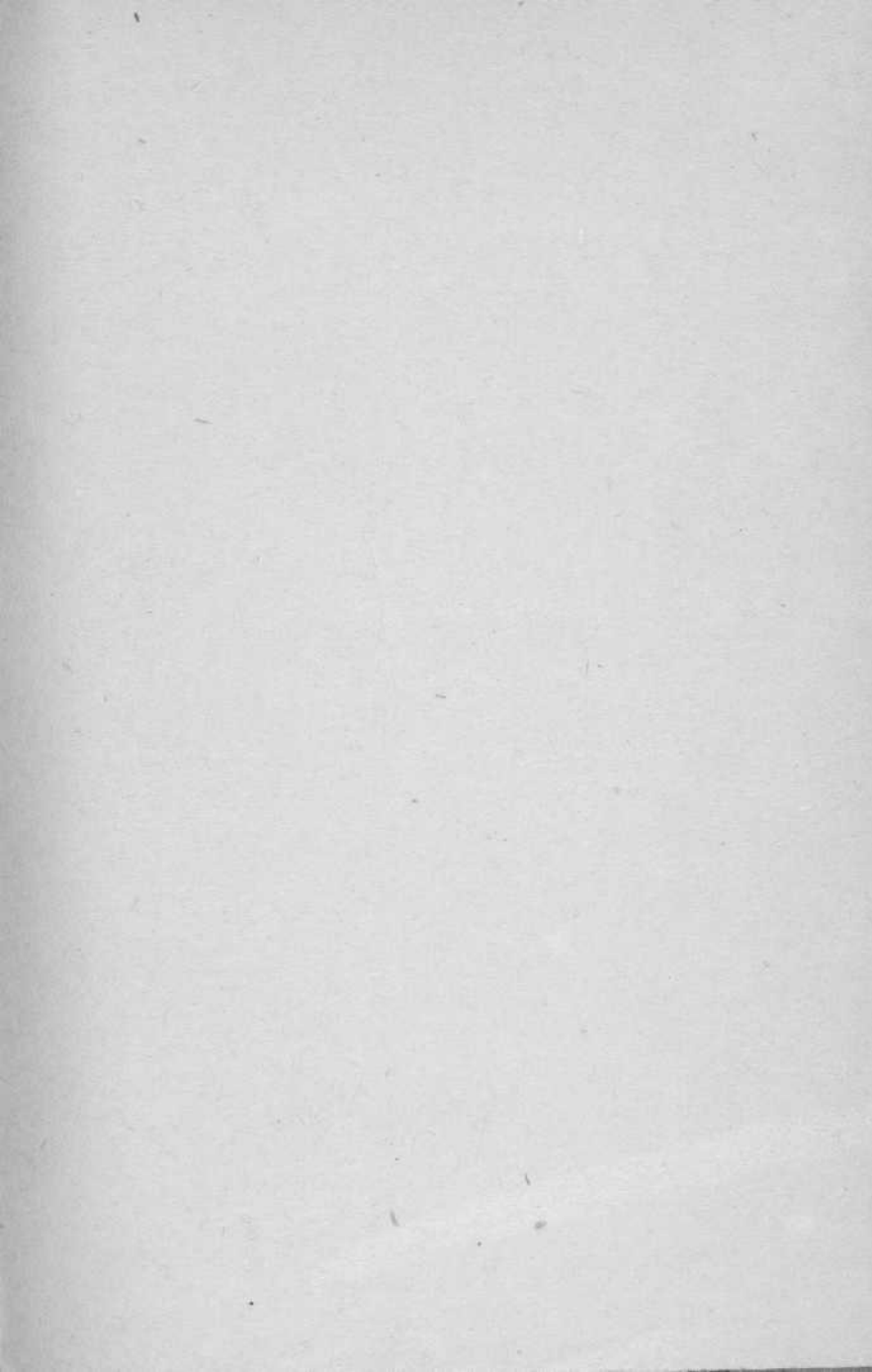
SANTIAGO RUSIÑOL.....	31	FOT., 6
JULIO ANTONIO.....	26	- 6
J. ROMERO DE TORRES.....	27	- 7
JOAQUÍN SOROLLA.....	27	- 7
RAMÓN CASAS.....	33	- 6
MIGUEL VILADRICH.....	29	- 6
IGNACIO ZULOAGA.....	71	- 15
MANUEL BENEDITO.....	29	- 6
F. ALVAREZ DE SOTOMAYOR.	29	- 6
AGUAFORTISTAS.....	33	- 6
JOSÉ M. ^a LÓPEZ MEZQUITA..	29	- 7
JOSÉ CLARÁ.....	41	- 7
EDUARDO ROSALES.....	30	- 7
GUSTAVO DE MAEZTU.....	31	- 7
FEDERICO BELTRÁN.....	44	- 9

EN PREPARACIÓN

MANUEL CASANOVAS.
ANSELMO MIGUEL NIETO.

*RETRATISTAS DEL SIGLO XVI, XVII, XVIII
Y XIX*

ANTONIO MORO. PANTOJA. CARREÑO.
SÁNCHEZ COELLO. VICENTE LÓPEZ.
ESQUIVEL. GUTIERREZ DE LA VEGA.
ESTEVE. FEDERICO DE MADRAZO.



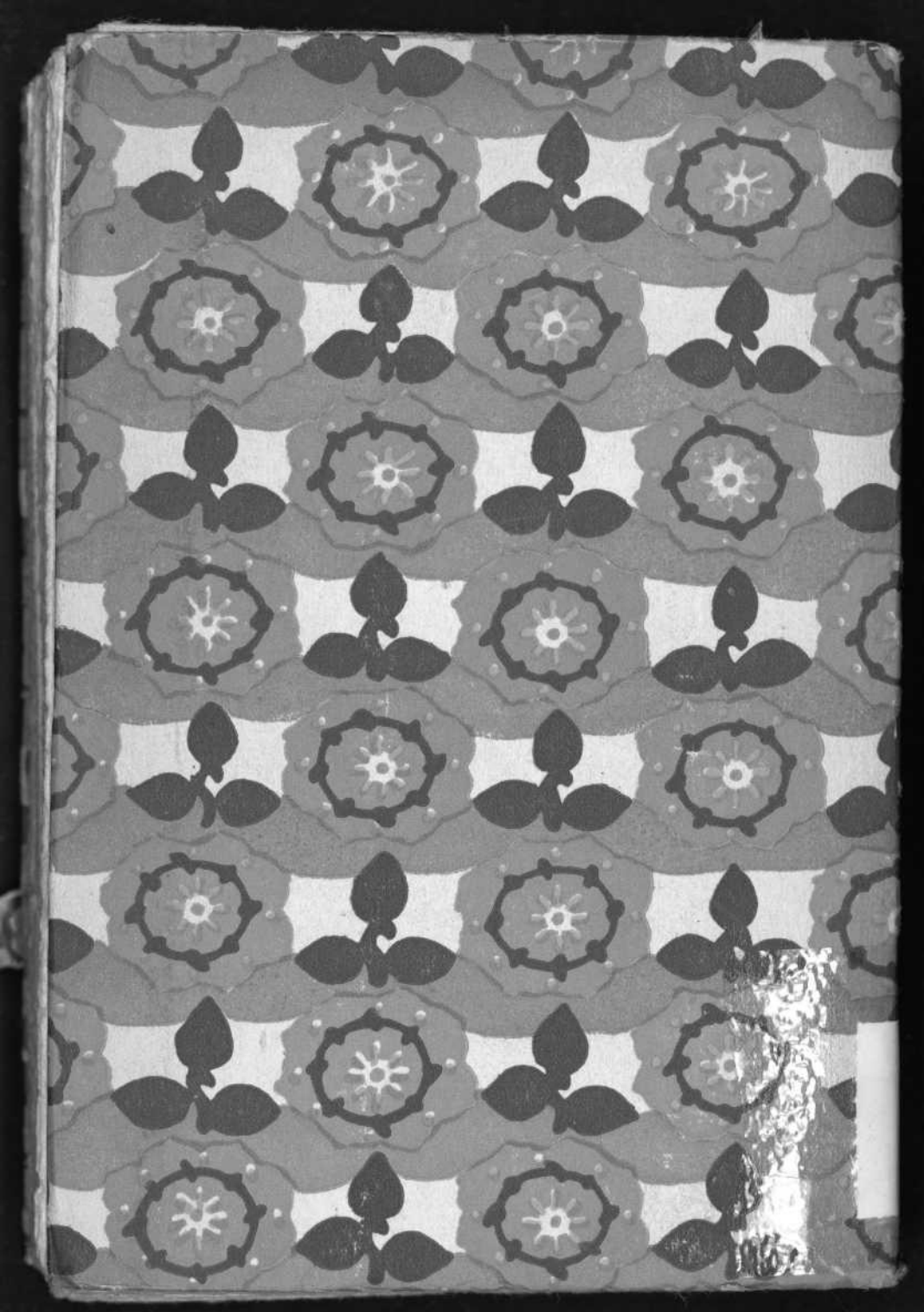
B.P. de Soria



61164451

DR 873







DR

8'73